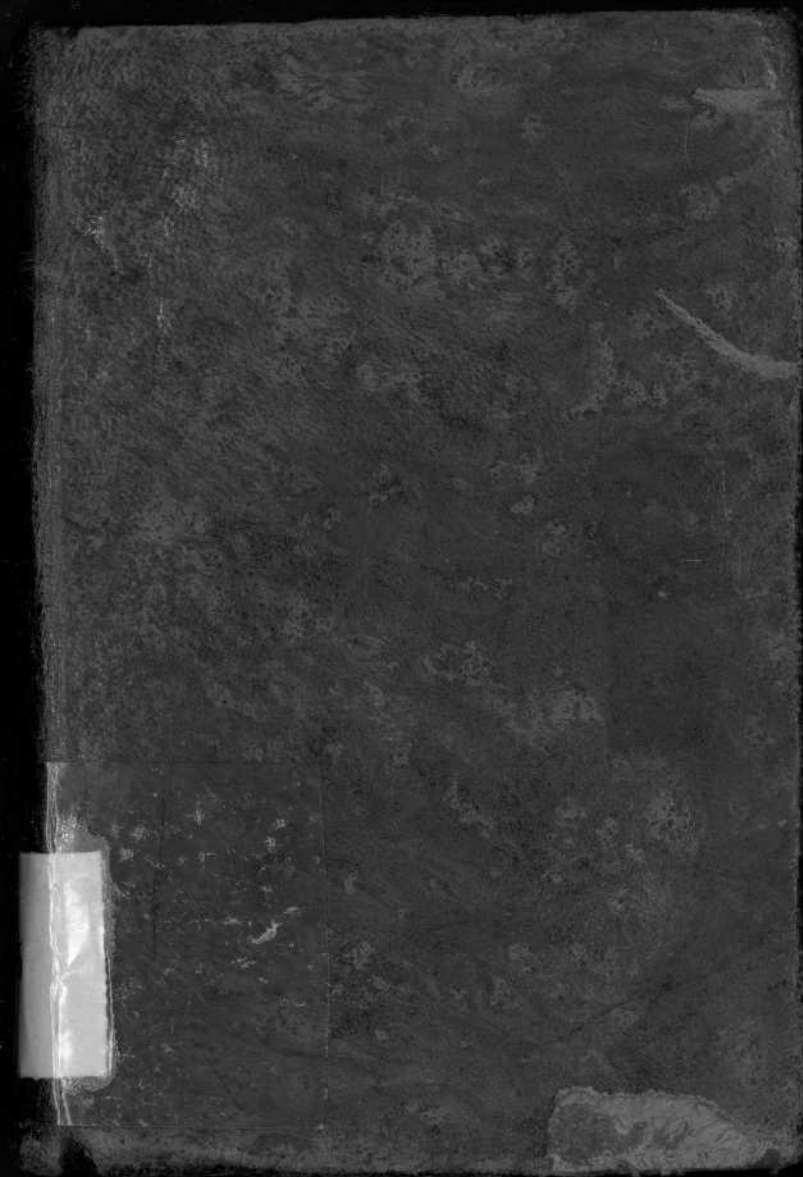
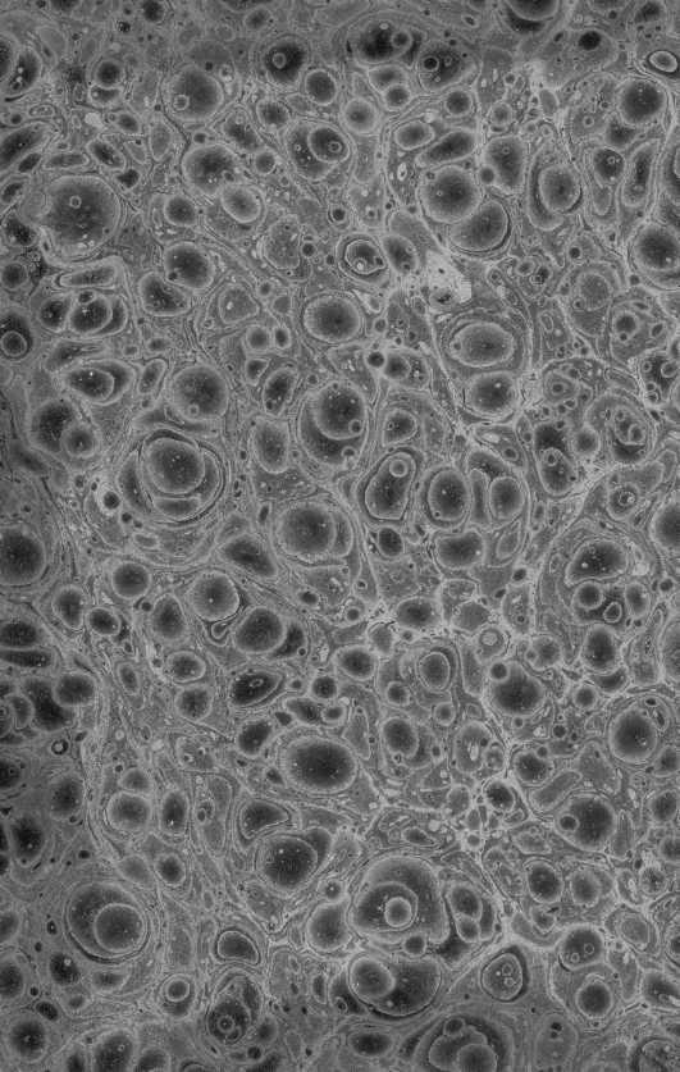
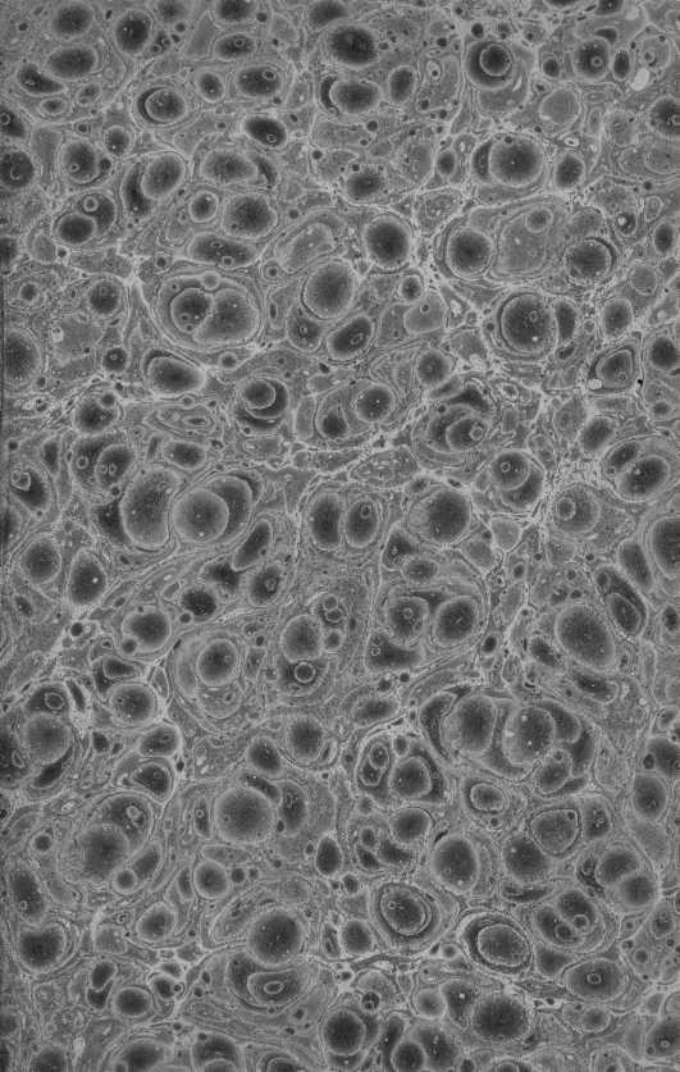








30 - ~~Rece~~ 1882

392 a 394.

71665736

395. 298





*Por el sepulcro de la Mexa, que con tan delirioso
bando se ha de chupar los dedos nuestro jefe Cañón.*

Comez Rías,

ó los Moros

DE LAS ALPUJARRAS.

NOVELA HISTÓRICA,

escrita originalmente en inglés por el español

Don Telesforo Trueba y Cosío,

I TRADUCIDA LIBREMENTE AL CASTELLANO,

POR

D. Mariano Torrente,



TOMO I.

MADRID: MARZO, 1831.

Oficina de Moreno, PLAZUELA DE AFLIGIDOS.

*Ventura Gila
de la Cuesta*

*Don Telesforo Trueba y Cosío
Biblioteca Nacional de España*

10209

3 tomo 3

de las Alpujarras

DE LAS ALPUJARRAS.

NOVELA HISTÓRICA.

*Será declarado por furtivo todo ejemplar
que no lleve la siguiente rúbrica.*

[Handwritten signature]



MADRID: MARCO, 1851.

Oficina de Grupos, Fábrica de Paños.

PROSPECTO

DE LA NOVELA HISTORICA

TITULADA

Gomez Arias, ó los Moros de las Alpujarras,
escrita originalmente en inglés por el español
DON TELESFORO TRUEBA I COSIO, *i traducida li-*
bremente al castellano por D. Mariano Torrente,
autor de varias obras literarias.

Nadie mas averso que el traductor de la presente obrita á esta clase de lectura. Pocos habrán tenido tan fuertes motivos para conocer los inconvenientes que trae la afición á ella. Si los que han dedicado su pluma á este ramo de literatura hubieran sabido combinar la sólida instruccion con la amenidad, la sana moral con la verosimilitud de la invencion, i la profundidad de los conceptos con la belleza de diction, se podria disimular en parte el daño que estos libros causan á los estudios serios viciando el ánimo de los jóvenes con su insustancial deleite.

No dejará pues de estrañarse que quien se presenta al público con una prevencion tan siniestra contra las novelas, se haya resuelto á traducir una de ellas, abandonando ó interrumpiendo á lo menos la mas noble, aunque mas espionosa carrera de autor original. Diversas son las causas que han producido esta variacion. No bien habia concluido la publicacion de la *Geografia Universal i de la Historia de la Revolucion Hispano-Americana*, cuando puso la casualidad en mis manos un periódico inglés que contenia un articulo con los mas encarecidos elogios sobre esta ingeniosa composicion que un español habia publicado en Londres en lengua inglesa, i que los mas severos censores, á quienes no podia atribuirse de modo alguno parcialidad ácia su autor, colocaban en primera linea, confesando que era digna de ocupar un lugar distinguido al lado de las mejores producciones del célebre novelista Sir Walter Scott.

La novedad del anuncio, la circunstancia de ser eminentemente español su argumento i objeto moral, i el general aprecio que la misma habia merecido en una de las ciudades mas cultas del mundo, movieron mi curiosidad, i fijaron mi atencion en su lectura. Vi con efecto que no habian sido exageradas las alabanzas que se le habian prodigado, pues que si se esceptuan algunas ligeras incorrecciones, propias de la fogosidad del escritor, i de su precoz ingenio, se halla feliz invencion i sostenido artificio, coherencia en los caracteres, hermosos trozos de nuestra historia, bellas imágenes, brillantes descripciones, buenas máximas, i algunas veces un elevado lenguaje.

Teniendo presente una de las lecciones que el profundo

lord Chesterfield dió á su hijo epistolarmente «de que conviene de cuando en cuando dar algun descanso al entendimiento, porque de quererlo forzar seria su resultado igual al de un arco que se romperia si se estirase demasiado, » tomé por pasatiempo la publicacion de dicha obrita, en cuyo trabajo no he tenido mas parte que la de vestir libremente los conceptos del SEÑOR TRUERA I COSIO al castellano, haciendo algunas alteraciones adecuadas al buen gusto de nuestra nacion.

Debo confesar sin embargo que me he dedicado á ella con gusto, porque no habiendo sido escrita originalmente por un extranjero, no podrá resentirse nuestro orgullo nacional, ni tampoco podrá decirse que formo parte de esa turba de traductores, que no todas las veces aciertan en la eleccion de los materiales, i aun cuando desempeñasen siempre con lucimiento sus empresas, no dejan de perjudicar á nuestro honor literario, sacrificando á una mala cópia ultramontana los acabados modelos que pudieran salir de la pluma de tantos brillantes ingenios de que abunda nuestro suelo.

El lector pues hallará descrita en esta novela con amenos episodios una de las mas brillantes épocas de nuestra historia; verá retratada con vivos colores la galanteria española del siglo XV, ensalzadas las virtudes de la Augusta Reina Isabel, presentados en toda su deformidad los horribles efectos de las bulliciosas pasiones.

Deseo, i aun espero, que este ligero trabajo sea del agrado del Público, para que el autor reciba la debida recompensa por su esmerada aplicacion i brillantes aprovechamientos, i el traductor la satisfaccion de haberle dado á conocer á la España, i de estimularle á que se dedique con doble teson á las

tareas literarias, aumentando el catálogo de los españoles que hacen honor á su patria.

PRECIOS.	Reales	vellon.
	En Madrid.	En las Prov.
La presente novela histórica con 3 láminas.	30	33
La Geografía universal, 2 tomos en folio con 8 mapas.	192	200
La misma sin mapas.	160	168
La Historia de la Revolución Hispano-Americana, 3 tomos en 4.º con 3 mapas i 15 planos. . . .	164	172
La misma sin mapas ni planos. .	120	128

NOTA. *Al que comprare las tres obras juntas se le abonará un diez por ciento de rebaja en su totalidad.*

GOMEZ ARIAS.

CAPITULO PRIMERO.

INTRODUCCION.

Descripcion de Granada i de la Alhambra.

Reconquista de esta ciudad por los Reyes católicos Fernando é Isabel. Descontento de los moros r endidos. Asesinato de un oficial real por los habitantes de Albaicin.

Principio de la rebelion. Esfuerzos del conde de Tendilla para sofocarla. Su feliz resultado. Fuga de algunos caudillos á las montañas. Sus progresos sucesivos.

La antigua ciudad de Granada ha ofrecido en todos tiempos un vasto i ameno campo á

cuantos se han dedicado á investigar su primitiva historia. Abundando en objetos curiosos é interesantes, no ha sido menos brillante su celebridad por el distinguido lugar que ocupa en los anales generales de España, que por la agradable combinacion de su espíritu caballeresco i novelista. Situada á la falda de los helados montes de *Sierra Nevada*, i estendiéndose por la lozana llanura de la *Vega*, parece colocada por la naturaleza como una barrera entre el pesado invierno i la risueña primavera.

Entre los muchos restos de arquitectura que adornan esta poblacion, sobresale el palacio de la *Alhambra*, construido por uno de los reyes moros despues de la conquista de aquel reino, i que habiendo sido erijido con el curso del tiempo en favorita residencia de una larga série de príncipes, fue enriquecido con los despojos de los pueblos vencidos, i con todos los embellecimientos que pueden proporcionar el fausto i la abundancia. Nada, pues, se omitió de cuanto puede ser delineado por la

imaginacion del hombre, ó creado por su industria, para hacer este sitio digno de los soberanos de Granada.

Reinos i ciudades han sido destruidas desde su fundacion; numerosas generaciones han desaparecido, i todas las cosas parece que han sufrido una descomunal alteracion, escepto dicho palacio de la Alhambra, que se conserva todavia como un altivo recuerdo del poder sarracénico i como el último monumento de su gloria.

Granada domina una estensa vista sobre su hermosa campiña, gozando de las amenas, variadas, i pintorescas escenas que se abren por todos lados. Una fértil llanura rebosando en lozanía i vigor presenta la naturaleza en sus mas amables i encantadoras formas: numerosos ganados pastan la sustanciosa yerba indicando con sus retozos i saltos, lo animado del clima i la viva accion de la naturaleza; se ven á alguna distancia varios pueblos que se pierden entre las oscuras sombras de los árboles que forman su regazo presentando vistosos pai-

sages. Aquí el naranjo i el jazmin de los jardines, adornados con toda la belleza del cultivo, impregnan el aire de sus gratos perfumes; allá espumosos juegos de agua cristalina, lanzados á una grande altura desde fuentes de alabastro, comunican una perpétua frescura i dan un sobervio realce á la belleza del país, contribuyendo al mismo tiempo á disipar la languidez que la voluptuosidad de este clima imprime en los sentidos.

Después de haberse detenido el viajero con deleite en este vivo recinto de la paz i felicidad, se eleva su alma con el imponente aspecto de la *Sierra Nevada*. Su invariable color i lo grandioso i sublime de sus gigantescas cimas, ofrecen un fuerte contraste con las brillantes i animadas tintas de la campiña que las circunda. En aquellas sobervias crestas parece que las nubes han fijado su morada, no siendo dado á ningún ser viviente habitar sus horribles regiones; permanecen, por lo tanto, estériles é incultas, sin que las vicisitudes del clima ni de la estación puedan hacer la menor,

mella en el inmutable carácter que les ha esculpido la naturaleza.

Granada fué el último dominio de los moros en España. Por el espacio de siete siglos desafiaron éstos el poder de varios príncipes cristianos que con sus insistentes esfuerzos fueron poco á poco reconquistando aquellos territorios que habian sido arrebatados rápidamente de sus antecesores. Fue preciso, pues, el curso de varios siglos i una larga série de hazañas ejecutadas por muchos esforzados guerreros para recobrar un reino que habia sido perdido por la debilidad de un Monarca i por el funesto resentimiento de un prelado (*).

(*) La fatal pasión que don Rodrigo, último de los reyes godos, concibió por Florinda, llamada vulgarmente la Cava, fue la causa principal de la invasión morisca i de las desastrosas guerras que fueron una consecuencia de ella. El conde don Julian, padre de esta malhadada muger, juró vengar de un modo el mas ruidoso i criminal la afrenta recibida de la incontinencia de aquel soberano. *Secundado*

Habiendo Fernando é Isabel reunido felizmente por su enlace las coronas de Aragon i Castilla, dieron mayor solidez á su poder, i nuevo impulso á la energía de los cristianos. Despues de haber llevado á cabo varias empresas guerreras, determinaron poner sitio á Granada, aprovechándose del feliz momento en que aquella ciudad estaba devorada por las disensiones civiles suscitadas por las rivalidades de las familias de los Zegries i Aben-cerrages. Debilitados gradualmente los moros por estas discordias, no pudieron hacer una arreglada i firme resistencia á sus enemigos, por los que fueron hostigados con infatigable ardor. Despues de un prolongado sitio de ocho meses, en el que se cubrieron de gloria varios guerreros castellanos, se rindió el gran

don Oppas, arzobispo de Toledo, que era el hombre mas influyente del reino, resolvieron ambos de comun acuerdo entregar su patria á los moros, quienes correspondiendo gustosamente á su invitacion, desembarcaron en España bajo la direccion de Tarik i Muza.

baluarte que habia servido de residencia real por espacio de setecientos años; i tremoló triunfantemente en los torreones de la Alhambra el estandarte de la fe.

Quedaron los moros satisfechos al parecer con sus nuevos dueños i con la mudanza de gobierno; pero no bien habia regresado el Rei Fernando á Sevilla, cuando aquella subyugada ciudad perdió su engañosa tranquilidad. Mui pronto se observaron fuertes síntomas de desagrado de parte de los moros vencidos, i los ecos de su descontento terminaron en una abierta sedicion acelerada por el escesivo celo del gobierno en quererlos atraer á la verdadera creencia, contrariando sus hábitos é inclinaciones religiosas. Los habitantes de Albaicin, contra cuyo pueblo fue enviado un oficial real para arrestar á los promovedores de los alborotos, se propasaron hasta el estremo de sacrificar aquella víctima á su exaltacion. Horribles imprecaciones fueron el principio de esta catástrofe; sangrientas amenazas fueron el segundo paso de su rebellion; i una

gran piedra arrojada por último desde una ventana dejó yerto cadáver al infeliz comisionado.

Este asesinato dió el mas decidido impulso á la revolucion. Conociendo los moros que un acto tan criminal no podia menos de atraerles el condigno castigo, se prepararon para una vigorosa resistencia. Algunos de los mas atrevidos recorrían las calles llamando á todos sus compañeros á las armas, i quejándose de que los artículos del tratado, en virtud del cual habian rendido las armas, hubieran sido violados, ya que no se les permitia el libre ejercicio de sus actos religiosos.

Este funesto suceso escitó la mayor ansiedad en el conde de Tendilla, á quien la Reina habia confiado el gobierno de la ciudad de Granada. Tomó las mas activas disposiciones para calmar la irritacion de los sediciosos, que iba creciendo por momentos; pero deseoso de probar los medios de la negociacion antes de recurrir á los extremos de la fuerza, publicó un manifiesto haciendo ver á los re-

beldes con los colores mas vivos lo descabelado de la empresa en la que se habian lanzado, i la ninguna probabilidad de que pudieran tener una terminacion feliz sus criminales esfuerzos contra el poder de los cristianos.

Todas sus enérgicas providencias, sin embargo, fueron ineficaces por algun tiempo; mas la promesa de concederles una amnistia i de oir sus quejas, la bien conocida integridad de dicho conde i su generosidad de enviar en rehenes á su esposa é hijo para mayor seguridad de que el tratado tendria un exacto cumplimiento en todas sus partes, indujo por fin la mayoria de los rebeldes á deponer las armas i á aceptar el ofrecido perdón.

Empero cuarenta caudillos que habian sido escogidos para capitanear la insurreccion creyeron que esta conducta era derogatoria de su carácter animoso i valiente; i aguijoneados por los estímulos de la ambicion, entusiasmados con la esperanza de asegurar su independencian, i confiando que las ocultas ma-

driguerras de las montañas ofrecerian medios fáciles para sostener la guerra con buen resultado, huyeron por la noche de dicha ciudad de Granada i lograron imprimir sus mismos sentimientos en los ánimos de los moros que vivian en los paises comarcanos. Mui pronto se pusieron sobre las armas las poblaciones de Huejar, Lanjaron i Anduraj; su ejemplo fue seguido por todos los montañeses de las Alpujarras, i los cristianos se vieron amenazados de perder aquellos dominios que habian ganado tan noblemente con su valor i perseverancia.

La presente novela principia en esta época interesante; i algunos de los principales acontecimientos de la rebelion forman la parte histórica de su argumento.



CAPITULO II.

Alarma de la Reina por la citada rebellion. Convocacion de todos los magnates del reino cristiano para una junta general. Descripcion del carácter de dicha Reina. D. Alonso de Aguilar. D. Gonzalo de Córdoba. Don Iñigo de Mendoza. Maestre de la orden de Calatrava. Alcaide de los Donceles. Conde de Ureña. D. Lope Gomez Arias. D. Rodrigo de Céspedes. Enérgica alocucion de la Reina. D. Alonso de Aguilar, gefe de una expedicion. Primeras confianzas de éste con aquella Soberana acerca de la boda proyectada entre su hija Leonor i Gomez Arias. Preparativos para un torneo.

Tan pronto como llegaron á la Reina las alarmantes noticias de la resolucion que habian tomado los insurgentes, se dedicó á adoptar las medidas mas eficaces para la conservacion

de su reciente conquista. Llamó sin pérdida de tiempo á su lado á todos aquellos consejeros, cuyas brillantes luces le habian servido de guia en sus empresas, i á los campeones guerreros, cuyo valor daba las mas sólidas garantías de disipar todo peligro.

En la parte superior de la sala de audiencia, en la que se reunieron los gefes políticos i militares, se veía la Reina sobre un trono magnífico bajo de un rico dosel de terciopelo carmesí. La estatura de Isabel era mas bien baja que alta; i aunque á primera vista no se la descubrian aquellas brillantes dotes exteriores que parece deben asegurar mas fuertemente el prestigio del que manda, se divisaba sin embargo un cierto aire de dignidad que imprimia el respetuoso sello de la autoridad á todas sus acciones. La blandura que se veia pintada en sus resplandecientes i azulados ojos parecia mas bien adecuada para persuadir la observancia de sus órdenes, que para hacerse obedecer con el terror; i su desagrado se daba á conocer mas bien por recon-

venciones que por amenazas. Pocas mugeres pueden alabarse de haber poseido mayores atractivos personales, i ninguna un entendimiento mas bien cultivado: si alguna falta podia hallarse en esta Soberana, era el ceño que oscurecia su frente cuando veia empeñada su conciencia en lo que consideraba ser un deber de la religion. En aquellos momentos se volvia severa i reservada; pero de ningun modo podia ser condenada por sus vasallos esta extraordinaria autoridad que asumia para dar firmeza é inflexibilidad á los decretos de justicia, con los que tanto distinguió su reinado.

Si el grave historiador ha estampado en su carácter estos atributos de heroismo, ¿qué no será permitido al escritor de una novela? Al lado de dicha Reina se distinguia por su noble porte i encumbrado puesto el famoso Alonso de Aguilar, terror de la raza morisca. Este ilustre personage, del mismo modo que su hermano el insigne Gonzalo de Córdoba, se habia señalado de la manera mas recomen-

dable en las guerras contra Granada, i se veía honrado por Isabel con todas las consideraciones de una ilimitada confianza.

A su alta é imponente estatura unia con fuerza gigantesca, un aire de dignidad el mas propio para anunciarse como el guerrero mas completo del siglo. Su noble continente expresaba la resolucion é intrepidez de su carácter, mezclada con la franqueza i el candor que inspiraban al mismo tiempo sentimientos de respeto i admiracion. Sus hermosas formas atléticas adquirian doble interés con la elasticidad que todavía conservaba de la ardiente juventud, que no habia podido ser doblegada por el hielo de cincuenta inviernos que habia pasado en las penalidades de los campamentos. El activo valor de sus primeros años habia sido corregido, pero no subyugado por la esperiencia de una edad mas madura, al paso que las arrugas de su frente varonil, i las pocas canas que plateaban ligeramente su negro cabello, aumentaban los sentimientos de veneracion que sus acrisola-

das virtudes habian principiado á inspirar.

En la parte opuesta se hallaba don Iñigo de Mendoza, conde de Tendilla i gobernador de Granada, cuyos menores títulos á la gratitud de la España fueron los de haber dado el ser á un hijo que sirvió sucesivamente á su patria bajo el triple carácter de valiente soldado, ilustrado estadista, i profundo literato.

A poca distancia de estos guerreros se veian el Maestre de la órden de Calatrava, el alcaide de los Donceles, el conde Ureña i otros gefes famosos: los demas nobles habian tomado puesto, segun su rango, dando nuevo realce á aquella importante asamblea.

Hubo largo silencio, durante el cual, se veia pintada en el semblante de todos su impaciencia por saber el objeto de aquella junta extraordinaria para la que habian sido convocados con tanta premura. Se observó al mismo tiempo la falta de un bizarro caballero, que, apesar de sus pocos años, era ya considerado como un veterano en empresas

militares, i por cuyo sobresaliente mérito habia llegado á ser uno de los partícipes del marcado favor de su Soberana. Era éste Gomez Arias, cuya ausencia sintió mas particularmente Alonso de Aguilar, que lo consideraba como hijo.

Hallabase este jóven á aquella sazón desterrado de la corte por haber herido gravemente en un desafio á su rival en el afecto de Leonor de Aguilar, don Rodrigo de Céspedes, cuya familia i amigos habian implorado el justo castigo de las leyes, sin que hubiera sido posible relajar la severidad de la reina Isabel por grandes que fuesen los méritos del culpado, i apesar del extraordinario influjo de Aguilar.

Rompió la Reina el general silencio dirigiéndose á aquella distinguida asamblea en los términos siguientes. «Nobles cristianos, mis amigos i bravos defensores: no os habrá sido difícil adivinar el importante motivo que me obliga á llamaros á mi presencia. Si no se aplica un pronto remedio, es-

«tamos amenazados de perder los dominios
 «que hemos conquistado de los moros con
 «tanto trabajo, i comprado con la mas pre-
 «ciosa sangre española. Ha llegado el caso de
 «que el fuego pátrio que os anima, sea pues-
 «to de nuevo en accion, i de que la irresistible
 «fuerza de vuestras armas haga otro bi-
 «zarro despliegue contra los enemigos de
 «nuestra fé i de nuestra nacion. No bien ha-
 «beis reducido con vuestro valor i perseve-
 «rancia el último formidable baluarte de Gra-
 «nada, i obligado á los moros á rendir la he-
 «rencia de nuestros antepasados, cuando las
 «primeras semillas del descontento han pro-
 «ducido una abierta rebellion. Cualesquiera
 «que hubieran podido ser las quejas de los
 «habitantes de Albaicin, debian haber bus-
 «cado el alivio para sus males en respetuo-
 «sas representaciones á nuestro trono de jus-
 «ticia i no en la fuerza de las armas, en la
 «que han tenido repetidas ocasiones para co-
 «nocer nuestra superioridad. Nuestros oficia-
 «les de justicia han sido insultados, i uno de

ellos ha sufrido una muerte cruel en el desempeño de sus deberes. La conducta prudente i activa del conde de Tendilla logró sofocar la primera conmocion; pero los directores de ella se han refugiado á los ásperos desfiladeros de las Alpujarras para sostener, al favor de las ventajas que aquellos ofrecen, una guerra á la que no podian atreverse en campo abierto. Apresurémonos á castigar su insolencia antes que el mal haya ganado mas terreno. No son las dudas del buen resultado las que me impelen á apelar á vuestra energía, sino el laudable designio de salvar las preciosas vidas que podian hallarse en peligro si se diferiese el combate. Entre los gefes rebeldes que poseen al parecer en el mas alto grado la confianza de sus compañeros, i que desafian con el mayor atrevimiento nuestro poder se cuentan el Negro de Lanjaron, i el Feri de Benastejar: bloqueado el primero en el castillo del citado punto de Lanjaron no podrá sostener largo tiempo un sitio formal; pero siendo

«muy práctico el segundo de los pasos mas
«intrincados de aquellas horribles montañas,
«debe oponer una resistencia mas fiera i obs-
«tinada. Contra este último por lo tanto de-
«ben dirigirse vuestros principales esfuerzos.”

Tomando entonces en la mano una ban-
dera, en la que estaban primorosamente pin-
tadas las armas de castilla i Aragon, «á tí,
«dijo, don Alonso de Aguilar confio el mando
«principal de esta espedicion, i á tu cuidado
«i gallardía entrego esta prenda preciosa que
«debe ser colocada sobre la cima de las Al-
«pujarras.”

Al recibir Aguilar esta muestra del Real
aprecio se arrodilló i besó la mano de su So-
berana, i no pudien lo ocultar el fuego de en-
tusiasmo que encendia su alma, i que se aso-
mó á sus negros ojos, exclamó en el acto de
tremolar dicha bandera: «Haré cuanto esté
«al alcance de los esfuerzos humanos. Alonso
«de Aguilar no será ingrato á la noble dis-
«tincion que recibe en este dia de la Mage-
«stad Real. Castigaré á los indómitos infieles;

„si este sagrado estandarte no saldrá de mis
 „manos hasta que no se haya ejecutado en
 „todas sus partes el soberano decreto. Nobles
 „guerreros, continuó con un aire de jactan-
 „cia, „si se pierde esta leal divisa, buscadla
 „en medio de los moros degollados; allí la
 „hallareis teñida en sangre, pero asida toda-
 „vía por Alonso de Aguilar.”

Al pronunciar estas palabras volvió á tre-
 molar el estandarte, i todos los circunstantes
 prorrumpieron simultáneamente en un grito
 de aprobacion. Haciendo entonces Isabel la
 señal con la mano de ser oida se dirigió de
 nuevo al consejo. «Ninguno de mis vasallos
 „tendrá de aquí en adelante relacion alguna
 „con los rebeldes. La menor infraccion de
 „esta orden será considerada como delito de
 „lesa magestad, i el trasgresor será castigado
 „con arreglo á las leyes vigentes. Hágase pú-
 „blica por edictos esta mi soberana resolucion
 „para que nadie pueda alegar ignorancia.”

Se retiraron entonces todos aquellos ge-
 fes, i cuando iba á verificarlo don Alonso,

fué detenido por la Reina para dirigirle nuevas palabras satisfactorias, aunque de un carácter mui diferente de las sérias materias que acababan de tratarse. «Mucho siento, le „dijo aquella augusta Soberana, la dilacion „del matrimonio de tu hija, ó tal vez su to- „tal rompimiento por la desgraciada aven- „tura de su amante don Lope Gomez Arias „con don Rodrigo de Céspedes.“ Escelsa Señora, replicó don Alonso, he recibido noticias de hallarse ya el herido fuera de peligro; dentro de pocos dias podrá saberse con mayor seguridad su restablecimiento, i si el resultado corresponde á mis deseos, espero que V. A. anule su decreto de proscripcion contra el aspirante á la mano de mi Leonor.

Es, en verdad, este sugeto de los caballeros mas esforzados de que pueda jactarse la España, i de los que poseen en el mas alto grado las brillantes cualidades que se requieren para asegurar el favor del bello sexo; pero tiene, segun creo, un defecto que puede ser considerado como imperdonable; me ha sido

representado de carácter sumamente veleidoso. ¿No teme vuestra Leonor la inconstancia de su futuro esposo?

¿No es Leonor hija de Aguilar? dijo altivamente el guerrero: ¿i qué hombre hai que se atreva á ultrajar á uno de este nombre? No digo que vuestra hija tenga motivo de arrepentirse de su eleccion, repitió Isabel; ella tiene suficiente mérito para fijar al hombre mas voluble, i no dudo que Gomez Arias tendrá el suficiente discernimiento para apreciar su distinguido mérito.

No es don Lope tan inconstante como algunos han informado á V. A., observó don Alonso. Por otra parte estoi mui distante de usar en esta materia de medios coactivos; ambos parece que se aman, i siento por lo tanto que su matrimonio no se haya celebrado antes de marchar contra el Feri de Benas-tepar. Veria con mayor tranquilidad toda clase de peligros si supiese que habia una persona interesada en proteger á mi hija en caso de sufrir yo alguna desgracia en el de-

sempañó de esta arriesgada expedicion.

La hija de don Alonso de Aguilar, replicó la Reina, no necesitará jamás de quien pueda ocupar el puesto de su padre mientras viva Isabel: estará constantemente à mi lado, i será uno de mis mayores i mas gratos cuidados manifestar con mi amor i ternura ácia Leonor, el alto honor que dispenso á su padre. Pero dejando á un lado este punto, deseo saber el motivo que has tenido para no ser el *Mantenedor* (1) de la Arena en los juegos de mañana. Otro, dijo Aguilar, mas á propósito para el caso ha tomado este empeño; por otra parte me mueve mui poco la pompa de un torneo cuando estamos tan próximos á pelear con un terrible enemigo. Estas diversiones son mas propias de los jóvenes caballeros que de los veteranos como yo: aquellos tienen damas que admiren sus proezas i recompensen sus triunfos; pero mi única ambicion se re-

(1) Mantenedor era denominado el campeon principal del torneo.

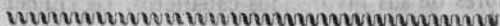
duce á ganar laureles en sangrienta pelea contra los enemigos de mi patria, grangearme por este medio nuevos títulos á la aceptacion pública, i la gracia de su principal ornamento que lo es mi noble Soberana.

El tono firme i resuelto con que don Alonso pronunció estas palabras, convenia perfectamente con la franqueza i generosidad de su carácter; dobló entonces su rodilla, i apretó á sus lábios la augusta mano de la Reina. “Bien has merecido este favor, exclamó dicha augusta princesa, „tu patria pagará con la „debida gratitud tus bien acreditados servicios. Vé, ó tú el mejor i el mas fiel de mis „amigos; que el cielo te haga prosperar en tu „brillante carrera! „

El resto del dia se pasó en preparativos para los juegos del siguiente. Los iniciados en la galantería caballeresca estuvieron seriamente ocupados en disponer sus trages i en examinar sus armaduras, mientras que muchas damas hermosas se dedicaban con igual ansiedad á adornar las divisas i á arreglar los co-

lores de sus favorecidos caballeros. La ciudad estaba llena de forasteros que habian venido de los pueblos vecinos, atraidos por la fama de los anunciados juegos, llegando á tal grado su concurrencia, que ya no habia sitios en que hospedarse. Se habian levantado numerosas tiendas á lo largo de la risueña mansion de la ribera; se oian por todas partes voces de alegria i contento; grupos irregulares se movian en todas direcciones; se paseaban los guerreros manifestando el desasosiego del anticipado placer, i todo presentaba una pintura viva, placentera i animada.





CAPITULO III.

Pomposa descripcion de un torneo. Proezas de un caballero incógnito.

No bien habia amanecido el dia siguiente cuando principió á verse ostruida la entrada del circo ó Arena por el inmenso gentio que daba muestras de la mayor ansiedad por presenciar el deseado torneo, que segun la voz pública, debia superar en magnificencia á cuantos se habian visto hasta entonces. Una gran faja de terreno perfectamente llano i abierto que se hallaba fuera de las puertas de la ciudad, habia sido escogida para este fin, i se habia construido una galeria provisional que se estendia por ambos lados hasta la estremidad de dicho circo. En la parte mas próxima á la ciudad se habia erigido una fortaleza de madera, pintada á imitacion de piedra de si-

llería, cubierta con toldos, i que podia contener una porcion considerable de hombres armados. En el torreón de frente de este castillo ondeaba una gran bandera con una cruz encarnada esmaltada en oro, como insignia de la orden de Calatrava, de la que era gran maestro el gefe ó Mantenedor de aquellos juegos. Habia otras banderas menores colocadas á su alrededor, pertenecientes á los cuatro caballeros que se habian ofrecido espontáneamente á sostener á dicho Mantenedor, i que en union con el mismo estaban obligados á aceptar el desafio de cuantos caballeros se presentasen al combate. A cada lado del castillo habia dos tiendas, delante de las cuales fueron colocadas las divisas i escudos de los caballeros interesados en dicho torneo, i á la entrada se hallaba un escudero para recibir las marciales demandas.

En frente de dicho castillo, i á la otra estremidad de la Arena, habia sido colocado un espacioso i magnífico pabellon, adornado con banderolas i con numerosas divisas, curiosa-

mente enlazadas con oro i plata sobre brocados de seda verde. Se veian delante de dicho pabellon artificialmente depositadas lanzas, espadas, escudos i toda otra clase de armadura destinada para el uso de los que quisieran entrar en combate contra el Mantenedor i sus auxiliares. El balcon que habia sido construido en medio de la galería i á la derecha del castillo para la Reina i su comitiva, estaba cubierto con un paño de escarlata, i embellecido con un rico dosel de brocado de púrpura, á cuya punta se veian unidas las reales coronas de Aragon i Castilla, cuyo resplandor producido por el oro bruñido de que habian sido formadas, ofuscaba la vista i rechazaba los mismos rayos del sol.

Frente al sitio ocupado por la Reina se habian colocado los árbitros del torneo, cuya obligacion era decidir el mérito de los candidatos i adjudicar los premios. Por ambos lados del trono habia asientos para la nobleza; lo demas estaba destinado para el público, sin mas preferencia que la del primer ocupante.

El repique de las pesadas campanas de la catedral, i sucesivamente las bandas militares reunidas dentro del anfiteatro, anunciaron con sus largos i armoniosos ecos la llegada de la Reina, la que fue recibida por la muchedumbre con tan cordiales aplausos que nada podia igualar al placer que inspiraba la vista de esta amable soberana sino la anticipada ilusion del mismo torneo.

Isabel iba suntuosamente vestida con un rico traje de terciopelo carmesí adornado con perlas. Una banda delicada i costosa del mas fino encage pendia detras de su cabeza i cubria con sus graciosos pliegues su hermoso cuello i espalda. Sobre esta espléndida banda se veian bordados con hilo de oro leones i castillos i otras insignias de las armas de España. Formaban asimismo parte de sus ricos adornos las cruces de las ordenes de Santiago i Calatrava, ricamente esmaltadas en diamantes i en pedreria de inmenso valor.

El circo ofrecia un espectáculo el mas noble i encantador. La pompa desplegada por

la corte, la brillante joyería, los costosos vestidos i las ondeantes plumas indicaban el sitio en que se hallaba reunida la nobleza i hermosura de España en toda su gloria i magnificencia. Acia esta parte, pues, se dirigia esencialmente la atencion general, como sucede en todos los espectáculos de proeza marcial, en los que se fija principalmente el interes sobre aquellos objetos cuyo favor se desea grangear, i en cuyo obsequio se quiebran gustosamente las lanzas i se ajan los yelmos cuando el valor es igual é indomable por los combatientes de uno i otro bando.

Ni era menor el entusiasmo que escitaba la vista de la galería opuesta, la que aunque menos espléndida, no dejaba de contribuir á dar las últimas tintas á aquel animado cuadro. Allí se veian las completas armaduras de la corte, los ricos i vistosos penachos, el lustre de los bruñidos escudos, juntamente con los briosos caballos que relinchando en señal de altivez, se paseaban magestuosamente por la Arena: todos estos brillantes objetos i

los guerreros i armoniosos ecos que por intervalos resonaban en el aire conmovian poderosamente la imaginacion, é inspiraban al corazón un invencible estímulo por los ejercicios de las armas i por las proezas caballerescas.

Un gran redoble de trompas i clarines anunció el principio del torneo: á breve rato quedó despejada la Arena, i los reyes de armas, lujosamente vestidos con trages de carmesí i oro, i acompañados por sus trompetas se adelantaron ácia los cuatro ángulos de dicho circo á proclamar el desafio. Estaba este concebido en las fórmulas del language de caballería, que creemos superfluo transcribir en este lugar. Se reducía en sustancia á manifestar que el Mantenedor i sus ayudantes don Manuel Ponce de Leon, el alcaide de los Donceles, el conde de Cifuentes i don Antonio de Leiva invitaban á todos los caballeros que tuviesen bastante valor para disputar su derecho á aquel campo de honor.

Luego que hubo pronunciado el desafio, se retiraron los reyes de armas á sus puestos;

resonando de nuevo la trompa guerrera, se abrieron las puertas del castillo i salieron al frente los cinco campeones del torneo. Nada habia que pudiera igualar la riqueza de sus armas, el esplendor de su armadura i la galanteria de su porte. El gran maestre llevaba una costosa cota de acero, cuyo peto estaba enteramente esmaltado en plata, i sus adornos engastados en el mismo metal: llevaba sobre ella un corto manto de terciopelo blanco, que era el color de su eleccion; sobre su escudo en campo de plata estaba delineada la cruz encarnada de Calatrava, que tambien llevaba en el pecho con la siguiente divisa *»Por esta i por mi Rei.*

Don Manuel Ponce de Leon fijaba en segundo lugar la atencion de los espectadores: su armadura era la misma que la del Mantenedor, escepto el color del manto ó herreuelo que era de carmesi. En su enorme adarga estaban pintadas las barras de las armas de Aragon concedidas por los reyes de aquel pais á sus nobles antepasados, i en uno de sus

cuarteles se veia en campo tambien de plata un leon rampante, cuya divisa se sabe por tradicion fue adoptada por el famoso Hector troyano, de quien pretenden algunos cronistas franceses que descienden los Ponces de Leon. Debajo de estas armas se leia en letras encarnadas el siguiente lema: *»Soy como mi nombre.*

La armadura de los demas caballeros era proximately igual á la del Mantenedor, sin mas diferencia que en el color de la ropa i en la divisa peculiar que cada uno llevaba en su escudo, indicante sus particulares designios ó los blasones de su familia. Los caballos de estos campeones eran tan blancos como la nieve. La hermosura de sus proporciones i el esplendor i maguificencia de sus arneses, daban un inimitable realce á aquel brillante espectáculo. Pisando la tierra con paso corto, pero rápido, i arrojando blanca espuma por la boca, se veia, no sin dificultad, refrenado su fiero ardor por sus diestros ginetes. Sus mantillas de hermoso brocado estaban bor-

dadas en oro i plata segun el color de sus respectivos dueños; su clin i sus colas flotaban decoradas con vistosas cintas.

Los cinco campeones se adelantaron con paso firme ácia el lugar que ocupaba la Reina, i haciendo arrodillar á sus caballos simultáneamente i con la mayor gracia, i despues de haber saludado con sus lanzas á la real comitiva, dieron ligeras vueltas por la Arena para reconocer su dominio. Luego que hubieron concluido varias evoluciones marciales, en las que fueron acompañados por los suaves acentos de la música, se dirijieron al medio del circo en donde hicieron alto, i arrojando sus guantes, se retiraron al castillo en el mismo orden con que se habian presentado.

Sonaron entonces los clarines, i al momento se precipitó á la Arena una porcion de esforzados caballeros, ansiosos por recoger estas muestras de la valentia caballeresca. Así, pues, los cinco que habian logrado adquirir aquellas prendas, se adelantaron desde el pabellon : llevaban éstos hermosas cotas de

mallá española, con sus pulimentados petos engastados en oro, i sus largas i negras barbas contrastaban con las de los héroes del desafío: sus yelmos estaban casi escondidos en sus anchos penachos de plumas blancas i encarnadas. El gefe de esta noble comitiva se rehusó á dar su nombre; pero la garantía ofrecida por sus cuatro compañeros, el extraordinario valor i pericia que desplegó en el combate, dieron lugar á que se creyese generalmente que este incógnito caballero no podia ser otro sino el famoso Gonzalo de Córdoba, quien por efecto de un pique acalorado, habia debido retirarse de la corte perdiendo la amistad de la Reina. Los otros cuatro caballeros se distinguian facilmente por sus divisas i colores: brillaba entre ellos el jóven don Pedro, hijo de don Alonso de Aguilar, que inspiraba un general interes por el noble i altivo porte, superior á sus años. Llevaba en su escudo como emblema de su nombre, una águila de oro, en el acto de elevarse con un moro ensangrentado entre

sus uñas, con el lema siguiente trazado en la parte inferior. *»Le subiré hasta el cielo para que dé mayor caída.* Pertenecía este escudo al mismo Alonso de Aguilar, el cual se halló no menos complacido que admirado con tan feliz eleccion que habia hecho su hijo para el presente lance. Se redoblaron con este motivo los aplausos ácia el citado don Pedro, que gozaba ya de una prematura celebridad por su inflexible ódio ácia los enemigos de su pátria, heredado de sus mayores, i que ocupaba toda su alma aun en los juegos i pasatiempos.

Al lado de don Pedro se veia á Garcilaso de la Vega lleno de orgullo por llevar el escudo de bronce que le habia sido legado por su padre, i sobre el cual estaba pintada la yerta cabeza de un moro colgada de la cola de un caballo negro, i en sus contornos las divinas palabras *«Ave María,* cuya divisa llevaban los Garcilasos en conmemoracion del famoso combate individual que sostuvo uno de su familia contra el fiero moro Abdalla,

el cual con impía insolencia habia atado dicha salutacion religiosa á la cola de su caballo como un objeto de befa i escarnio. Los otros dos campeones eran el conde de Ureña, i el jóven Saavedra, ambos igualmente famosos en aquella edad de caballería; ambos galantes i esforzados.

Se adelantaron todos ellos ácia el castillo, i despues de haber dado las señales convenidas, volvieron á retirarse. Se presentaron mui pronto los cinco héroes del torneo, i se dió principio á un furioso encuentro. Dificil era hallar en toda España diez caballeros mas valientes i de mayor destreza en las armas. Aunque rompieron juntos la carrera, era sin embargo tan grande su habilidad en el manejo del caballo, que todos llegaron al mismo tiempo al medio de la Arena, chocándose simultáneamente, de modo que el brusco i uniforme sonido de sus armas produjo el mismo efecto que si hubiera sido el de un solo espantoso golpe.

Se quebraron las lanzas hasta la misma

embrazadura ; mas los caballeros volvieron á tomar su puesto entre el ruidoso aplauso de la muchedumbre. Volvieron de nuevo á atacarse con no menor velocidad ; se verificó el encuentro con la misma precision que el anterior , pero no con igual resultado : los sostenedores del torneo obtuvieron la victoria ; solo los dos gefes salieron sin quebranto ; aunque se rompieron sus lanzas , permanecieron sin embargo firmes i erguidos en sus sillas. No fueron tan felices los otros combatientes ; el jóven don Pedro no pudo resistir á la fuerza superior del membrudo brazo de Ponce de Leon ; Garcilaso fue arrojado de su caballo por don Antonio de Leiva , i los otros dos recibieron considerable quebranto de parte del alcaide, i del conde de Cifuentes.

Los vivos de los espectadores i el estrépito de la música proclamaron la victoria del Mantenedor i de sus auxiliares , quienes se retiraron al castillo llenos de gloria , i dispuestos á salir de nuevo á la menor demanda de cualesquiera otro noble combatiente. El

gefe del partido vencido, que tan gallardamente habia sabido sostener el campo contra el gran maestro, hizo nuevas gestiones para pelear á brazo partido con aquel campeón; pero los directores de los juegos se opusieron á esta pretension, declarando que habiendo tenido ya efecto su primer desafio, no podia segun las leyes establecidas, travar el segundo en aquel dia con la misma persona. Los jueces á los que fue remitida esta cuestion, la decidieron en contra del incógnito guerrero, el cual se vió obligado á retirarse,

Era grande la alegria de los vencedores al considerar que habiendo salido victoriosos de cinco antagonistas tan formidables, no podia presentarse ningun otro que pudiera arrebatarnos su triunfo. Empezaba ya á generalizarse esta opinion, cuando no pudiendo sobre llevar el jóven don Pedro su primera derrota, volvió á montar un brioso alazan, se adelantó ácia el castillo y desafió personalmente al mismo Mantenedor. Don Alonso vió á un tiempo con placer i desconfianza el noble ar-

rojo de su hijo ; la satisfacion que le cabia por la muestra que daba de su fiero valor , se amargaba con el temor de un nuevo desaire.

Sonaron por segunda vez los timbales ; se presentó el maestre en el campo i quedó admirado de la presuncion del jóven guerrero. Tomaron sus respectivos puestos, los clarines dieron la señal de ataque, los campeones se lanzaron á la carrera , i en su primer encuentro desplegaron tanta igualdad de pericia i firmeza , que todo el público prorrumpió en entusiásticas aclamaciones. Este era con efecto el choque mas importante ; todos esperaban su resultado con una inesplicable ansiedad ; las damas en particular, siempre interesadas á favor de los jóvenes cuando se atreven á pelear con los hombres dotados de toda la fuerza de la edad varonil , flotaban sus pañuelos i bandas para animar al nuevo atleta , cuyo ambicioso corazon no necesitaba de tales estímulos. No fue tan afortunado sin embargo en el segundo encuentro: celoso el Mantenedor de su fama , desplegó en

este momento todos los recursos de su fuerza é ingenio, cuyo fiero choque no pudo ser sostenido por don Pedro; su lanza huyó de sus manos, i se vió precisado á dejar el campo, aunque honrosamente.

Un redoble general de clarines i trompetas anunció desde el castillo la señal del triunfo; ningun caballero del pabellon manifestaba deseos de renovar el combate; se pasó algun tiempo en este estado de suspension, i los reyes de armas, en conformidad con los usos establecidos, pasaron á citar nuevos campeones; pero nadie se hizo adelante; trascurrieron otros diez minutos, i se pronunció una segunda intimacion sin mas resultado que la primera.

El triunfo del Mantenedor parecia ya indudable, i los reyes de armas iban á pronunciar la tercera i última proclamacion, quando se vió venir á lo lejos un caballero á gran galope ácia la Arena, i despues de haber pedido se le abrieran las puertas, se dirigió ácia el castillo, en donde fue detenido por los di-

rectores del espectáculo, para significarle que nadie se podia presentar en aquel campo de honor sin dar antes su nombre i títulos de caballería, ó sin presentar á lo menos un amigo abonado que respondiera de su nobleza i lealtad.

Este incógnito personage se vió por lo tanto obligado á retirarse; pero haciendo seña al rei de armas de no proceder tan pronto á la tercera intimacion, se dirijió ácia don Pedro, i hablando con él en secreto, se adelantó el jóven Aguilar en abono de este nuevo compañero.

Esta circunstancia, i la hermosa aparicion del citado campeon, escitaron un extraordinario interes, i fijaron la atencion general. Se hallaba dicho guerrero vestido en completa armadura de acero empavonado, sobre la cual llevaba un herreruelo de terciopelo negro bordado magníficamente en oro. Sobre su reluciente yelmo flotaba un gran penacho de plumas blancas i negras, i ondeaba en su lanza una banderola de los mismos colores. Lle-

vaba cubierto su pecho con un pesado escudo sin mas divisa que el siguiente lema: *Conoce-
lle por sus fechos*. Este incógnito caballero no traia ni escudero, ni page, i en todo se observaba un aire de misterio que contribuia poderosamente á aumentar el interes que habia escitado su repentina aparicion.

Se precipitó entonces ácia el castillo con tanta impetuosidad i desenfreno de su caballo que parecia iba á ser hecho pedazos: un simultáneo grito de terror salió de aquel numeroso concurso; pero cuando se temia que fuera estrellado contra la pared del castillo, i cuando se hallaba á la escasa distancia de dos pies, se paró repentinamente presentándose él i su caballo como pegados á la misma tierra. Otro grito de admiracion hizo cesar el terror que su precipitada carrera habia ocasionado; i todos se perdian en conjeturas sobre este impávido campeón. La noble arrogancia de su lema hizo que se apreciase mas esta primera muestra de vigor i destreza. Se adelantó ácia los timbales, sonó un toque re-

doblado, i blandiendo su lanza al frente del castillo i de las tiendas indicó sus deseos de pelear con cuantos tuviesen valor para salir á su encuentro.

Este acto atrevido escitó nuevos aplausos, i los corifeos del torneo se presentaron en el castillo con una mezcla de perplejidad i de irritada soberbia. Volvió entonces el incógnito su caballo, i se retiró á esperar la determinación del Mantenedor, quien conforme á su rango debia ser el primero en empeñarse. La música guerrera dió la señal de ordenanza, i ambos campeones rompieron velozmente su carrera. El choque fue tremendo; se quebraron las lanzas, i los fieros cuadrúpedos llegaron á vacilar con su empuje violento. Tomando entonces los combatientes nuevas lanzas se prepararon para un segundo encuentro, cuando espantado el caballo del Mantenedor perdió el tino en medio de su carrera, cuyo fatal contratiempo obligó á su dueño á desviarse del centro, i habria ofrecido una fácil victoria á su antagonista si éste hubiera querido apro-

vecharse de aquella ventaja. Dió en su vez el incógnito una media vuelta i se retiró á recibir en posicion al Mantenedor, quien rendido por la generosa conducta de su adversario rehusó el segundo choque i se retiró al castillo.

Se adelantó entonces don Manuel Ponce de Leon, gozoso de que aquella funesta casualidad le proporcionase la gloria de ceñir su frente de los laureles que su principal se habia dejado arrebatarse de las manos. Este caballero era en la opinion de muchos el mas formidable de los cinco combatientes: los repetidos empeños individuales en que se habia visto comprometido contra los moros i otros brillantes hechos de armas le habian grangeado una distinguida reputacion; se presentó por lo tanto en la Arena con una chocante presuncion de su fuerza i con una ciega confianza de la victoria.

En el primer empuje hubo poca ventaja por su parte, aunque logró asegurar el golpe de su lanza con tanta fuerza i con tanto finó

sobre el peto de su adversario, que éste llegó á vacilar un breve instante al paso que aquel permaneció inamoble como una roca. Habiendo quedado sin embargo indeciso el primer combate se prepararon ambos campeones para el segundo. Los veloces caballos vuelan nuevamente sobre el circo, los combatientes llegan á darse otro terrible encuentro que habria sido mui desgraciado para Ponce de Leon, i habria hecho perder á la Reina uno de sus mas esforzados guerreros, si el buen temple de su armadura no hubiera contenido el tremendo golpe de su competidor. Las cinchas sin embargo se quebraron, vaciló el caballo, retrocedió i rodó arrojando á su jinete al medio de la Arena.

Se levantó Ponce de Leon con dificultad despues de haber recibido una fuerte contusion, i fue conducido al castillo, del cual salió el alcaide de los Donceles, deseoso de vengar la desgracia de su compañero; mas ofreció en su vez una resistencia mui corta, porque el incógnito caballero parecia que adquiria nue-

va fuerza á cada encuentro. La oposicion del conde de Cifuentes fue todavia mas débil, habiendo tenido la desgracia de ser sacado de su caballo con tan admirable destreza que por un momento parecia haber sido conducido al suelo en la punta de la lanza de su contrin- cante. Los aplausos de los espectadores i los redoblados toques de la música que aumentaba sus estrepitosos acentos á cada nueva prueba de fuerza i agilidad proclamaron el completo triunfo del incógnito. Ya no le quedaba mas que un campeón con quien medir su brazo: era éste el mas jóven, i segun la opinion de todos, el menos acreditado en la palestra. El jóven don Antonio de Leiva se presentó sin embargo con la mayor firmeza i serenidad manifestando con su aire marcial que de ningun modo se hallaba intimidado por la extraordinaria buena suerte de su fiero contrario.

Sonaron las trompas, se enristraron las lanzas, volaron los caballos, se encontraron los caballeros con horrible estruendo, desapare-

ció el encanto, se rompió el profundo silencio i todo se convirtió en demostraciones de admiracion i complacencia.

Aunque los campeones parecian en un todo desiguales, acreditaron sin embargo ser una digna pareja guerrera; las lanzas de ambos saltaron al aire hechas pedazos, i el tremendo choque que sufrieron no produjo mas efecto que el de contener sus caballos en la impetuosa carrera. Los caballeros se rehicieron al instante i volvieron á sus puestos. Se dió la segunda señal i ambos corrieron con la presteza de una flecha; se rompieron de nuevo las lanzas i los caballos de ambos retrocedieron á la violencia del empuje. La sorpresa i el deleite agitaban los pechos de los espectadores; revivió la esperanza en los abatidos ánimos del Mantenedor i de sus auxiliares; la mas fiera irritacion devoraba el corazon del incógnito, quien cogiendo firmemente la lanza que le habia sido entregada por la tercera vez, blandiéndola de nuevo para asegurarse de su consistencia, i dando

una vuelta con su caballo pareció resuelto á poner un término á las pretensiones de su adversario. Con desesperado furor se precipitó de frente contra él, quien observando el furioso ataque que iba á sostener reunió todas sus fuerzas para hacer la conveniente resistencia. El incógnito se inclinó sobre su caballo i dirigió su tiro al pecho de don Antonio, quien percibiendo su intencion resolvió dirigir su lanza sobre la cabeza de su adversario, cuya maniobra aunque difícil era la única que podia darle la victoria; pero éste paró dicho golpe desviando su cabeza mientras que la cólera que hervia en su pecho secundó tan poderosamente sus esfuerzos, que el bizarro don Antonio llegó á caer arrancando al mismo tiempo al incógnito de su silla, i llevándose en la punta de su lanza el penacho que adornaba su casco.

La victoria fue entonces completa, i todo el circo resonó con ruidosas demostraciones de admiracion. Habiendo, pues, vencido á sus cinco campeones se paseó bizarramente

por la Arena, haciendo que su obediente i fiel caballo hiciese varias i graciosas evoluciones. Adelantándose entonces de repente ácia el trono de la Reina bajó la punta de su lanza é hizo que su brioso alazan se postrase ante ella. Pasando por delante de Leonor de Aguilar le dirigió una espresiva cortesía mientras que una lluvia de cintas de varios colores, de blancos i perfumados guantes, de flores i otras muestras de favor cayeron profusamente de las manos del bello sexo como un tributo debido á la bravura i pericia militar. Habiendo ya cumplido con todo lo que exigia la fina galantería, sin esperar el galardón correspondiente á su resplandeciente mérito, puso espuelas á su caballo i se perdió rápidamente de vista.

Este misterioso caballero fue el objeto de la atencion general: habia vencido cinco campeones los mas valientes que pudiera presentar la corte de Isabel. Un solo hombre era tal vez capaz de tan admirables proezas; pero estaba desterrado; las leyes le perseguian; su

aparición en la Arena podía costarle muy caro. Sin embargo, lo extraordinario de esta empresa i la circunstancia de haber sido abonado por don Pedro luego que se presentó en el circo, designaban sobradamente dicho ilustre proscripto. Por otra parte la significativa sonrisa que la Reina dirigió á Alonso de Aguilar cuando el campeón saludó á su hija, i el sonrosado que se asomó á las mejillas de esta dama indicaban un perfecto reconocimiento de su amante.

La ausencia del verdadero vencedor ofreció á los jueces la oportunidad de adjudicar el premio principal á don Antonio de Leiva, á quien era debido de justicia, segun la opinion general. Las músicas hicieron entonces resonar sus marciales ecos, se marchó la Reina con su numerosa i espléndida comitiva, i cada cual se retiró á su casa perfectamente satisfecho de las diversiones de aquel dia para emplear el resto de él en nuevos festejos, i en discutir el mayor ó menor mérito de los caballeros interesados en tan agradable contienda.

CAPITULO IV.

Premiado don Antonio de Leiva en el juego de la sortija así como lo habia sido en el torneo por haberse ausentado el verdadero vencedor que lo fué el caballero incógnito. Carácter de Leonor de Aguilar. Su adhesion á Gomez Arias. Salida de varios gefes españoles contra los rebeldes. Orden de que venga á Granada dicho Gomez Arias para desposarse con Leonor.

La mañana siguiente amaneció tan brillante i risueña como la anterior, i no era menor la ansiedad del público por ver la funcion de este dia. Hubo la misma ceremonia i pompa en la córte, la misma precision i porte galante de parte de los caballeros, de los reyes de armas, i de las demas personas interesadas en los juegos.

Como las formalidades i ceremonias obser-

vadas en ellos fueron una repeticion del primer dia , i como pueden interesar poco despues de haberse hablado largamente de ellas en el capítulo anterior, tan solo nos detendremos en el presente para observar que los campeones del castillo sostuvieron el desafio con el mayor lucimiento. Aunque se presentaron muchos á competir con el *Mantenedor* i con sus auxiliares, ninguno de ellos tuvo bastante habilidad para llevarse la palma. El caballero incógnito, que era el mas temible de todos los combatientes, ya fuese por temor de ser descubierto, ó porque se le hubiera hecho alguna intimacion secreta, no volvió á parecer mas en la Arena.

Dada, pues, la señal de ordenanza, proclamaron los reyes de armas que los juegos de valor i fuerza habian concluido, i que iban á empezar los de destreza. Se emplearon cerca de dos horas en despejar el circo i en preparar el terreno para el juego de la sortija, que era el favorito de la Reina (1). Don-

(1) Hemos suprimido algunas páginas del original,

Antonio de Leiva obtuvo el premio de esta contienda, que fué el retrato de la Reina entregado por la misma Señora, i acompañado con las siguientes cariñosas espresiones.

„Lleva este regalo en memoria de tu destreza
 „i de mi consideracion. Acuérdate que este
 „don es una prenda de mi real palabra de
 „que concederé al portador de él cualquiera
 „gracia que llegue á pedirme, sin mas requi-
 „sito que su presentacion.“

Don Antonio besó humildemente la mano de su Reina, i reuniéndose con sus compañeros hizo con ellos una ostentosa parada con todas las ceremonias del triunfo. Las proezas de Leiva tanto en el torneo como en el juego de la sortija, le habian grangeado la admiracion de todos los espectadores, i mas particularmente del bello sexo. Muchas fueron las miradas dirigidas por brillantes ojos, i muchos tiernos pechos suspiraron con vivo interés mientras que aquel jóven afortunado hacia destinadas á describir esta parte del torneo, por parecernos que ofrecian poco interés al lector.

graciosas cortesías luciendo lo hermoso de su figura. Aun la altiva Leonor no pudo ocultar enteramente la satisfaccion interior que experimentaba por el triunfo de don Antonio; porque, á pesar de sus esfuerzos, rebosaban en su corazon ardientes sentimientos de interés i complacencia. Empero no era esto amor; ella habia fijado ya de un modo invariable su afecto en otro objeto; se hallaba, pues, en un estado que es mas fácil de sentir que de describir; un estado demasiado animado para que pudiera ser calificado de mera amistad, i demasiado frio para que pudiera merecer el dictado de amor; era mas bien cierto medio entre ambas afecciones, un tierno sentimiento de deferencia ácia una persona á la que se le habia enseñado á considerar como su inferior en rango i riqueza.

Leonor de Aguilar habia heredado de su *guerrero* (generoso) padre aquella altivez i elevacion de espíritu que apagaba en gran parte las blandas sensaciones del corazon. Ella no podia

creer en la existencia de una pasión indomable i sin límites; sus ideas estaban demasiado contraídas á las deslumbradoras visiones de gloria i fama para descender á un menudo análisis de los varios grados de ternura i de la carrera progresiva del amor. Simpatizaba mas con el altanero carácter de su padre, que con los estímulos del corazón femenino. Le habia confiado implícitamente el cuidado de su felicidad, i á la menor invitación que le fué hecha, consintió en recibir á Gomez Arias por su esposo, con tanto mayor placer cuanto que éste reunia las mas brillantes dotes para cautivar su corazón. Gomez Arias poseía en grado eminente talentos militares i un desmedido deseo de gloria i celebridad, cualidades que en la opinion de Leonor debieran anteponerse á toda otra consideración. Le amaba, pues, en conformidad con estos sus severos principios, que creia eran los únicos que pudiesen interesar á la hija de don Alonso de Aguilar. Su matrimonio se habia retardado tan solo por el desgraciado accidente que ha-

bia puesto en mortal peligro la vida de don Rodrigo de Céspedes.

El estraordinario valor i destreza que Gomez Arias habia desplegado en el torneo (porque Leonor estaba bien persuadida de que el incógnito no podia ser otro sino su amante) aumentaron considerablemente su afición ácia él, i le avivaron su deseo de unir su fortuna con la de quien estaba dotado de tantas i tan estraordinarias calificaciones.

Apénas se hubo dado término á las justas i torneos salieron varios gefes, entre ellos el alcaide de los Donceles, el conde de Cifuentes, i otros de igual mérito con todas las fuerzas que tenian bajo su mando á perseguir á los rebeldes, que por cada dia iban tomando un aumento peligroso.

Don Alonso de Aguilar, á quien habia sido cometida la parte mas difícil de la empresa, que era la de penetrar por el corazon de las horribles montañas de las Alpujarras, vivia en la mayor inquietud considerando perdido

para la gloria i para la fama póstuma todo momento pasado en la inaccion. Grande fué por lo tanto su satisfaccion cuando pudo comunicar á su hija el perfecto restablecimiento de don Rodrigo de Céspedes. Nada desde este momento debia impedir la inmediata comparecencia de Gomez Arias en Granada para la celebracion de las bodas, librando así á don Alonso del único cuidado que tenia para marchar contra los moros rebeldes. Se despacharon espresos á dicho don Lope, que permanecia oculto en Guadix, para que volviera á Granada con la mayor presteza, á cuya invitacion no dudaba Aguilar que su adoptivo hijo volase con la mayor ansiedad. Con esta confianza dirigió don Alonso exclusivamente su atencion al objeto principal de su salida, que debia verificarse á los dos ó tres dias para añadir nuevos laureles á las floridas ramas que decoraban su glorioso nombre. Leonor en el entretanto demostraba igual ansiedad por el regreso de su amante, no tanto por mero devaneo, ó por disfrutar de efíme-

nos placeres, sino por dar pábulo á su noble ambicion, i por asegurarse la alta prerrogativa de llamar con los preciosos nombres de padre i esposo á los dos guerreros mas famosos del siglo.

Así, pues, padre é hija esperaron con la mayor impaciencia el dia siguiente, en el cual, sin el menor asomo de duda, debia llegar Gomez Arias á la ciudad.



CAPITULO V.

Diálogo entre Gomez Arias i su criado Roque. Carácter de aquel i sus brillantes dotes exteriores oscurecidas por el libertinage. Sus amores con Teodora de Monteblanco. Su dura posicion entre sus dos amantes. Carácter de esta última. Cita de dicho Gomez Arias con Teodora. Carácter de la dueña Marta. Delicioso coloquio de los amantes , interrumpido por la inesperada llegada de Monteblanco i de don Rodrigo de Céspedes. Serenidad i travesura de Gomez Arias para salir de aquel aprieto. Desafio con don Rodrigo. Fuga de éste por haber creído que habia muerto á su adversario.

¿Qué misterio traes? dijo Gomez Arias al observar que su criado i confilente Roque se acercaba á él con una chocante espresion de gravedad en su semblante , que solo con gran

trabajo podía aparentar el chocarrero bufon-
¿Qué ocurre? repitió su amo (*).

»¿Cuánto tiempo hace, señor, que salimos
»de Granada?» preguntó el criado.

»Dos meses poco mas ó menos.»

»Salimos á causa de haber vos herido mor-
»talmente á don Rodrigo de Céspedes, vuestro
»rival en el afecto de Leonor de Aguilar.»

»Es verdad.»

»Nos refugiamos en Guadix para vivir ocul-
»tos hasta que pasára la tempestad.»

»Cierto.»

»Y ahora, estais seriamente empleado en

(*) Aquí se omiten algunas páginas que el autor empleó en un diálogo difuso i poco interesante, entre amo i criado, á imitacion de nuestros antiguos autores, i en su ya costumbre, viciosa en nuestro concepto, vemos repetida en varias de sus comedias con poca verosimilitud, con menor aceptacion del público. No deberá pues extrañarse esta libertad que nos hemos tomado para que el presente romance histórico quede arreglado al gusto de los modernos, en los que es mui diferente el efecto que forman las invenciones del ingenio, ya sea por la variedad de usos i costumbres, ó ya por el refinamiento de gusto i aumento de ilustracion.

» conquistar el corazón de una muchacha jó-
 » ven é inocente, que así os conoce como á los
 » habitantes de la luna.

» ¿Y bien? »

» Yo no supongo que lleveis intencion de
 » casaros con dos señoras. »

» Ciertamente que no. »

» Esto es pues lo que yo no concibo cómo
 » podais componer; i como preveo que tiene
 » que resultar algun sério lance, me permiti-
 » reis que me retire antes que se haya hecho
 » inevitable. Si ambas damas, ó á lo menos
 » una, fuesen plebeyas, se disiparian mis apren-
 » siones; pero siendo las dos de rango distin-
 » guido es un gran laberinto, señor amo, en el
 » que os habeis metido. »

Quando Roque hubo concluido su elo-
 cuente i moral reconvencion, miró Gomez
 Arias á su alrededor, i cogiendo un baston en
 la mano se dirigió á él con la mas perfecta
 calma. » Ahora pues, Roque, convendrás en
 » que he oido atentamente tu sermon; pero
 » me cansan ya tantos dislates, i sino cesas de

»despotricar te honraré con una respuesta mas
 »espresiva», haciendo alusion al flexible mim-
 »bre que blandia en la mano. Roque, que
 conocia á su amo, i que sabia era hombre de
 no faltar á su palabra en materia de descar-
 gar su pesada mano, se retiró prudentemente.

»Con respecto á querer dejar mi servicio,
 »añadió don Lope, no tengo dificultad en
 »ello, con tal que te vayas sin orejas, por-
 »que he tomado tanta aficion á tu persona,
 »mi querido Roque, que no puedo sufrir que
 »me abandones sin dejarme á lo menos algun
 »recuerdo. Pero á qué perder el tiempo con
 »este insensato? Retírate al momento, i cui-
 »dado conmigo.»

Roque hizo una humilde cortesia, i salió
 de su presencia. Gomez Arias tomó en esta
 ocasion, del mismo modo que en otras mu-
 chas, aquella ventaja de indisputable autoridad
 que las almas fuertes poseen generalmente so-
 bre las débiles. Roque habia resuelto diferen-
 tes veces dejar á su amo, i nunca habia teni-
 do valor para llevarlo á efecto. Roque tenia

sentimientos de buena moral, aunque confundia sus verdaderos principios por falta de competente instruccion. No pretendia que un bizarro caballero llevase la vida de un monge, ni creia que pudieran ser imperdonables las intrigas amorosas; pero hallaba mui mal el que éstas no fueran contenidas en los límites de una regular prudencia. Gomez Arias, segun Roque, podia haber limitado su galantería á seducir las muchachas de medio pelo, i en tal caso no se hubiera opuesto á este gracioso pasatiempo, porque su amo no habria hecho mas que sostener el derecho hereditario peculiar de la gente de su clase; pero estar engañando á dos señoras de distincion, era ciertamente un horrible atentado que él no podia sufrir en paz.

Don Lope Gomez Arias era un hombre, cuya voluntad habia sido contrariada pocas veces, i tenia por lo tanto una ciega confianza en la grandeza de sus recursos físicos é intelectuales. La naturaleza habia sido con efecto sumamente pródiga en dispensarle sus mas

preciosos favores. Al mas indomable valor i presteza de resolucion añadia grandes facultades de ánimo i talentos mui sobresalientes; pero se hallaba desgraciadamente destituido de aquellos leales i puros sentimientos del corazón, que son los únicos que pueden dar valor á las dotes descritas.

Estas le habian hecho un objeto de temor, no solo para los enemigos de su patria sino para los rivales de su amor ó ambicion. Si los hombres le temian, le envidiaban ó le aborrecian, que era lo general, el bello sexo por desgracia nutria sentimientos mui diferentes ácia él. Entre el alucinante esplendor de su forma exterior i de su hechicero porte no podian las damas descubrir el vacío que se hallaba en el corazón de este hombre peligroso. Muchas habian sido ya víctimas de su artificio seductor ¿merecian una severa censura? mas bien parece que debian ser compadecidas.

Gomez Arias poseia todos los recursos empleados por los rematados libertinos para grangearse el afecto de inocentes doncellas i

la admiración de las mugeres mas experimentadas. Además de su esfuerzo i resolución, cualidades tanto mas apreciadas por las mugeres cuanto que son menos propias de su carácter, era nuestro protagonista encantador en sus maneras, noble en todas las apariencias, i sin ninguna liga de indecorosa servidumbre; parecia mas á propósito para insinuarse por la fuerza de su mérito personal que de sus estremados esfuerzos; i la general espresion de su semblante era la de la altivez templada con la finura de los modales caballerescos.

En cuanto á su físico era extraordinariamente hermoso, de estatura alta i magestuosa, cuyos bien torneados miembros estaban en perfecta armonía con el todo: eran penetrantes las miradas de sus negros ojos, i se veia habitualmente asomada á sus labios una sonrisa de alegría mezclada con la viveza de la sátira. A estos atractivos añadia las facciones regulares de su cara, sombreada por una profusion de negros i hermosos rizos, i por un

soberbio vigote i pera, que poblaban su labio superior i la punta de su barba.

Tal era el héroe principal de esta novela. A pesar de todos los recursos de su ingenio, se halló Gomez Arias en la presente ocasion envuelto en la mas dura perplejidad, i sin saber cómo salir de sus apuros. Habia recibido una carta de don Alonso de Aguilar, en la que le anunciaba el perfecto restablecimiento de su rival don Rodrigo, i le escitaba á que volviese prontamente á Granada. Aunque esta ciudad ofrecia á aquella sazón mayor interés que Guadix; aunque la hermosura de Leonor era la primera de la corte, consideracion mui poderosa para don Lope; aunque esta dama era rica i de rango el mas distinguido, i aunque su padre disfrutaba de la mayor confianza con la Reina, por cuyas razones debia este matrimonio abrir á don Lope el camino para los mas altos honores, con todo, nuestro héroe mostraba pocas ganas de desasirse de los brazos de la inocente Teodora de Monteblanco, que era en aquel momento la soberana de su vo-

luntad. Habia ésta con efecto fijado por algun tiempo el errante corazon de Gomez Arias, quien conoció entonces con el mayor dolor el grande inconveniente de la unidad del hombre, pues que ciertamente un amante de su clase debiera ser divisible para satisfacer á un tiempo el deber i la pasion.

Permaneció nuestro héroe por algun tiempo en este estado de irresolucion: su sagrado empeño con Leonor i las brillantes ilusiones de la ambicion que se presentaban á su imaginacion no podian desterrar de ella la imagen de Teodora, porque en esta amable señorita habia hallado todas las perfecciones de su primera dama con una absoluta exencion de sus defectos.

A la edad de diez i siete años ostentaba Teodora los maduros encantos de la mas hechicera hermosura, unidos con la candorosa inocencia de modales característicos á su tierna edad, que es cuando el corazon desconoce la malicia i los engaños del mundo. Su complexion era de un blanco delicado, sin mas

cólor que el que sonrosaba sus mejillas cuando se la escitaba su misma sensibilidad, ó la agitaba alguna emogion pasagera: tan amable, tan dulce i tan calmosa era su fisionomia que sin la encantadora espresion de sus negros i rasgados ojos, desenvuelta parcialmente entre sus largos encajes de seda, i sin la profusion de las sortijas de su pelo que flotaban lujosamente sobre su bien torneado cuello i espalda, se hubiera creído que era una obra maestra de algun divino escultor, que habia logrado imitar en el mas puro alabastro el trabajo mas perfecto de la naturaleza.

Teodora amaba á Gomez Arias con todo el entusiasmo de la primera pasion de una cabeza romancesca: esta ardiente inclinacion no trataba ella de ocultarla del objeto de sus ánsias. Le amaba, pues, con la verdadera sencillez de un corazon incapaz de ningun doblez; é inesperta en la escuela de la humana prudencia, ignorante de las arterías, á las que recurren las astutas mugeres para dar un seguro realce á sus encantos, ó para fijar con

mas firmeza el afecto de los hombres, habia rendido toda su alma con la mas pura inocencia i con una implícita confianza de que su amante corresponderia con la mas buena fe á su ternura.

Esta completa decision de Teodora lisonjeaba sobremanera la vanidad de Gomez Arias: veia un ángel en forma humana, que hacia consistir toda su felicidad en su amor, i que en el ardor de su pasion era incapaz de pensar en ninguna clase de calculadora precaucion. Estaba encantado con un carácter fundido en el molde de la naturaleza, sin ningun apoyo en el arte; i como entre sus primeras amantes nunca hubiera hallado una adhesion tan firme i verdadera, le prestaba cuando menos una ardiente admiracion.

Mientras que Gomez Arias estaba recreándose dulcemente con tan lisonjeras ideas, se presenta Roque con todos los síntomas de ser portador de importantes nuevas. »Ola, »dijo don Lope, ¿qué significa esta visita? »¿tratas de cumplir las condiciones? No señor,

»respondió Roque con una cierta seguridad
»en sus espresiones; vengo á traeros nuevas
pruebas de mi celo en serviros.»

»A fe mia, exclamó Gomez Arias, que eres
»un hombre complaciente, ¿has visto á la
»dueña por casualidad?»

»Si señor, i á alguna otra persona mas.»

»Oigamos antes lo que hai sobre dueña.»

»Hemos de ir allá esta noche; su amo está
»ocupado en obsequiar á un huésped de Gra-
»nada; yo he visto á ambos que salían de
»casa.»

No perdió tiempo Gomez Arias en prepa-
rarse para la entrevista, i como se iba apro-
ximando la noche ciñó su espada, i embo-
zándose en su capa emprendió, acompañado
por su criado, su nocturna expedicion.

»¿Estás seguro, buen Roque, de haber visto
»realmente al viejo Monteblanco salir de su
»casa?»

»No tengo en ello la menor duda, señor
»don Lope; mis ojos dificilmente me enga-
»ñan; no los hai mas perspicaces para di-

avisar á gran distancia al padre ó hermano,
 ó á cualquiera otro de esos incómodos bi-
 chos que vienen á interrumpir nuestros pa-
 seos á la luz de la luna. Dicen que Argos
 tenia cien ojos, i con todo se la pegaron;
 pero aunque yo tengo solamente dos, es mui
 difícil que me suceda ningun chasco.»

«Argos, añadió su amo, fue castigado por
 su descuido, i será mui justo que tú espe-
 rimentes igual trato en semejante caso.»

«Si, dijo Roque, aquel fue trasformado en
 pabo real. No se yo en qué animal debo
 ser convertido, puesto que esta clase de me-
 tamórfosis es la retribucion destinada para los
 escuchas negligentes. Creo que me sentaria
 mejor el carácter de cierto animal que di-
 cen tiene por instinto llevar el leon á su
 presa. Pero dejando, señor, las chanzas á un
 lado, tengo que deciros en secreto cosas mui
 serias. ¿Sabeis á quién vi en íntima conver-
 sacion con don Manuel de Monteblanco al
 tiempo que salió éste de su casa?»

«No, ni me importa.»

«¿De veras no os importa? me alegro mucho, pues que no era mas que vuestro rival don Rodrigo.»

«Mui bien, Roque, exclamó su amo jocosamente, «hé aquí una prueba convincente de lo poco que hai que fiar de tu decantada perspicacia.»

«Yo creí lo mismo al principio, dijo Roque, «i me hice por lo tanto la señal de la cruz; mas luego descubrí que no era ilusion. Seria gracioso que este mismo don Rodrigo viniese á otra expedicion igual á la de antaño; se veria por cierto que ese hombre ha nacido para contrariar vuestros designios.»

I tambien, replicó Gomez Arias con una irónica sonrisa, se veria que yo he nacido para castigar su insolencia.

A esta bravata dió Roque una chocarrera contestacion, porque en su cuerda de gracioso parece que le era permitido decir cuanto le viniese á las mientes.

Ambos se adelantan entonces apresuradamente ácia la casa de Monteblanco; están

ya próximos á ella, la luna que empezaba á iluminar las rejas, descubre el contorno de una forma femenil; se acerca Gomez Arias, i su ojo penetrante divisa entre la oscuridad la figura de Teodora adornada con plácidas sonrisas que demostraban los blandos vuelos de un corazon ansioso. Rechina suavemente el cerrojo de la entrada: este duro sonido se introduce como los acentos de una música celestial en el agitado pecho del amante, se abre finalmente la puerta, i una reverenda matrona, bien provista de años, sale á recibir al caballero. Don Lope se deshace en tiernos cumplimientos; i en prueba de su viva gratitud aprieta la mano de la buena dueña.

La confiada Marta mostraba en su vestido i en sus maneras todas las señales exteriores de su estado i condicion. Una gravedad imperturbable se veía pintada en aquellas toscas facciones que nunca se habian prestado á una sonrisa, i en cuya espresion predominaba una mezcla de soberbia i aspereza re-

ligiosa mal disfrazada con el manto de la humildad. Marta sin embargo estaba mui distante de practicar aquellas rígidas austeridades indicadas por su apariencia; asumía este hipócrita carácter del mismo modo que un hombre fanfarron echa roncas de valor cuando mas lo necesita para ocultar su cobardía.

Marta iba vestida en hábito completo de paño negro, i llevaba su cintnra ceñida con la correa de una órden monástica, de la que iba colgado un rosario de cuentas negras de gran tamaño: una toca del lienzo mas blanco adornaba su cabeza, i observando todo el rigor de la modestia femenil se veía cubierto con un pañuelo del mismo género todo su cuello hasta la barba.

Corre Gomez Arias precipitadamente, i se echa al momento á los pies de su dama. Teodora cree hallarse en los campos elíseos del amor; un millon de tiernas emociones se desenvuelven en su seno, en el que llega á encenderse una ardiente llama bajo una capa de pura nieve. Luego que vé á Gomez Arias,

brillan sus ojos de un fuego no acostumbrado, i toda su persona se siente suavemente agitada con un delicioso temblor. La sonrisa que sale de su lábio responde sensiblemente á las ardientes miradas de su apasionado amante; i el repentino sonrosado que cubre sus mejillas de azucena descubre los vivos trasportes del verdadero amor en el primer período de la juventud, de la inocencia i del deleite.

Toma don Lope su blanca i trémula mano i la aprieta firmemente á su seno, no perdiendo de vista todas las mutaciones de su semblante; en aquel dulce embeleso respira su delicado aliento; pasa con un estudiado descuido su brazo al rededor de la airosa cintura de Teodora; inclina ésta dulcemente su cabeza sobre él, quedando ambos á la sombra de las largas i hermosas trenzas que flotaban con natural profusion. La inocente Teodora bebe abundantes tragos de dulce, pero mortífero veneno; una lágrima de ternura salta de sus ojos i cae en la mano de su amante,

lanza de su pecho un profundo suspiro i ambos se abrazan tiernamente. ¡O momentos tres veces felices! tan gratos á los séres sensibles como comprados á caro precio! Pocas fueron las palabras pronunciadas por estos amantes, porque cuando el corazon rebosa de gozo se halla en el silencio una elocuencia mui superior á la fria espresion del lenguaje. Gomez Arias olyidó los estímulos de la futura ambicion con la realidad de la presente dicha: era amado ciegamente por la muestra mas perfecta de la inocencia i de la hermosura; se veia amado mas de lo que creia que cupiera en la índole de las mugeres.

La esperanza aseguraba sus mas brillantes ideas, i le anticipaba todos los trasportes del placer que un hombre pudiera disfrutar. Era, pues, sumamente feliz en esta parte, porque la esperanza de la dicha es tal vez mas agradable que la realidad: así, la rosa al abrirse su capullo es mas dulce que cuando están desenvueltas sus hojas, porque la hora de la madurez es la señal del decaí-

miento. Nosotros seguimos con empeño la bulliciosa alegría, la asimos con entusiasmo, pero se nos escapa de las manos.

El tiempo iba pasando, i los amantes permanecian arrobados en los deliciosos raptos del amor, i en el cambio mútuo de hondos suspiros i elocuentes miradas, cuando se abrió de repente la puerta, i Roque se metió dentro con la mas viva agitacion para anunciar la próxima llegada de Monteblanco i de su huésped don Rodrigo. No podia creer Gomez Arias sin embargo que el peligro fuera tan inminente porque conocia bien el tímido carácter de su criado; pero la buena dueña llegó á este mismo tiempo á confirmar aquellas desconsoladoras noticias.

Aunque estas desagradables ocurrencias no son desconocidas en los anales del amor, i aunque Gomez Arias estaba familiarizado con los peligros, sin embargo cuando vió el aspecto de la dueña, de ese fiel termómetro de la intriga, no pudo menos de recelar que la tempestad que amenazaba era mas seria de

lo que se habia figurado. Las profundas arrugas de Marta ocultaban con sus surcos su amarillo semblante; en sus ojos estaba pintado el mas fiero terror, i las cuentas del rosario se tropezaban unas con otras en su trémula mano.

«¡Virgen santa! exclamaba, estoy perdiendo. ¡Ah, don Lope! Hé aquí lo que se gana con tener un corazon compasivo i una disposicion de ánimo complaciente; por vuestra causa va á quedar mancillada mi reputacion con una mancha que toda la agua del mundo no será capaz de lavar!

Pero en verdad, dijo Gomez Arias, no será tan inminente el peligro, que quede enteramente ostruida mi fuga.

«¿Fuga? replicó la dueña. Es imposible, ya están subiendo la escalera.

Villano, dijo don Lope, volviéndose furiosamente á Roque, ¿es este el modo de cumplir con tus deberes?

Roque se mantuvo mui prudentemente á alguna distancia del contacto de la pesada

mano de su amo; i como se anticipase ya la explosion empezó á tartamudear algunas palabras para pedir perdon por su descuido. El aspecto de Teodora se cubrió de repente de una palidez mortal, i esta tímida novicia en las intrigas de amor se retorcia las manos en señal de desesperacion: su crítica situacion i la alarma de la dueña hicieron titubear al principio á Gomez Arias; pero armándose al instante de la firme resolucion que inspira un riesgo inmediato, asumió como por encanto un aire de predominio, i se preparó á desempeñar maestramente el único plan que podia libertarle de aquel apuro.

«Si llega don Rodrigo con Monteblanco, nada tenemos que temer.» ¿Nada que temer? replicó Roque: «me parece que el peligro es doble cuando un hombre tiene que batirse con dos enemigos en vez de uno.»

«Calla, bellaco, dijo su amo. Marta, serenaos; afectad que no me conoceis, haced libre uso del órgano con que la naturaleza os ha dotado pródigamente, i no economiceis

denuestos i desvergüenzas. Teodora , mantened vuestra presencia de ánimo , i tú , villano Roque , calla.

Se abre la puerta, entra Monteblanco i don Rodrigo , i quedan asombrados con el grupo que se presenta á su vista. La dueña habia cobrado el valor de la desesperacion, i habia principiado ya á descargar sobre Gomez Arias un torrente de dichos injuriosos. Teodora se habia retirado de la luz para que no fuera observada su turbacion por su padre, cuya vista sin embargo se hallaba mui desmejorada con la edad. Roque tomó un tono de estúpida seguridad , i su amo se hallaba reclinado á la pared con la mayor frialdad é indiferencia. Pasada la primera sorpresa de don Manuel i don Rodrigo, rompió este último el silencio exclamando : « ¡ Aquí don Lope Gomez Arias ! »

¡ Don Lope Gomez Arias ! repitió Monteblanco. Este es vuestro rival. ¿ Qué quiere decir todo esto , Marta ?

Podeis preguntárselo al mismo caballero,

respondió la dueña : yo nada mas sé sino que es el hombre mas atrevido é impertinente que haya visto jamas, el mas descortés, el mas terco i el mas presumido. ¡ Cuantos disturbios ha acarreado á esta casa ! Ahí está asimismo ese bribon de criado que es la causa principal de todo, por cuya razon pido i espero que le hagais arrepentir de su descaro. ¡ Arrepentirme de mi descaro, maldita bruja ! dijo Roque. Mas valdria hacer trozos tu calumniadora lengua.

Siguió entonces la dueña su retahila de amargas quejas sin ninguna explicacion positiva, como sucede generalmente cuando se desea ganar tiempo en las disputas, i recibir fuerzas auxiliares.

¡ Poco á poco muger ! le interrumpió Gomez Arias en medio de su arenga. Este disturbio, segun quereis calificarlo, es obra de vuestras propias manos; si os hubierais conducido con mas urbanidad ácia un forastero, habriais podido evitar la impropiedad de la conducta de mi criado ; por la que sufrirá

sin embargo su merecido castigo á mejor ocasion. El pobre Roque conoció por la terrible mirada que le habia dirigido su amo, de que iban á recaer sobre su desgraciada cabeza todos los malos humores de aquel lance.

Todo este tiempo estuvo el bueno de don Manuel esperando impacientemente una explicacion, i cuanto mas la dueña se empeñaba en darla, se quedaba él mas perplejo i azorado.

Gomez Arias por fin, despues de haber intentado varias veces, pero sin fruto, contener la lengua de Marta, se aprovechó de un momento de pausa que ella hizo para tomar aliento, i dirijiéndose á don Manuel de Monteblanco, le dijo: «Estareis indudablemente ansioso por saber el motivo de mi visita á esta casa.

¡Visita! exclamó la dueña; mas bien entrometimiento á viva fuerza. ¡Bendito sea Dios! ¡Visita le llama á su violenta entrada! Calla Marta; deja que este caballero continúe, replicó don Manuel algo mas tranquilo, te-

miendo alguna imprudencia mayor de parte de la locuaz matrona.

Don Manuel , continuó Gomez Arias, siento en el alma la confusion que se ha movido en la habitacion de un caballero tan respetable; pero no merezco ciertamente las groseras acriminaciones que me hace esa buena muger. La causa de mi aparente entrometimiento es en dos palabras la siguiente: informado por mi criado de que don Rodrigo de Céspedes me buscaba con el mayor empeño, i no gustando de hacerme rogar en esta clase de favores, crei ser un deber mio facilitarle una entrevista con la posible presteza. Vine á esta casa, de la que mi criado habia visto salir á ese caballero; pero antes que tuviese tiempo de aclarar este misterio, esa ríjida dama me asaltó con una letanía tan tremenda de improperios i baldones, que mi criado, demasiado celoso en servirme, ó mas bien acostumbrado á no quedarse atras en esta clase de disputas, contestó á dicho brusco ataque con demasiada acrimonia.

Quise dar una esplicacion con la esperanza de merecer una acogida mas atenta, cuando llegó esta señorita (volviéndose á Teodora); iba entonces á informarla de mis intenciones cuando felizmente se presenta á mi vista el objeto de mi esploracion; cuya circunstancia me proporciona un placer singular, pues que no dudo que don Rodrigo está no menos ansioso de que renovemos algunos de nuestros antiguos rasgos de mútua consideracion.

Señor don Lope Gomez Arias, replicó don Rodrigo furiosamente irritado con el tono de indiferencia con que se habia dirigido á él. «Me congratulo asimismo de hallarme casualmente con don Lope mucho antes de lo que debia prometerme; i aunque la sardónica cortesía de su estilo indica claramente la confianza que tiene en la buena suerte que constantemente le ha protegido, con todo me hallará mas solícito que nunca por devolverle esos rasgos de cordialidad á que alude con tanta chocarrería.»

Señor don Rodrigo de Céspedes, replicó

Gomez Arias. «No puedo menos de admirar esa laudable ambicion que os estimula á nobles i atrevidas empresas: un indigno individuo, como yo, no puede espresar con la suficiente propiedad su agradecimiento por el honor que deseais conferirle.

Estas palabras, i la risa irónica con que fueron acompañadas, exasperaron de tal modo á don Rodrigo, que volviéndose á su rival le hizo señas de salir de la habitacion i de seguirle. Gomez Arias iba á complacerle cuando interponiendo Monteblanco su mediacion, exclamó:

Poco á poco, señores, aunque estoi muy distante de pretender que por mi causa se retraiga ningun caballero de los lances de honor, sin embargo no quiero que se diga que mi habitacion se ha convertido en una escena de violencia i de sangre.

¡Valgame Dios! dijo Roque. Don Manuel habla como un oráculo; ni creo yo mismo que esta hora nocturna sea la mas á propósito para decidir materias tan importantes;

la claridad del dia es ciertamente preferible á la opacidad de la luna i de las estrellas.

Teodora estaba para sucumbir á la turbacion i al temor; pero la misma gravedad del peligro le inspiró una especie de desesperada tranquilidad. Conocía que su mediacion no haria mas que aumentar la dura perplejidad de su situacion sin impedir de modo alguno la contienda fatal; ella por otra parte confiaba mucho en el valor de su amante i en su superior destreza para el manejo de las armas, i poseia finalmente aquella nobleza de alma que lo sacrifica todo al objeto de su admiracion.

Fueron inútiles los esfuerzos de Monteblanco; don Rodrigo se precipitó á la puerta con el mas desesperado furor, i Gomez Arias le siguió con la indiferencia i frialdad que era propia de quien estaba tan acostumbrado á esta clase de lances.

Seguidme, dijo don Rodrigo al bajar precipitadamente la escalera.

Poco á poco señor, don Rodrigo, contestó

Gomez Arias sardónicamente «no vayais tan apriesa porque podeis caer antes de tiempo.»

Este sarcasmo insultante hizo perder á don Rodrigo la poca paciencia que le habia quedado. Sus ojos centelleaban, toda su máquina se puso en convulsion, i no pudiendo ya contenerse sacó furiosamente su espada, é hizo del zaguan el campo de batalla.

Defendeos, don Lope, exclamó con frenética rabia.

Mirad por vos mismo, bello señor, replicó don Lope desenvainando su toledana i poniéndose tranquilamente en guardia.

Don Rodrigo se arrojó sobre su antagonista impetuosamente, dándole un asalto con todo el valor i pericia de un espadachin experimentado. Los golpes se sucedian unos á otros con mortal rapidez; mas el ojo perspicaz de Gomez Arias sabia desviarlos con consumada destreza. El brazo de don Rodrigo parecia regido por un génio infernal; pero tantos infructuosos ataques habian debilitado considerablemente sus fuerzas. El combate habia

principiado con demasiada furia para que fuera de larga duracion; pocos momentos mas habrian bastado para decidirlo de un modo trágico, porque ya don Lope iba á tomar la defensiva contra su contrario, cuando Roque arrebatado por los impulsos de su ternura apagó oportunamente el farol que alumbraba el zaguan, con el fin de que se suspendiesen las hostilidades.

Todo quedó sumido en la mayor oscuridad; pero viendo don Rodrigo que aquel accidente le privaba del placer de desfogar su rabia, llamó á Gomez Arias. Aqui estoi, dijo don Lope, aqui estoi, don Rodrigo; es inútil la luz; nos batiremos del mismo modo sin ella, porque una mútua simpatía conducirá derechos nuestros filos.

Volvieron á chocar de nuevo las espadas, i las rápidas i continuadas chispas que salian de ellas á modo de fugitivas exhalaciones de verano, daban una momentánea claridad á los horribles semblantes de los combatientes; se oyó de allí á poco un melancólico quejido,

cayó pesadamente un cuerpo en tierra i prorumpió en un grito de horror el dueño de la casa que habia llegado á colocarse á la entrada del zaguán.

Ha muerto, dijo en voz baja don Rodrigo, i se salió á la calle con la presteza del relámpago.

Traed luces, dijo Monteblanco; ofrezcamos la posible asistencia al desgraciado caballero.

Teodora se hallaba en el estado mas crítico i apurado. Sin saber cual de los dos combatientes era la víctima de su rivalidad, estaba su alma dominada por las mas crueles aprensiones de que hubiera sucumbido su verdadero amante, cuyo golpe le habria hecho caer de sus manos la taza de la felicidad, i amargado para siempre su futura existencia. Esta suspension, capaz por sí sola de petrificarla i de rasgarle el alma, fue por fortuna de mui corta duracion. La misma Teodora fue la primera en traer una vela que podia tal vez iluminar las pálidas i moribundas faccio-

nes de la persona en la que estribaba toda su dicha. Fue terrible el momento en el que disipando la luz las tinieblas del zaguán, se halló á Gomez Arias tranquilo i en pie con toda la seguridad de hallarse perfectamente salvo. Un sordo chillido salió del seno de su dama, porque todas las sensaciones que esta horrorosa suspension habia tenido aprisionadas hasta entonces, buscaron un desahogo en la efusion de suspiros i lágrimas: su padre estaba demasiado ocupado en saber quien era el caballero rendido, para que pudiera percibir la emocion de su hija.

Don Rodrigo es, pues, la víctima, exclamó tristemente el buen viejo, cuando al dar una mirada al rededor de sí, observó el cuerpo de un hombre tendido en el oscuro rincon de dicho zaguán.

¡Oh cielo! se mueve, gritó Marta, cruzando las manos.

Luego está vivo todavía, replicó don Manuel; ¡apresuremonos á socorrer á este desgraciado jóven, i á curar sus heridas.

¡ Ah señor! respondió la dueña, atendamos mas bien á su alma, i obremos como verdaderos i caritativos cristianos; enviemos prontamente por todos los consuelos de la religion.

Monteblanco i su comitiva se precipitaron con ansiedad á prestar asistencia al pretendido don Rodrigo, cuando dando el supuesto cadáver un brinco repentino, se levantó haciendo uso libre de sus remos i descubriendo á los atónitos circunstantes la mismita persona de Roque.

¿ Qué es esto? ¿ Dónde está don Rodrigo? preguntó Monteblanco.

¿ Don Rodrigo? contestó Roque con mucha indiferencia, se hallará ya cincuenta leguas de aqui segun la priesa que se daba en correr.

¿ Luego no está muerto?

No que yo sepa.

¿ Pues de dónde salió aquel quejido?

De este humilde pecador.

¡ Jesus Maria! exclamó la dueña, ¿ como

se atreve este judio á poner en convulsion toda una noble familia?

No, señora dueña, replicó el criado; mas bien creo haber sido instrumento para impedir que una noble familia se sumerja en la consternacion.

Roque, preguntó Gomez Arias, tú no estás herido segun veo.

No, á Dios gracias, respondió Roque.

Luego eres un canalla.

¡Un canalla porque no estoi herido!

¡Buen Dios! buena consecuencia por cierto.

Tu eres un insolente, dijo don Lope i me lo has de pagar bien caro.

¡Un insolente me llamais! deberia merecer mas bien un honroso dictado por haber evitado la inútil efusion de noble sangre cristiana, i por haber separado dos rabiosos combatientes con mas maña que pudiera hacerlo toda una escuadra de alguaciles. Buena recompensa por el importante servicio que acabo de prestar.

Basta, basta, dijo don Lope. Siento verdaderamente el mal rato que tiene don Rodrigo por este curioso accidente; me atreveria á asegurar que está ahora huyendo en busca de un asilo entre las asperezas de las Alpujarras.

Es propio de cristianos como vos, señor, interpuso Roque, el manifestar tanto interés por la suerte de don Rodrigo. Mui bien, yo no se ciertamente descifrar los designios de la gente noble. Mi honorable amo estaba buscando poco hace con el mas furioso empeño la vida de don Rodrigo con la punta de su espada, i ahora demuestra igual (amistad) i temor de que su adversario quede espuesto á todos los inconvenientes de un asalto por parte de los bandoleros de la montaña.

No pudo menos Monteblanco de congratularse interiormente por la feliz terminacion de una aventura que amenazaba las mas serias consecuencias, cuales eran las de tener un cadáver en casa con todos los desagradables apéndices que son propios de estos casos. Es-

(1) ansiedad.

taba mui interesado en la seguridad i consuelo de don Rodrigo; pero juzgó mui juiciosamente que era mejor que su querido amigo pasára una mala noche en el despoblado, que el verse espuesto á los fatales resultados del duelo: por esta consideracion aprobó la estratagemas de Roque, si bien tuvo buen cuidado de no dar su pública aprobacion, guiado por la máxima de que la conducta de los inferiores i dependientes, nunca debe ser alabada aun quando tengan el éxito mas feliz en el desempeño de sus encargos.

Obrando sobre este caritativo principio, no intervino de modo alguno en eximirle de los baldones é improperios con los que fue atacado por todas partes. Asi pues, el pobre Roque tuvo una nueva oportunidad de descubrir lo poco que se gana á veces siguiendo los dictados de un buen corazon, i el modo extraordinario con que se suelen reconocer los mas relevantes servicios.

Vete, majadero, exclamó don Manuel; pon

tu impertinencia mereces que tu amo te imponga un ejemplar castigo.

Al decir esto tomó á su hija por la mano, hizo una ligera cortesía á Gomez Arias, é iba á retirarse, cuando don Lope se adelantó ácia él en ademan de detenerle.

Oidme don Manuel; yo no puedo salir de esta casa sin espresar de nuevo mi sentimiento por el disturbio que he causado en ella. Ofrezco sinceramente mis disculpas como caballero bien nacido, i espero que don Manuel de Monteblanco quiera aceptarlas. Haré por otra parte todo lo posible para desagraviaros; i como es obvio que á mi criado debe atribuirse la causa principal de esta funesta aventura, os prometo que no escapará de una correccion adecuada á su delito.

Don Manuel hizo ver que estaba perfectamente satisfecho de las excusas de Gomez Arias, i aceptó graciosamente el desagravio propuesto; haciendo entonces otra cortesía salió del zaguan, acompañado por su hermosa hija que habia ya cogido la elocuente mirada

de despedida de su amante, i llevaba su seno inflamado con la ternura que aquella le habia comunicado.

En el entretanto satisfecho don Lope de si mismo, llamó altivamente al pobre Roque, quien se puso al momento á caminar delante siguiéndole su amo con la mayor tranquilidad i compostura hasta que llegó á su habitacion, en donde empezó á reflexionar sobre las aventuras de aquella noche, i á formar planes para el feliz cumplimiento de sus ulteriores proyectos.



CAPITULO VI.

Carácter de don Rodrigo, i fatalidad de su destino. Su triste aventura en la posada al tiempo de emprender su fuga para la montaña.

*V*ale mas nacer afortunado que rico, dice un antiguo proverbio, cuya verdad se vió plenamente acreditada en la persona de don Rodrigo de Céspedes. Toda su vida con efecto habia sido un tejido de tropiezos i de hazarosas resultas, i parecia reservado como el mas propio objeto para que la voluble diosa pudiera ejercer á discrecion su capricho.

No es fácil resolver el motivo de pertenecer don Rodrigo á esta clase cuando poseía todas aquellas calificaciones que hacen brillar al hombre en sociedad, i que lo constituyen amable en la vida privada. Disfrutaba de las ventajas del nacimiento i de las riquezas; era

hermoso en su persona i elegante en su porte; soldado bravo en la guerra, i caballero cortés en la paz; parecia pues natural que todas estas brillantes dotes le hicieran afortunado; pero sirvieron al contrario para hacer mas notable la fatalidad de sus empresas.

No puede asignarse un principio racional para estas anomalías; mas bien pueden ser atribuidas á la carencia de aquel requisito tan esencial que sirve á veces al hombre de nacimiento ó de fortuna, i que mui frecuentemente va todavía mas lejos; hablamos de ese ídolo envidiable, conocido con la propia, aunque vulgar denominacion, de buena suerte.

Don Rodrigo habia obsequiado á tres señoras diferentes con la mui honesta i virtuosa intencion de entrar en el sagrado estado del matrimonio. Tal vez si vale hablar en estricta justicia, se habia fijado esta idea en su ánimo despues de haberse estrellado completamente en todas sus tentativas para señalarse como *hombre de empresas*: ambicion, que si no es en todas sus partes digna de alabanza,

conduce sin embargo, cuando sus resultados son felices, á aumentar el brillo de un hombre de rango, asi como á lisongear su vanidad. Por lo dicho puede pues inferirse de que el desgraciado don Rodrigo se dedicó á la carrera matrimonial como su último recurso cuando vió sus repetidos malogros en galantería; mas aun en este caso aquella fatalidad inesplicable que le persiguió constantemente no llegó á capitular con él ni tampoco por respeto al himeneo.

Don Rodrigo tuvo por primer rival á un hombre, cuya estatura no llegaba á cuatro pies, cuyas facciones eran del género mas ignoble, su cuerpo contra hecho, i sus bienes de fortuna de ningun modo superiores á los suyos, i á pesar de estas desventajas, este pequeño monstruo se llevó la hermosa prenda con asombro de todos.

Puso luego despues su afecto en una señora de pretensiones mas humildes por ser de inferior nacimiento i fortuna, i de ningun modo distinguida por su hermosura. Se

figuró don Rodrigo que su rango é influencia le sacarian airoso de este empeño ; tampoco dejaba de estar engreído con el regalo que le habia hecho la naturaleza en darle dos hermosos ojos , una nariz aguileña , miembros bien proporcionados i un grado de valor personal que era respetado hasta por sus mismos rivales i enemigos ; pero su *Angélica* debia ser una admiradora de prendas opuestas á las ya descritas cuando dió la preferencia á un oscuro plebeyo , á quien la sola vista del acero de Toledo le ponía en mortal agonía.

Fastidiado por el mal gusto i vulgaridad de las personas á las que habia obsequiado resolvió atrevidamente fijar sus miras en la primera dama de España , que era Leonor de Aguilar ; pero sus pretensiones fueron rechazadas con una negativa no menos decidida ; i aunque su vanidad no se hallaba humillada por ser Gomez Arias , su afortunado rival , irritado sin embargo por sus repetidos chascos determinó matar á dicho su rival ó quedar en la demanda si no podia salir adelante en

su empresa por los medios de la galantería: el resultado de este empeño ha sido ya explicado en las páginas anteriores, en las que damos cuenta de sus mortales heridas.

Ni se limitaba á solos los amores la mala suerte de don Rodrigo; se extendía así mismo á todos sus negocios. Si se empeñaba en un desafío sacaba de él una herida, ó si salía sin lesión, aunque fuera la parte injuriada, era sin embargo seguro de que se le había de tener por agresor. Si alguna vez decía alguna cosa discreta era atribuida generalmente al ingenio de otra persona; pero si se le oía decir alguna sandez ó hacer alguna insípida observacion podia contar con llevarse todo el mérito de ella.

¿Pero á qué fin ir en busca de ejemplos para corroborar la mala suerte del pobre don Rodrigo? Se le vé en la presente ocasion hecho la presa de un génio maligno. Persuadido de haber muerto á su rival salió con la mayor precipitacion del zaguán de Monteblanco, i conociendo la necesidad de una pronta

fuga, voló á la posada para tomar su caballo i su criado con la idea de dar cumplimiento á su prudente resolucion antes que otro obstáculo viniera á ostruirle el camino. Pregunta por su escudero Peregil, que en aquel momento se hallaba bebiendo sendos tragos en la taberna: despues de haberle enviado un recado para que saliese á reunirse con él fuera del pueblo se dirigió á la caba-lleriza; pero halló para mayor mortificacion suya que Peregil se habia llevado la llave. Siendo el tiempo sumamente precioso i cre-ciendo el miedo en el ánimo de don Rodrigo cogió una mala mula que se hallaba pronta i ensillada á la salida de la cuadra. No duda-ba que Peregil le traería su caballo i que compensaría el valor de la mula, que segun su miserable apariencia no podia ser de gran-de entidad.

Se dirigió en su consecuencia ácia el lu-gar citado, en el que esperó á su escudero por el espacio de dos horas en el estado de mayor ansiedad i suspension, alarmado al

mas leve ruido, que le hacía ver escuadras de alguaciles en su persecucion, i sin que en aquel momento tuviese mas consuelo que la esperanza de que llegase pronto su caballo para ponerse en salvo.

Divisó finalmente á su criado que se iba adelantando á paso de tortuga, no montado en su propio caballo ni conduciendo por el diestro al de su amo, sino arrastrado por un miserable borrico que no sabia moverse sin el constante sacudimiento del látigo.

Peregil, engerto de Satanás! Dónde está mi caballo? preguntó impacientemente don Rodrigo.

En la posada, respondió friamente el criado.

¿En la posada, villano? ¿por qué no me le has traído sabiendo que mi vida está en gran peligro?

Por una razon mui plausible; porque no me lo han dejado sacar. No debeis culpar á nadie sino á vos mismo, pues que no escrupulizando en apropiaros la mula de otro dueño no debeis estrañar que éste tome igual libertad con vuestro caballo.

¡Por Santiago de Compostela! esto es apurar ya demasiado el sufrimiento. ¿Cómo puede nadie apropiarse en conciencia mi hermoso árabe por esta maldita mula? ¿Y tú cómo has venido con ese despreciable jumento? Dame una cuenta circunstanciada de esta felonía, ó á fe mia que te has de acordar de mí.

Debeis saber, señor Don Rodrigo, dijo el criado, que la mula es causa de todo. Cuando volví á la posada me quedé admirado de hallar á todos en la mayor confusion. El dueño de esa bestia iba gritando como un energúmeno pidiendo su prenda, i vomitando venganza contra el que se la habia robado. Cuando le propuse que le pagaría su justo valor, fijó un precio tan alto que me fue imposible contentarlo. Aún vuestro caballo le parecía una escasa compensacion, de modo que despues de un largo regateo no pude conseguir sino que me diera por aumento del cambio este miserable jumento.

Y por qué, repitió don Rodrigo, consentiste en este contrato tan escandaloso?

Por que no pude pasar por otro camino. ¿Créeis, señor mio, que hubiera yo callado si me hubiera sido permitido hacer valer mis derechos?; pero vuestra fuga precipitada me dió á entender que habiais muerto á vuestro adversario: toda detencion en aquel pueblo pudiera haber sido mui arriesgada desde que vi que mi contrincante estaba apoyado por los vecinos de él.

Conoció don Rodrigo la fuerza de este argumento, i despues de haber proferido imprecaciones sin tino contra los autores de su desgracia se tranquilizó diciendo » puesto que » no hai remedio habremos de sufrir con resignacion este nuevo contraste. »

¿ Pero á dónde vamos, señor, dijo Peregil? A refugiarnos en las montañas.

Quiera Dios mirarnos con ojos de piedad, porque bien lo necesitamos.

Tomaron entonces el camino de las Alpujarras tan melancólica i lentamente como convenia al lamentable estado de sus cabalgaduras. La mula se paraba de tiempo en

tiempo sin que don Rodrigo pudiera hacerla caminar sino á fuerza de caricias: asi continuaron amo i criado su marcha por el espacio de tres horas hasta que los animales de ambos se empeñaron en no pasar adelante; por lo que fue preciso apearse i ponerse al abrigo de las copadas ramas de un árbol, en donde permanecieron hasta el dia siguiente entregados á las mas tristes reflexiones.





CAPITULO VII.

Llegada de don Antonio de Leiva á la casa de Monteblanco para casarse con la bella Teodora. Intimacion de esta sentencia fatal. Desconsuelo de Teodora. Oficiosa intervencion de la dueña, i su eficaz cooperacion para que Gomez Arias pudiera ver aquella misma noche á su dama.

Principiaron á aparecer los primeros albores de la mañana, i las negras nubes de la noche fueron desvaneciéndose gradualmente cuando don Manuel de Monteblanco fue informado de que una partida de caballería se aproximaba ácia su casa. El anciano caballero salió á explorar dicha partida que consistia en un caballero armado i en media docena de soldados. Mui pronto conoció don Manuel á su amigo i pariente don Antonio

de Leiva, cuyo arribo estaba esperando de día en día. El jóven guerrero llevaba una armadura de acero pulimentado con embutidos de plata; su anchuroso i ondeante penacho encarnado cubria su resplandeciente yelmo i arrojaba una sombra carmesí sobre su porte varonil, en el que se veía la espresion del mas resuelto valor unida á la alegría i franqueza. El color de su semblante estaba encendido con el ejercicio, i el brillo de sus ojos denotaba un grado singular de viveza, al paso que su florida edad i la gracia de su persona contribuian á aumentar el interes de su imponente presencia. Iba montado en un potro fiero i esbelto, decorado con dos arneses mas lujosos, que parecian participar de la alegría del ginete; daba corbetas i saltos, tascaba el freno con furia, i escupia la blanca espuma, necesitando su dueño de toda su destreza para contenerlo.

La pequeña partida que acompañaba á don Antonio, i que le servía de escolta, llevaba el uniforme militar del cuerpo que estaba

á sus órdenes. A su llegada se abrieron las macizas puertas de la casa de Monteblanco, cuyo venerable anciano se halló á la entrada para recibir á su huésped. Apeándose éste de su caballo se arrojó á los brazos de quien deseaba agasajarle con el mas interesado esmero.

Seais bien venido, señor don Antonio, á la habitacion de vuestro antiguo amigo i pariente.

Dios os guarde, noble don Manuel; me sirve de la mayor complacencia el ver que el curso del tiempo ha hecho tan poca impresion en vuestra salud, pues os hallo todavia jóven i lleno de vigor. ¿Cómo está la hermosa Teodora?

En su flor como la rosa del verano, bella como la azucena del valle, i totalmente feliz i contenta, replicó el buen padre; pero entrad, continuó éste con amorosos acentos, i tomareis algun refresco. Pedro, dijo volviéndose á su mayordomo, tened cuidado de esta buena gente, señalando á la partida de don Antonio, i que nada les falte.

Tomando entonces á su pariente por la mano lo introdujo en su cuarto.

Teodora, añadió, debe estar todavía ocupada en sus oraciones de la mañana, en compañía de la buena Marta; pero en una ocasion tan plausible como la presente podrá ser excusable el que abreviemos sus devociones.

De ningun modo, replicó don Antonio sonriéndose; no es mi sistema interrumpir á las damas cuando estan tan bien empleadas.

Mui bien, amigo mio, como gustéis. Pero santo cielo! continuó examinando á su huésped desde los pies á la cabeza con la mayor satisfaccion; ¡qué variado os hallo! ¡Cómo habeis mejorado en estos pocos años en que no os he visto! Se que os habeis distinguido en los juegos; la Reina parece que ha querido recompensar vuestro mérito; he oido que os ha confiado el mando de una partida de valientes para castigar á los moros rebeldes de las Alpujarras.

Es verdad, respondió modestamente don Antonio, nuestra amada Reina ha querido

honrarme mas de lo que merezco; mas espero que mi futura conducta me haga digno de la confianza que ha depositado en mí.

Supongo, pues, dijo don Manuel, que vuestra permanencia en Guadix será de corta duracion?

Mui corta en verdad; tan solo tengo licencia para estar aquí hasta que llegue mi division, i entonces saldré inmediatamente para reunirme al ejército del noble Aguilar.

Luego, mi querido pariente, observó Monteblanco sonriendose, querreis que se cumpla sin dilacion el objeto de vuestra visita.

Yo nunca me quejaré de la prontitud en los negocios, en los que está tan íntimamente interesada la felicidad de mi vida.

Al pronunciar estas palabras se abrió la puerta de la sala, i Teodora fue presentada ceremoniosamente por la seria dueña, la que despues de haber hecho una fria cortesia se retiró á una respetuosa distancia.

Mi querida hija, dijo don Manuel, este es nuestro pariente don Antonio de Leiva,

al que ya conoces. Viene á nuestra casa con los timbres mas ilustres adornada su frente con la guirnalda del triunfo por la pericia i fortaleza de ánimo que ha desplegado en los juegos; agüero seguro de su futura gloria en el campo de Marte.

Teodora ofreció su mano para saludar á su huésped, haciendo lo posible por aparentar una cordialidad, que era mas bien un esfuerzo para ocultar la verdadera frialdad de su corazón, porque gradualmente se fue apoderando de ella un involuntario terror, i todo su físico mostró reales síntomas de turbación desde que llegó á figurarse el objeto de la visita de don Antonio. El tono de familiaridad i de afecto en que conversaban su padre i el jóven Leiva, acabaron de confirmar sus terribles sospechas.

Luego que se retiró don Antonio, dijo Monteblanco á su hija que tenia que hablar á solas con ella en su cuarto. La trémula jóven obedeció con vacilante paso, como un reo cuando va á recibir la sentencia de su

muerte. La dueña quedó sorprendida con este misterioso negocio, para el que no se habia contado con su consejo i anuencia; se escitó por lo tanto al último grado su soberbia, i cruzando sus brazos con aparente humildad se retiró vomitando entre dientes todo el veneno de su corazon.

A poco tiempo se concluyó la conferencia, i salió Teodora con sus ojos llenos de lágrimas é indicantes la mas viva emocion; se ocultó en su aposento i cerrando la puerta dió un libre desahogo á su dolor. ¡ Ahí de mí! esclamaba, ha llegado á confirmarse la horrible sospecha; i el modo resuelto con que mi padre me ha intimado sus órdenes no me deja la menor esperanza de que puedan ser alteradas ni aun diferidas. Ni un mes; pero ¿qué digo un mes? ni una semana se me concede para prepararme; mi desgracia ha llegado á su colmo; estoi perdida para siempre. ¡ Oh Lope! ¡ Oh Lope!

No pudo pasar adelante; el tropel de sollozos le ostruyó el uso de la lengua, ni tuvo

otro modo de desahogarse sino dando rienda suelta á su pesar deshaciéndose en lágrimas i suspiros.

Llegó en este momento una caritativa persona á ofrecerle su consejo i asistencia; era ésta la hipócrita dueña, la que humillada por la falta de confianza i de consideracion de parte de don Manuel ácia ella habia resuelto vengarse. Marta era por otra parte de un carácter mui compasivo i servicial, con tal que se la tomase por consejera ó consultora, dando pábulo á su ambicion, que se cifraba en ser tenida por muger hacendosa, astuta i de importancia.

¿Qué tienes, niña? ¿qué significan esas lágrimas? ya veo que vuestro padre ha tomado alguna medida tiránica; lo sospecho por su cuidado en ocultarme el secreto. Dios le bendiga; él lo quiere hacer todo de por sí sin pedir consejo á nadie; no sé yo cómo permanezco en su casa. Ea, Teodora, desahoga tus penas i quebrantos en el seno de tu mas tierna amiga; nada me deleita á mí tan-

to como consolar á los desgraciados i ofrecer mi asistencia á los desvalidos.

Sí, buena Marta, replicó la desconsolada muchacha; bien conozco vuestra ternura, i espero por lo tanto que no me negareis vuestra compasion. ¡Ahi de mí! sin vuestros útiles consejos i apoyo nunca podré superar las dificultades que me rodean. Es preciso que le vea, esta misma noche he de ver á don Lope!

Esplicó entonces á Marta la causa de su desdicha; i gozosa la dueña de hallar una ocasion de ejercitar su carácter oficioso ofreció prontamente su cooperacion para que su señorita viese cumplidos todos sus deseos.



CAPITULO VIII.

Entrevista de Gomez Arias con Teodora en el jardin. Situacion desesperada de ésta. Proposicion de aquel para que huya de la casa paterna. Diálogo interesante entre ambos; desmayo de la dama; insistencia del amante i su triunfo.

En la parte mas retirada del jardin de Monteblanco, apoyada á un banco rústico, bajo el fragante dosel de mirtos i jazmines, estaba sentada una muger envuelta en un vestido sencillo de virginal blancura. Era el aire fresco i sereno, i si se esceptua el ligero movimiento de las hojas agitadas por el viento ó el blando canto del ruiseñor, ningun otro eco interrumpia aquel solemne silencio. La azulada bóveda del cielo cubierta de innumerables

estrellas, el rico perfume que exhalaban los naranjos i las plantas aromáticas, i una sombría languidez que dominaba en aquel sitio; todo preparaba el ánimo á dulces i amorosos coloquios.

Teodora sin embargo estaba absorta en su profundo dolor; sus largas i rizadas trenzas caian lujosamente sobre su blanco i reluciente cuello, casi ocultando en su lozanía los rasgos de un semblante abismado por la pena i por la desesperacion.

Pero aparece una figura por la tapia del jardin i se oye el ruido de alguno que se desprende de ella. Se asusta Teodora; mas una repentina con traccion al pesar que la devora desvanece su momentáneo temor. La visita nocturna era Gomez Arias, quien habiendo traslucido por la premurosa llamada de su amante, que se habia levantado alguna negra tormenta, habia concurrido con la mayor ansiedad al sitio señalado para la cita.

¡Cual fue su admiracion al aproximarse á Teodora! estaba ésta silenciosa i abatida, i

sin aliento para levantarse á recibirle con su acostumbrado ardor ; su espresivo semblante no brillaba ya con aquella sonrisa encantadora que solia escitar la aparicion de su amante : inmoble como una estatua de casta i clásica hermosura , colocada para embellecer i diversificar la selva , se hallaba delante de Gomez Arias sin dar ninguna señal de creer en la realidad de su presencia.

La mira éste con sorpresa i pronuncia suavemente su idolatrado nombre. Su bien conocida voz reúne sus confusas ideas , i su mágico sonido despierta sus amortiguadas sensaciones ; levanta la cabeza , vuelve á un lado los ensortijados rizos , i cayendo sobre su semblante la claridad de la luna descubre á Gomez Arias la pintura del amor desolado.

Los ojos de Teodora estaban ahogados en el torrente de su dolor ; i las gruesas lágrimas que se sucedian unas á otras lavaban sus pálidas megillas.

Don Lope se acercó á ella tiernamente , i

procuró calmar su turbación con las mas dulces i cariñosas espresiones.

Teodora ¿ de qué procede esa tristeza? Cualquiera que pueda ser la desgracia que nos amenaza, no te rindas tan de ligero al terror antes que sepas los medios que yo tenga para evitarla. Tú no puedes dudar seguramente de lo ardiente de mi afecto.

¡Dudar de tu afecto! ; Oh cielos! no menciones esa funesta palabra; en la misma idea se envuelve otra cosa mas terrible que la muerte. No, no, continuó con viveza; yo no puedo, ni quiero dudar de tu afecto; si tal agonía. —

No pudo pasar adelante, porque su imaginacion quedó tan poderosamente afectada con la idea de su desgracia, que se vió precisada á permanecer algun tiempo en silencio antes que pudiese calmar su emocion.

No, volvió á decir; no puedo dudar de tu afecto; pero hai otra calamidad asestada sobre mi cabeza, que hará seguramente

desdichado el resto de mi existencia.

Se paró de nuevo, i sus lágrimas corrieron con mas abundancia que nunca.

Gomez Arias se sintió aliviado de un grave peso, porque la idea de que su compromiso con Leonor de Aguilar hubiera llegado á noticia de Teodora llenó al principio su ánimo de la mas dura aprension. Quedó por lo tanto mas tranquilo figurándose, que por grave que fuera el peligro, habia de hallar medios para librarse de él.

Habla, Teodora mia; descúbreme la causa de tu extraordinario dolor; no llores, ni estés tan azorada.

¡Oh Lope! es preciso que yo te deje para siempre.

¡Por amor del cielo! calma tu agitacion, Teodora, i sácame de tanta angustia; ayer eras tan feliz como un corazon que rebosa en el mas puro amor, i que se vé correspondido con todo el ardor de que es capaz un mortal, i ahora ::—

Ha venido, le interrumpió llena de ter-

ror; ha venido mi destinado esposo.

Gomez Arias llegó á vacilar con tan inesperada noticia; pero tomando de repente una calma aparente preguntó el nombre de su rival. ¿Quién es, dijo, el que se atreve á aspirar á la mano de mi Teodora? Será sin duda algun noble i distinguido caballero.

¡ Ahí de mí! replicó la llorosa Teodora; tu conjetura es demasiado exácta; i esta circunstancia es la que dá nuevos estímulos á mi dolor. Si fuera de un carácter menos estimable, si estuviera destituido de aquellas brillantes cualidades que hacen al hombre amable á los ojos de las mugeres, quedarian justificadas mis razones en desechar sus obsequios. En tal caso, si yo llegaba á ser sacrificada á la autoridad paternal, hallaria algun consuelo en el convencimiento de ser fundado en justicia el inestinguible ódio que le profesase; pero el sugeto que desea enlazarse con nuestra familia es tal, que su eleccion no puede menos de honrar aun á la mas altiva de la tierra. Valiente, generoso, de noble

nacimiento, igualmente ilustre por la escelencia de su ánimo i de su persona, disfruta del mas alto favor cerca de la Reina, la que le ha confiado el mando de una de las divisiones que van caminando contra los moros rebeldes.

Teodora hizo estas observaciones con la mayor sencillez sin advertir que escitaba en el ánimo de su amante una sensacion la mas picante: no porque llegase á ser dominado por los celos, pues que estaba demasiado convencido de su propio mérito i del afecto sin igual de su dama; mas no dejó de lastimarse interiormente su amor propio con los elogios dispensados á su rival. Tomando, pues, un tono áspero i desabrido, preguntó el nombre de este modelo de perfecciones; i Teodora que observó la viva agitacion de su alma, pronunció con titubeante voz el nombre de don Antonio de Leiva. Una chispa eléctrica no hace una impresion mas rápida; i aunque Gomez Arias estaba acostumbrado á domi-

narse á sí mismo, no pudo ocultar su extraordinaria turbacion.

¿Quién! exclamó ¿don Antonio de Leiva? ¿ese presumido i despreciable jóven?

No bien habia pronunciado estas palabras cuando trató de refrenar su agitacion: su natural constancia volvió á tomar su predominio sobre su ira, i con una irónica complacencia continuó.

Ciertamente don Antonio es un caballero galante, i el mas apropósito para cautivar el afecto de una muger.

Aqui hizo un momento de pausa; porque conoció que su sorpresa habia sido demasiado brusca, i su disimulõ mal forjado para continuar mas tiempo contrariando sus verdaderos sentimientos. Gomez Arias aborrecia á don Antonio sin mas causa que la fama que éste adquiria de dia en dia por su valor i relevantes dotes. No podia por otra parte olvidar su aventura en el torneo cuando don Antonio le pasó en la carrera; le miraba por lo tanto como un

marroquino

peligroso rival, i oyó con el mas vivo enojo la noticia del mando que la Reina le habia confiado, por temor de que éste le ofreciese ocasiones de fundar con mayor firmeza sus títulos á la Real proteccion.

Teodora estaba mui distante de sospechar la causa de la agitacion de su amante; atribuyó sencillamente á un efecto de celos, lo que era en realidad una activa emulacion. Continuó algun tiempo este silencio, durante el cual se hizo mas infeliz el estado de Teodora al descubrir que el semblante de su amante iba tomando gradualmente una extraordinaria espresion de severidad. Varias eran las pasiones que combatian su ánimo; pero se vió bien pronto que predominaba la de la humillada soberbia. Sus ojos se avivaron con un fuego de indignacion, frunció sus lábios con una amarga sonrisa, i los rasgos de la cólera se vieron bien pronto retratados en su frente.

¡Teodora! dijo fijando furiosamente sus ojos en la trémula dama; ¡Teodora, tu me has engañado!

¿Engañarte yo, Gomez Arias? exclamó ella mirándole como petrificada. ¿Engañarte yo! ¿I has podido abrigar por un solo momento tan cruel i tan degradante sospecha? ¿Oh Lope! ¿es posible que pienses tan bajamente de tu Teodora?

¿Por qué no habré yo sabido antes este empeño?

Lo ignoraba yo misma; este matrimonio habia sido ajustado entre mi padre i don Antonio sin que se hubiera consultado mi inclinacion. ¿Ahi de mí! la primera noticia que yo he tenido es la de prepararme á la ceremonia que debe efectuarse inmediatamente. Mi amado Lope, añadió con ternura, no me ultrages con dudas indignas de nuestra mútua pasion.

Ella se colgó entonces al cuello de don Lope, i apretándole á su seno con todas las veras de una ilimitada confianza i amor, «nunca, dijo, ha tenido Teodora oculto de su amante el menor pensamiento; tu eres el dueño absoluto de mi corazón i de los

mas secretos deseos de mi alma.»

Continuó entonces con mas calma: «esta mañana fue cuando llegó don Antonio, é inmediatamente me anunció mi padre el objeto de su visita. Mi estupor no conoció límites al principio; representé contra la violencia de esta proposicion, i procuré con cariñosas razones alejar el golpe que me amenazaba; pero fueron vanas mis súplicas i mis lágrimas. Empeñado mi padre inflexiblemente en el cumplimiento de sus deseos, no me dejó mas alternativa que la de obedecer implícitamente sus mandatos, ó la de pasar el resto de mis dias en el triste recinto de un convento. He tomado mi partido; voi á perderte, Lope, i aquí su angustia le embargó la palabra; te pierdo para siempre, pero tu querida imagen se hallará constantemente á mi vista en aquellas oscuras moradas de penitencia i sufrimiento. Allá iré, dejaré todas estas encantadoras escenas i tu amable presencia, i quedará entregada á una perpétua agonía. No para orar,

— por el alma de mi padre, que se acuerda de por

¡ahí de mí! no para abjurar el mundo; porque no puedo desprenderme del tierno objeto que me une á la vida. No voi con la humilde vocacion de una pecadora arrepentida á llorar las culpas de mi vida, sino con la desesperada resolucion de una muger enamorada que no podrá menos de conservar inalterable su fe al primero i único objeto de su delirio. Por tí ¡oh Lope! correrán mis lágrimas; tú solo serás el tema de mi constante meditacion. En mi abandonada soledad experimentaré tal vez un rayo de consuelo cuando se me ocurra la idea de que eres feliz, i de que aun enmedio de las brillantes escenas de la ambicion puedas dirigir alguna mirada á la triste mansion de Teodora. Esto me ofrecera algun alivio en mi afliccion; i cuando la guadaña de la muerte corte mi odiosa carrera, caerán tiernamente tus lágrimas sobre la tumba de aquella, cuyo mayor delito fue el haberte amado demasiado. »

¡Teodora, exclamó Gomez Arias, conmovido con la pintura que acababa de bos-

quejar: ¿i no ha de hallarse otro remedio á nuestros males?

¡Cómo! replicó ella ansiosamente, ¿i puede haber otro?

Hizo ella entonces un momento de pausa, i fijó sus ojos en Gomez Arias con la mayor ansiedad.

Asumiendo al mismo tiempo don Lope una chocante frialdad, esclamó: «¿tú no me amas, Teodora!»

¡O cielos! gritó ella con los penetrantes acentos del terror. Jamas, Lope, jamas pronuncies estas crueles dudas; ¿qué exiges de mi? Habla, Gomez Arias, habla; haré todo cuanto quieras para convencerte de la sinceridad de mi afecto i de la bárbara injusticia de tu acriminacion.

Debes, pues, huir de la opresion de tu padre, replicó con calma don Lope; i hallarás en tu amante aquella ternura que te niega el autor de tu existencia: que no te alarmen estos proyectos, considera que no nos queda otro recurso, i que la imperiosa necesi-

dad es una lei á la que todos debemos someternos. Dentro de breve tiempo serás mia á la faz del cielo ; pero ahora es menester que te resuelvas á seguirme.

Teodora se llenó de terror al oir esta proposicion ; fijó sus ojos en Gomez Arias , i con profunda , pero sosegada angustia , exclamó : ! Ah don Lope ! ¿ es este el remedio que me propones ? ¿ Puedes verdaderamente inducirme á abandonar mi anciano padre al pesar i á la vergüenza ?

Tú ya habias determinado abandonarle , dijo Gomez Arias.

No , Lope , contestó ella ; con mi primera resolucion tan solo dejaba malogradas sus esperanzas ; no incurria en su merecido odio i maldicion ; su dolor habria sido templado con la resignacion i no corroído con el aguijon del deshonor. Don Lope , continuó con dignidad ; pide mi vida ; pero ¡ oh ! nunca exijas de mi la perpetracion de un crimen como prueba de amor.

Basta , Teodora , le interrumpió Gomez

Arias con una calma que se avenía mui mal con el torvo ceño de su frente ; basta , tienes razon , i yo debo retractarme de mis espresiones : éstas fueron dictadas en los trasportes de un amor sincero i ardiente , i como únicos medios que nos quedaban á la hora del peligro ; pero veo que he equivocado tus sentimientos ; tales acciones están reservadas para almas capaces de sentir i apreciar toda la fuerza de una verdadera pasion , no para seres frios i tímidos como tú. Se lisonjeaba mi vanidad de haber hallado un prodigio singular de ternura ; mas ya estoi desengañado , i esta mi ilusion me hará derramar lágrimas amargas. Esta prueba me ha servido para verte en tus verdaderos colores ; tu eres como todas las de tu sexo débil ; os gusta que se os adule vuestro amor propio ; pero sois incapaces de tomar una atrevida i generosa resolucion en favor del hombre á quien pretendéis amar. Estoi ya distante de hacerte ninguna reconvencion ; pero desde este momento me separo considerándote como un pe-

dazo de barro inanimado, como una pintura, ó como una cosa incapaz de estimar i de corresponder á mi atencion.

Al decir esto se desasíó bruscamente de sus brazos, mientras que la desgraciada Teodora horrorizada con la violencia de esta medida fijó en su amante una mirada vaga i feroz, pues que lo intenso de su dolor la privó del uso de la reflexion; pero cuando vió que Gomez Arias se retiraba, despertó de su letargo, dió un horrible chillido i cayó desmayada.

Alarmado don Lope por el efecto que habia causado su apasionado i cruel proceder, voló en auxilio de su amada víctima, i levantándola del suelo la contempló con toda la ansiedad de su ardiente pasion. Teodora estaba en sus brazos; pero ¡ah! sus ojos estaban cerrados, sin color sus mejillas, i sus arrecidos miembros bañados con un frio sudor.

El fuego vital habia abandonado al parecer aquel delicado cuerpo, porque no se notaba el menor síntoma de vida. Las amargas

quejas de don Lope cedieron á sus temores por la existencia de su dama, se aumentó su agitación cuando al enjugar el sudor de la cara de Teodora, vió que corria alguna sangre por su frente de mármol; en la violencia de su caída sobre el empedrado le habia herido un guijarro en la cabeza, i las gotas de carmesí que salian de ella contrastaban tristemente con la helada palidez de su semblante.

Gomez Arias se conmovió en extremo al contemplar fijamente la angélica criatura que tenia delante. No era ficcion artificiosa, no ilusion de sus males; sus venenosas palabras habian producido aquella horrorosa revolucion en el ánimo de su dama. La ansiedad i el dolor ocuparon un lugar de preferencia en el de Gomez Arias, i su pasion por Teodora adquirió nuevo realce al observar su hermosa figura i el trastorno que le habia ocasionado; procuró volverla á la vida con los mas estremados esfuerzos; apretó amorosamente sus inanimadas formas á su corazon; arrimó su

ardiente megilla á la fria i amortiguada de su dama, besó la roja herida de su cabeza i la ligó en seguida con un pañuelo.

Teodora sin embargo no dió señales de vida por algun tiempo. Don Lope la llamaba con los mas tiernos nombres, rociaba su cara con el agua de una fuente inmediata, i agotaba todos los recursos para volverla á la vida. Abrió finalmente sus ojos, un ligero movimiento sacudió toda su máquina, i al instante aplicó sus blancos dedos á la cabeza en señal de sensacion; dió un profundo suspiro, i observando Gomez Arias con la mayor ansiedad el progreso de sus reanimados sentidos, hizo los últimos esfuerzos para desvanecer totalmente su desmayo. Una triste sonrisa se asomó á los lábios de Teodora cuando reconoció los tiernos cuidados de su amante, i este fue el único medio de espresar su gratitud.

Teodora, mi mas amada Teodora, ¿no me conoces?

Sus absortos sentidos se despertaron como

si saliera de un horrible sueño, i con un tímido i convulsivo movimiento se arrojó al cuello de don Lope.

No se ha ido, no, no, aquí está. Las demas palabras se perdieron en aquella especie de delirio.

No, amor mio, dijo con ternura Gomez Arias; no me hé ido, ni me iré; he sido un bárbaro en tratarte de este modo; no merezco una criatura tan divina, i te pido perdon por el mal que te he causado.

Ya perfectamente restablecida Teodora vió manchados con sangre los labios de su amante, sintió luego el vendage de su cabeza, i cuando Gomez Arias esplicó el motivo de su herida, se alegró de su desgracia que habia puesto en accion la ansiedad i las caricias de Gomez Arias.

Permanecieron ambos en profundo silencio sin que ninguno de ellos tratase de romperlo, porque temblaban de renovar una cuestion que habia producido tan melancólicos efectos; mas el tiempo volaba rápidamente,

é insistió por lo tanto Gómez Arias en la necesidad de tomar alguna resolución.

Teodora, dijo, la noche se va acabando; su amigable sombra nos favorecerá poco tiempo; ¡ la mañana, ¡ ahí de mí! va arrojar sombras todavía mas densas sobre nuestras mas brillantes esperanzas.

Teodora suspiró profundamente; pero no pudo contestarle.

¿Que hemos de hacer? preguntó don Lope; ¿Deseas que nos separemos para siempre?

¡ Separarnos para siempre! exclamó Teodora, ¡ oh cielos! es imposible que yo resista á esa idea.

No nos queda pues otra alternativa, replicó Gómez Arias, á menos que no te sientas con bastante valor para.... — Aquí se paró á esperar su respuesta, dirigiéndola al mismo tiempo una significativa mirada, porque si bien era obvio el objeto de su alocucion, no se atrevió á pronunciarlo con toda claridad.

Se aumentó entonces la angustia de Teodora, ¡ sus cariñosos brazos que habian esta-

do enlazados al cuello de su amante, se desasieron de él por falta de elasticidad, i su cabeza cayó en el mayor abatimiento sobre su seno.

Despues de una corta suspension, continuó Gomez Arias, es preciso que te decidas, amor mio, i al instante, porque es ya mui corto el tiempo que podemos permanecer en este lugar.

Don Lope, esclamó la afligida jóven con la mas viva agitacion, compadécete de mi horrible situacion, i no me induzcas á un crimen, al cual mi débil corazon me inclina demasiado fuertemente. No, no ejercites ese incontrastable poder que posees sobre mi alma para sumerjirme en los profundos abismos de la desdicha que ha de llenar de amargura mi futura existencia. No me fuerces á destruir la tranquilidad i consuelo de un padre venerable, de un padre cuya mayor falta es su escesiva ternura i aficion á su hija. Aunque por su última determinacion haya completado mi desgracia, es sin embargo mas

digno de lástima que de reprension. ¡Oh Dios! mientras que destruye mi paz i mi sosiego, se goza con la idea de que está fundando sólidamente mi futura dicha.

—Sí, exclamó Gomez Arias sonriéndose con ironía, forzándote á encerrarte en un claustro.

—No, replicó Teodora, no me cree capaz de tan terrible resolucion; no sabe que mi amor se ha fijado irrevocablemente en otra persona, i se figura por lo tanto que no seré mucho tiempo insensible á los méritos del esposo que me ha escogido.

Cayó entonces en el suelo, i abrazando las rodillas de su amante, continuó con redoblada emocion: «¡Oh Lope! conozco demasiado mi propia debilidad; ten compasion de mi triste estado, no me escites mas, ni te aproveches de la ternura i ceguedad de quien te adora, para convertirme en hija cruel i delincuente.

Gomez Arias quedó fuertemente conmovido con la viveza de las espresiones de su dama; nunca habia imaginado que podria ha-

llar tan fuerte oposicion de un corazon que le estaba consagrado con el mayor entusiasmo; no pudo menos de admirar la generosidad i nobleza de esa angélica muger que queria condenarse á una vida de soledad i de desesperacion, mas bien que desviarse de la rectitud moral. Interiormente sin embargo sufría de un modo horrible al ver la superioridad de Teodora, i fingió persuadirse de que sus escrúpulos procedian mas bien de falta de una verdadera pasion, que de los estímulos del honor i del deber filial. La miró con una mezcla de compasion i desagrado al tiempo de levantarla del suelo.

No, gritó ella, no me levantaré hasta que me hayas concedido esta gracia.

Levantate Teodora, levántate, dijo Gomez Arias seriamente, i escuchame por la última vez. Ya que así lo quieres, no insistiré mas en el sacrificio que tenía motivos de esperar de tus repetidas i aparentemente sinceras protestas de amor; pero ya que así lo quieres me rindo á tu voluntad; me iré al

momento, i si te he de perder para siempre, no creas que me someteré mansamente á mi desgracia; buscaré al autor de ella, i si es tan esforzado caballero como cuenta la fama, hallaré á lo menos el único consuelo que me queda en mi estado de desolacion, que es el de tomar una completa venganza, ó de espirar noblemente en la punta de su espada. Ea pues, añadió despues de un corto silencio; ¡á Dios Teodora! ¡á Dios para siempre!

No, tú no puedes, gritó frenéticamente Teodora, tú no debes dejarme de este modo. ¡Oh Lope! tú has sido siempre tierno, generoso i cortés. Nunca has ofendido mi corazon hasta esta horrible noche.

Es verdad, replicó don Lope; pero nunca he podido dudar de tu amor hasta este momento.

¡Oh Lope, Lope! ¡i hablas de este modo á tu Teodora! por piedad vuelve á recoger esas horribles palabras.

¡Muger débil! exclamó vehementemente Gomez Arias, ¿qué exiges de mi? ¿Cuáles

son tus deseos? Tú has tomado tu partido; deja que yo tome el mio, á menos que no quieras obligarme en la fuerza de mis angustias á maldecir la hora en que te vi por la primera vez.

¡Maldecir el dia en que me viste! Al pronunciar estas palabras se difundió por toda ella una involuntaria frialdad que parecia haber helado las fuentes de su corazon.

Teodora, dijo él en tono de amarga reconvencion, «enjuga tus lágrimas, luego tendrás mejor ocasion para derramarlas. Quiera el cielo que disfrutes de aquel sosiego de que me has privado para siempre.» ¡A Dios! ¡á Dios!

Al decir esto hizo suaves esfuerzos para desasirse de ella; la lucha sin embargo era demasiado fuerte para una débil muger, i asi como el pobre pájaro atraído por el mágico influjo de la serpiente se rinde á su embeleso destructor, inhábil ya Teodora para combatir mas tiempo con sus irresistibles afectos,

se arrojó á los brazos de su amante i exclamó en el arrebató de su pasión. No, no, amado Lope, no nos separemos. Sea como tu quieras. Se detuvo algun tiempo, i luego continuó con aire de resignacion: «está decretado que he de ser infeliz; pero tu á lo menos nunca tendrás motivo de quejarte de mí.»

Gomez Arias la arrimó tiernamente á su pecho, i en los trasportes de su alegría trató de bosquejar una animada pintura de su futura felicidad.

Mi mas amada Teodora, disipa tus aprehensiones é infundados temores. Nos casaremos á la primera ocasion favorable. Tu padre se ablandará por fin, i aun en el caso de que persistiese sordo á la voz de la naturaleza, el amor i gratitud de Gomez Arias suplirán aquella pérdida.

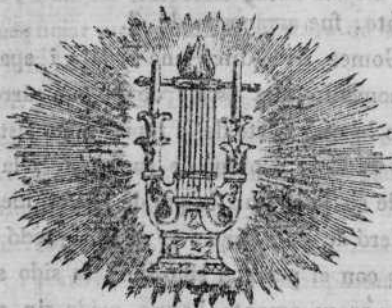
¡Oh! ese es mi único consuelo, le interrumpió ella con viveza, áname Lope, áname como yo te amo. No, no, esto no es posible; pero ¡ah! si algun dia llega á debilitarse tu

amor, engáñame, por caridad engáñame. No me hagas sospechar esta triste verdad; la muerte primero que revelarme tan horrible secreto.

Gomez Arias se esforzó de nuevo en calmar su agitacion, i en seguida hizo ver la urgente necesidad de abandonar aquel sitio sin demora. Ya no hizo ella mas resistencia porque se hallaba demasiado adelantada para retroceder, i apoyándose en el brazo de su amante, fue arrancada de él.

Gomez Arias hizo una señal, i apareció al momento una escala de cuerda arrojada desde la otra parte de la tapia. A su vista estuvo Teodora á pique de sucumbir á la agonia de su pena; un tropel de tristes ideas se apoderó de su ánimo; su pecho quedó oprimido con el pesar, i sino hubiera sido sostenida por su amante habria caido sin remedio. Gomez Arias se llevó la trémula jóven sobre la tapia; pero al momento en que iba á franquearla, dirigió ésta una larga i melancólica mirada al recinto de su niñez i de su

inocencia, convertido ahora en desierta mansión de un padre venerable; i con un corazón ahogado en los sollozos i suspiros, se entregó ciegamente á la protección de su amante.



CAPITULO IX.

Descubrimiento de la fuga de Teodora. Confusion de Marta. Irritacion de Monteblanco. Llegada de Leiva. Su desconsuelo. Planes para descubrir el paradero de Teodora. Amenazas contra la dueña. Aparicion de Gomez Arias. Su conferencia con Marta, i sus disposiciones para salvarla de aquel compromiso. Llegada de Monteblanco i de Leiva, i retirada de Gomez Arias.

Amaneció el día siguiente, día de horror para el desgraciado Monteblanco. Sentado en su mazorril silla poltrona, esperaba el viejo caballero la venida de su amada hija á cumplir con sus deberes matutinales, i á recibir su bendicion. Aguardó algun tiempo con pa-

ciencia; pero inquietándose ya al ver su tardanza llamó con voz recia á la dueña una, dos, i mas veces; pero en vano. La piadosa matrona estaba ocupada en negocios pertenecientes á este mundo pecador, por cuyo motivo no habia oido los primeros gritos de su amo. Llegó por fin á saludarle con aquella aparente devocion é hipócrita language, propio de las de su clase.

¿Dime, Marta, dónde está mi hija? ¿está indispueta?

¡Virgen santa! exclamó la dueña, ¿quién os mete tales locuras en la cabeza, señor don Manuel?

Pues ¿cómo es que no ha venido todavia? ¿en dónde está?

En la cama, respondió Marta, porque infirió naturalmente que una señorita que habia pasado la noche en amorosos coloquios no podia levantarse temprano.

¿En la cama? ¿en la cama? ¿qué vergüenza! ¿despues de haber dado las siete! ¿Ha pasado acaso mala noche?

No señor, que yo sepa.

Pues ve, i dila que venga, que estoi esperando á don Antonio de Leiva, i no puede tardar en llegar.

Salió la dueña aparentando estar absorta en sus devociones, i se dirigió al cuarto de su señorita. Ea, perezosa, ¿qué quiere decir esto? ¿no os da vergüenza estar todavia en la cama á estas horas? Hé aquí lo que se saca de las citas nocturnas; es preciso que yo ponga remedio; ellas pueden refrescar el corazon, mas de ningun modo pueden contribuir á la salud, i menos á la pureza del alma. Ea, levantaos al momento, vuestro padre os está esperando.

Como no recibia respuesta alguna, tuvo por cosa segura que no siendo sorda Teodora le habria dado en voz baja las excusas que son propias en semejantes casos, i prosiguió sin detenerse á considerar su pretendida contestacion. Vamos, vamos, no trateis de disculparos, porque no está en el orden que me comprometais en premio de mi amigable inclina-

cion á condescender con vuestras fragilidades. ¡Virgen santa! yo tiemblo al considerar los peligros á que está espuesta diariamente mi reputacion. ¿Qué es lo que decis? ¿Callais? Haceis bien, porque este es el mejor partido que debeis tomar despues de lo ocurrido; me gusta el veros tan humilde, porque la humildad, del mismo modo que la caridad cubre un sin número de pecados.

La buena dueña siguió esta elocuente taravilla por algun tiempo sin recibir ninguna contradiccion hasta que sorprendida por tal silencio se impacientó, corrió á abrir las ventanas, levantó las cortinas de la cama i halló con el mayor asombro que habia desaparecido el objeto de su visita. La sorpresa de la dueña se vió bien pronto retratada sobre su arrugado semblante; quedaron embargados de repente todos sus sentidos; se aumentó su estupor i su consternacion al pensar en la ira de Monteblanco i en la mancha que iba á recaer sobre su mística opinion, como consecuencias naturales de aquel desastre.

Pronunció primeramente algunas espresiones interrumpidas con quejidos i sollozos que indicaban la convulsion de su ánimo, empezó en seguida á invocar la proteccion de todos los santos del cielo, i llegó finalmente á serenarse, confiando hallar recursos para salir de tan apurado lance. Dió principio á una esploracion escrupulosa por todos los rincones de la habitacion; admirados los criados de la actividad de dicha dueña, i estimulados á descubrir la causa, corrian alrededor de ella, sin que diese mas respuesta á todas sus preguntas sino interjecciones, exclamaciones i sonidos guturales tan ásperos i duros que todos creyeron que la tal muger se habia vuelto loca.

Fue reconocido el jardin; pero con igual malogro. La turbacion de la pobre Marta escedió todas las medidas de su firme resolucion. Pasó algun tiempo sin decidirse por el partido que debia abrazar, no sabiendo si seria mas prudente evitar aquella tormenta con la

fuga, ó hacer frente á la cólera de su amo con atrevimiento i confianza. La fuga es ciertamente el medio que se suele preferir en semejantes casos ; pero si recurria á él, se confesaba tácitamente culpable, i su reputacion iba á ser denigrada con una indeleble mancha ; resistiendo por otra parte con vigor al irritado padre, i negando toda clase de participacion ó conocimiento en este negocio podia mantener todavia indeciso el juicio del público.

Determinada ya á seguir este último partido, salió del jardin llevando estampada en sus apergaminadas facciones toda la sorpresa i el dolor que era necesaria para representar bien su papel.

Cansado ya Monteblanco de enviar recado sobre recado, determinó salir él en persona á averiguar la causa de la larga ausencia de la dueña.

Marta, Marta, gritó tan pronto como la hubo visto. ¿Qué es esto ?

¡Ah don Manuel! ¡Ah venerado señor!

Huid de esta casa, porque ciertamente está el diablo en ella.

¡Cómo! exclamó el asombrado don Manuel; espíciate prontamente.

¡Virgen santa! ¡que esto suceda en mi tiempo!

En nombre de Dios, Marta, dime ¿qué desgracia ha habido?

¡Oh! dijo la dueña entre sollozos, esforzándose para que cayeran de sus arrugados ojos un par á lo menos de rebeldes lágrimas, »no me preguntéis, porque la vergüenza i el »dolor embargan mi lengua.»

¡Que todas las maldiciones del cielo caigan sobre tí! ¿Qué has hecho de mi hija? habla, ó en un credo reduciré á polvo tu envejecida figura.

Nunca habia visto la dueña á su amo en un esceso tan terrible de cólera, i ya llegó á arrepentirse de no haber seguido su primer impulso, que era el de la fuga. Maldecia interiormente ese amor escesivo de su buena

opinion que habia sido la causa de hallarse ahora en el mayor aprieto de su vida. Una vigorosa defensa era ya la única alternativa que la quedaba.

¡Qué hé hecho de vuestra hija! exclamó con una mirada llena de indignacion i sorpresa, ¿qué es lo que podia haber hecho con ella?

¿Dónde está, pues? ¿dónde está? preguntó otra vez el agitado padre con redoblada alteracion.

¡Ahí de mí! no lo sé; se ha ido, segun parece; ¡que la antorcha del cielo i el Angel de la guardia guien sus pasos!

¡Se ha ido! ¡mi Teodora se ha ido! exclamó don Manuel en la fuerza de su afliccion.

Infiero que si, añadió la dueña con un tono de seguridad, puesto que no se halla en ninguna parte.

El desolado padre quedó hecho una estatua con tal noticia; se golpeó su venerable frente i se arrancó su canosa barba en el acceso de su ira. Prorrumpió en seguida en las

mas amargas invectivas contra la ingratitud de su hija, i maldijo el dia en que la habia dado el sér.

Mientras que estaba desahogando inútilmente este primer impulso de su dolor, se mantuvo la dueña con las manos cruzadas con tan activo fervor, que llegó finalmente á fijar la atencion del afligido padre.

¡Oh tú, vil hipócrita! exclamó lanzándola una furiosa mirada, ¡oh tú vieja endemoniada! ;asi correspondeste á la confianza que habia depositado en tí? se vé que yo he abrigado una serpiente en mi casa; he puesto en manos de un rabioso lobo la conservacion de un cordero! Maldita bruja! tú eres cómplice de la fuga de mi hija.

¡Virgen santa de la Concepcion! exclamó la ofendida Marta; ;que tan locas imprecaciones sean dirigidas contra mi carácter despues de sesenta años de una vida austera i ejemplar! Dios os perdone, señor, como yo lo hago, i volvió á cruzar sus manos con redoblado celo.

¡Perdonarme tú? enjerto de satanas, gritó de nuevo don Manuel, pasmado de ver su sangre fria. ¡Perdonarme á mi!

¡Yo enjerto de satanás! replicó Marta. ¡Yo!

Este diálogo desagradable fue cortado por la llegada de don Antonio de Leiva, quien se quedó no poco sorprendido con la presente escena, i no pudo en mucho tiempo conseguir que se le hiciera una esplicacion de ella. Cuando llegó finalmente á tener conocimiento del asunto, fue escesiva su admiracion i su pena.

¡Ahi de mí! exclamó, no pude menos de sospechar desde mi primera entrevista con Teodora, que su afecto se habia fijado en otro objeto.

¡Oh! no, no, replicó prontamente don Manuel, no lo habeis acertado; ella no puede amar á otro; ¿cómo era posible que formase una pasion sin mi conocimiento?

¡Luego, dijo don Antonio suspirando, solo por evitar mi presencia ha buscado su salvacion en la fuga!

¡Jesus Maria! replicó la dueña, no digais eso, don Antonio. ¿Cómo podría ella desechar un caballero tan completo?

Buena muger, contestó él, no es difícil calcular que ella me ha mirado con aversion, i yo debo reconocer con el mayor dolor que soi digno de reprehension por esta desagradable ocurr encia.

No, no, exclamó Monteblanco, señalando á Marta; el agente principal de este asunto es esa detestable furia. Mira cómo cruza los brazos i baja los ojos para abusar de nuestra credulidad; pero ya te se ha quitado la máscara; demasiado tiempo he sido el juguete de tu afectada piedad i aparente austeridad de costumbres; se ha disipado la venda fatal que cubria mi vista, i se me presenta esa criatura despreciable en sus verdaderos colores.

¿Qué razon, preguntó Leiva, creéis que tuvo Teodora para tomar una resolucion tan estraña sino la de aversion contra mí, i de amor ácia otro?

¡Ahi de mí! no se qué pensar, respondió
Tomo I.

don Manuel; mi imaginacion se pierde en un tropel de inciertas conjeturas; tal vez la demasiada precipitacion en mi modo de proceder, ha podido influir en su determinacion; mas no desespero de hacerla volver todavia á la senda del deber; i sino lo consigo, queda destruida para siempre la felicidad de mi avanzada edad, i desearé con todas las veras de mi corazon ser borrado de la lista de los vivientes.

Asi procuró Monteblanco establecer un medio entre acusar á su hija de abierta criminalidad, i de confesar al jóven Leiva que no eran infundadas sus sospechas, respecto á la oposicion de Teodora á su proyectada boda.

No queria por otra parte perder un yerno como don Antonio, que poseia todas las calificaciones capaces de cautivar el afecto de las mugeres, aun de las mas melindrosas; i resolvió prudentemente conceder á su hija cuando hubiera vuelto, el tiempo necesario para que decidiese con calma sobre una materia tan delicada, no dudando de que accederia á

sus deseos, complacida con la constante asiduidad é incomparable mérito de su novio.

Dirigido por estas ideas aceptó con el mayor agrado los servicios que le ofreció don Antonio para el recobro de Teodora, así como para concertar las mas prontas medidas, conducentes al intento.

Don Manuel, le dijo el galante Leiva: «á pesar de vuestras cariñosas i corteses afirmaciones no puedo menos de considerarme como la causa principal de la fuga de vuestra hija. Esta reflexion i los tiernos sentimientos que ella ha sabido inspirarme me obligan á emplear todo mi esmero para hacer volver la amable fugitiva á su casa paterna, con tal que no se la haga la menor violencia.

Os prometo con la mas fina voluntad, respondió don Manuel, aprovecharme del consejo, dictado por el afecto i por la prudencia. Teodora, añadió despues de un breve silencio, no ha podido salir de esta ciudad, i la hallaremos probablemente en algun convento ó en casa de alguno de sus parien-

tes; para mayor precaución, sin embargo, enviaré espresos á Granada i á los pueblos inmediatos.

Al decir esto, hizo Monteblanco un movimiento para retirarse con su jóven amigo, i lanzando una mirada de cólera á la dueña, exclamó de paso. »; Bien puedes temblar, oh tú miserable pecadora!

; Yo temblar! replicó la impávida vieja con altanería. La inocencia no tiene motivo para temblar; i lo único que me resta que hacer es abandonar un sitio, en el que mi virtud i honestidad han sido tan bárbaramente vulneradas. Cuando tú salgas de mi casa, añadió don Manuel, será para ir á un encierro perpétuo; i para hacer penitencia por tus pecados.

Habiendo Marta quedado sola, empezó á reflexionar seriamente sobre lo apurado de su situacion; la amenaza de una reclusion conventual resonaba horriblemente en sus oídos; i figurándose que sería mas ventajoso para la sociedad continuar sus buenos oficios en

favor del prójimo, resolvió oponerse con todas sus fuerzas al intimado plan de confinacion contemplativa.

¡Mal haya Gomez Arias! exclamó con el mayor dolor.

¿Qué tienes tú con Gomez Arias? pronunció una voz que no la era de modo alguno desconocida.

Volvió la cara i vió á su lado al objeto de su exclamacion.

¡Virgen santa! él es. ¿Quién os trae aqui, señor? Dónde está mi señorita?

¿Dónde está! repitió Gomez Arias con una fingida ansiedad.

¿Que disimulo! ¿os parece que no conozco vuestros artificios? añadió la dueña. Sé que Teodora, ¡pobre muchacha! se ha escapado en vuestra compañía. Ella os ama entrañablemente; i cuando una muger está verdaderamente enamorada, es capaz de cometer las mayores locuras.

Pues bien, replicó don Lope, suponiendo que se haya entregado á mi proteccion, no

habría hecho mas que seguir los dictados de un puro afecto, lo que ciertamente no debe causar la menor admiracion.

Poco á poco, señor don Lope, observó Marta; no será ciertamente extraño que os ame; pero es irritantemente injusto é imperdonablemente cruel dejarme espuesta á sufrir todas las amarguras de este lance sin una, "...

¿Recompensa quieres decir?

¿Válgame Dios! Interpretáis mal mis conceptos. Yo no soi venal; sabe el cielo que no pienso mas que en salvarme del aprieto en que me hallo.

¿Aprieto! ¿I de qué modo? preguntó Gomez Arias.

Estoi amenazada, i nada menos que con un convento.

Un convento, repitió don Lope sonriéndose, para una dama tan devota me pareca que no debe infundir mucho terror.

Es verdad que soi devota, replicó la dueña; pero sin embargo no me siento todavía inclinada á que me encierren entre cuatro

paredes. ¿Qué mérito puede haber en el sacrificio de una vieja pobre i desvalida como yo? No; la divinidad se complace mas bien de la voluntaria reclusion de vírgenes jóvenes, ricas i hermosas.

Prudentísima Marta, dijo Gomez Arias, admiro i aplaudo sobre manera tu discrecion. Nunca debiera perderse para el mundo una matrona tan digna i tan útil. No, tú has nacido para ser el consuelo de los caballeros galantes i de amorosas doncellas; sería realmente imperdonable el que se permitiese tu encierro mientras que puedes prestar todavía tus servicios á los amantes. No, no, Dios no quiere que tú vayas á vivir entre monjas.

Dios os bendiga, buen señor, replicó Marta con humildad, vos me honráis mas de lo que yo merezco.

A fe mia, que tu modestia te sienta maravillosamente; pero no perdamos tiempo; acude esta tarde á la iglesia á la hora de vísperas, i alli hallarás á mi fiel criado que te dará la necesaria dirección i asistencia para que pue-

das efectuar tu fuga, i asi mismo abundantes medios para pasar el resto de tu preciosa vida en alguna de las ciudades mas remotas de España, libre de la terrible idea de un retiro perpetuo.

Eso haré, generosisimo don Lope, i os estaré eternamente reconocida.

Pero detente; añadió Gomez Arias con una fingida gravedad; se me ofrece una gran dificultad.

¿Virgen de las Angustias! cuál es, señor? preguntó la dueña notablemente alarmada.

¿Cuál! contestó Gomez Arias, la de que es preciso que hagas un gran sacrificio en esa tu reputacion sólida i sin mancha.

¿Ah señor! es mui cierto; bien quisiera yo conservarla en todo su vigor; pero los débiles mortales no están obligados á hacer mas de lo que permiten sus fuerzas.

No hai duda; tus argumentos, venerable Marta, son mui plausibles i convincentes.

Se oyó á esta sazón un ruido; se asustó

la dueña i exclamó «estos son mi amo i don Antonio; idos don Lope; que no nos vean juntos.

No temas, respetable dama; yo no soi enamorado de colegio, ni principiante inesper-to en estos negocios; me voi, pero será para volver á su debido tiempo.

¡Volver! replicó Marta; ¿i á que fin?

Para cubrir tu sólida reputacion, dijo don Lope riéndose; es ella de una contestu-ra tan tierna, que es mui fácil se quiebre como un alfeñique sino se acude á sostener-la. Por otra parte debo yo proteger la mia propia si fuese necesario: un buen piloto debe prepararse contra el mal tiempo antes que éste llegue. No te olvides de acudir ya sabes donde.

Gomez Arias se retiró precisamente en el momento en que llegaban los citados caballe-ros: habian estado sumamente ocupados en idear los medios mas eficaces para asegurar el buen resultado de sus indagaciones. Don Ma-nuel parecía estar mas sereno por la confian-

za que le inspiraban el influjo i la destreza de su aliado. La esperanza que nos ilumina con sus lisonjeros rayos aun cuando nos hallamos á la orilla del sepulcro, habia disipado en parte la densa nube que cubria el corazon del affigido padre.

Don Antonio se despidió de él cariñosamente, i se marchó despues de haberle reiterado sus cordiales ofrecimientos i su mas esmerada asistencia.

Luego que hubo quedado solo Monteblanco, se le exaltó de nuevo la bilis á la vista de la dueña, i la renovó sus amenazas del convento.

¡Don Manuel! dijo la dueña con una compuncion edificante; soi inocente, inocente como un niño antes de nacer; mas si el cielo ha dispuesto que yo sea encerrada en un claustro, hágase la voluntad del Señor; la idea de un convento no me arredra. ¡Ah! de mi! Una humilde i pobre pecadora no puede desear mejor vivienda; pero pensad señor, cuan duro es obligar á abrazar un estado que deberia

ser el resultado de una inclinacion espontánea; permitidme á lo menos algunas pocas horas para coordinar mis negocios mundanos; i estaré pronta á obedecer vuestras órdenes.

Al decir esto se retiró la hipócrita á su cuarto á prepararse para su viaje secreto.



CAPITULO IX.

Nueva perfidia de Gomez Arias con Monteblanco, quien se pone candorosamente en sus manos. Sus intrigantes manejos. Fuga de la dueña. Sospechas contra don Rodrigo de Cespedes, inventadas por Gomez Arias, para hacer recaer sobre él la criminalidad de esta intriga.

Mientras que el desgraciado padre estaba absorto en la contemplacion de su reciente desgracia, i procurando hacerse engañosas ilusiones dirigiendo espías por todos los barrios del pueblo, en los que podia haber alguna aparicion de que se hubiera refugiado su hija, se vió sorprendido con la visita de Gomez Arias.

Perdonad mi atrevimiento, señor, dijo con mucha cortesía; mi ansiedad por la suer-

te de un noble caballero aunque rival mio, me disculpará, así lo espero, á los ojos de don Manuel de Monteblanco.

Señor, contestó éste, vuestras visitas honrarán siempre mi humilde habitacion, i no necesitais por lo tanto usar de ningún rodeo ceremonioso para repetirlas.

Pasados los cumplimientos de estilo, sacó Gomez Arias la conversacion sobre la aventura del zaguán, i con aparente inquietud preguntó noticias de don Rodrigo.

Nada sé, dijo Monteblanco, i por cierto que puedo ocuparme mui poco de los negocios ajenos cuando yo estoi rendido á la más profunda afliccion.

Tal vez, dijo Gomez Arias, no será permitido á un extraño inquirir los motivos secretos de vuestras penas; pero si yo pudiese aliviarlas por algun medio, me tendria por mui feliz llegando á merecer vuestra confianza. He traslucido algunas señales de alarma en el aspecto de vuestros criados, que me figuro no serán infundadas, i me duele por lo

tanto ver sumido en la tristeza á tan distinguido personage? Qué ha sucedido noble señor?

¡ Ah! de mí! mi hija! exclamó el desconsolado padre.

¿ No está enferma? preguntó don Lope.

¡ Oh! peor, mucho peor! replicó don Manuel con emocion.

¡ Ah! exclamó Gomez Arias fingiendo su sorpresa. Pero cómo? es posible? mi criado, continuó, me trajo noticias de que corria una voz por la ciudad sobre haberse escapado una noble señora de su casa. Como yo desconozco totalmente este pueblo, no tuve la mayor curiosidad en averiguar la verdad del hecho, pues que no podia figurarme que fuérais vos, señor, la víctima de esta desgracia.

¡ Ah, don Lope! no es sino demasiado cierto.

Gomez Arias habia aprendido con tanta perfeccion el papel que habia de representar que no se vió de modo alguno embarazado en desempeñarlo con despejo i franqueza, i así fue ganando insensiblemente la confianza

del honrado don Manuel, quien como sucede en tales casos, sintió un cierto alivio en confiar sus penas á uno que parecia compadecerlas con la mayor sinceridad.

Alguno ha debido tener conocimiento de esta fuga, prosiguió don Lope. ¿Habeis examinado bien vuestros criados? Creedme, señor, ellos son generalmente los instrumentos i aun los autores de la rebeldia de los hijos contra sus padres.

Teneis razon, replicó don Manuel; los criados son enemigos de quien les dá el pan; pero aunque yo estoí dispuesto á sospechar de todos i de cada uno de mis dependientes, no sabria sin embargo en quien fijarme con acierto. Me han asegurado que la dueña ha debido tener una parte activa en dirigir este abominable enredo.

¿La dueña! exclamó Gomez Arias lanzando una mirada de fingida admiracion i sorpresa. ¿La dueña! A fe mia que este debe ser nuestro duende. Ya se me habia olvidado que teniais una dueña en vuestra casa,

porque á haberme acordado de ello, habría sido mucho menor mi admiracion. Las dueñas son el alma de toda intriga, podeis afirmar con verdad i con salva conciencia que la vuestra; no solamente ha tenido parte en la fuga de vuestra hija, sino que es ella la que la ha facilitado.

Estoi bien persuadido de su criminalidad, replicó el padre, sin embargo de sus solemnes protestas i mal disimulada hipocresía.

¡Oh astuta vieja! añadió don Lope sarcónicamente, ella debe tener todas las mañas de las de su clase; pero me figuro, señor don Manuel, que no os dejareis eugar por tan pérfidos artificios. Es preciso que quede bien asegurada su persona, i que la examinemos detenidamente: tal vez algunas amenazas serán útiles al intento.

Este es precisamente el partido que he tomado, dijo don Manuel.

¿I dónde está ese vejestorio?

Haciendo su maleta para irse al convento. Pedro (llamó don Manuel).

¿Qué mandais, señor?

Que venga Marta.

Obedeció Pedro; pero mui pronto volvió con un semblante en el que estaba retratado el estupor i espanto.

¿Qué hai, donde para ese demonio? preguntó con impaciencia su amo.

Señor, contestó el criado, Marta se ha fugado.

¿Fugado! ¿Fugado! ¿I cómo no impedis-
te su salida?

Perdonadme, señor, todos creíamos que estaba encerrada en su cuarto: ella se ha escapado i sabe Dios como; ha debido marcharse por la chimenea ó por el agujero de la cerradura como si fuera una bruja.

Que ella es una bruja ya lo sabía yo, i tambien que todos vosotros sois sus familiares, gritó don Manuel con violencia; pero me habeis de pagar bien caro el momento en que ella ha burlado vuestra vigilancia.

Ya no tenemos que buscar mayores pruebas, observó Gomez Arias, sobre la crimina-

lidad de la dueña, puesto que su culpa ha quedado evidenciada con su fuga.

Si, dijo don Manuel; però esta circunstancia me consuela bien poco: con la desaparicion del principal cómplice se han perdido los medios de averiguar la verdad.

Este último golpe acabó de desconcertar al afligido anciano: su altivez quedó amargamente ofendida por verse privado hasta del melancólico placer de desfogar su venganza sobre el objeto de su rabia.

Gomez Arias empleó los mayores esfuerzos para suavizarle. Si se trata de desentrañar este misterio, dijo, es de la primera importancia hacer una arreglada indagacion desde el principio del suceso, sin la cual no será posible descubrir los autores. Ya tenemos el agente de esta infame empresa: ahora hienos de buscar el principal reo. No cabe duda que cuando una muchacha huye de la casa de sus padres, hai de por medio algun amante que la induce á un paso tan violento. Ahora pues, don Manuel, ¿sabeis de alguna persona so-

bre la que puedan recaer las sospechas con alguna probabilidad?

Monteblanco se detuvo algun tiempo, i luego respondió, «Verdaderamente, don Lope, si la hai, es para mi totalmente desconocida.

¿Cómo, ni aun podeis arriesgar alguna conjetura?

No, don Lope, no puedo,

Es por cierto bien sorprendente: mirad, señor, al rededor del círculo de vuestros conocidos, i hallareis tal vez alguna guia para vuestras indagaciones.

Don Manuel miró maquinalmente al rededor de sí, i luego meneó la cabeza expresando su ignorancia en esta parte.

No quisiera yo, continuó Gomez Arias, mancillar la reputacion de nadie; ¿pero no podiamos sospechar algo de la visita de don Rodrigo de Céspedes? Hai ciertamente algo de incomprensible en su expedicion caballerisca contra mí. Por otra parte, ¿á qué fin buscar el apoyo de un anciano caballero,

cuando podia haber dispuesto del de otros agentes mas acomodados á aquella clase de empresas?

Gomez Arias halló poca dificultad en engañar al hombre que habia ultrajado; porque el que se halla en una situacion tan triste como la de don Manuel, es el mas fácil de chupar el cebo de la perfidia, así como un hombre que ha perdido su bolsillo está inclinado á atribuir el robo al primer individuo que se presenta por desgracia á llamar su atencion.

Ademas, continuó Gomez Arias, debemos recordar la grande alarma de la señorita cuando ocurrió nuestra contienda, su ansiedad por traer luz, el chillido que dió cuando se imaginó que habia muerto mi antagonista: estas son, don Manuel, indicaciones mui fuertes que se os habrán podido pasar por alto en momentos de angustia i de dolor; pero que tienen un carácter de certeza para el que ve las cosas con frialdad. No trato yo sin embargo, de prepararos contra don Ro-

drigo ; mi solo deseo es el de ponerlos en estado de precaucion.

Por estos medios tan sutiles confirmó Gomez Arias las sospechas de Monteblanco, quien llegó á estar casi convencido de la traicion de su amigo, si bien debiera haber dudado mucho de tan horrible imputacion, si hubiera reflexionado mas sosegadamente sobre el objeto ; pero en estos casos por lo regular las mayores razones son por desgracia las que se tienen menos presentes.

Así, pues, don Manuel estaba á un mismo tiempo engañándose á sí mismo i menoscabando el carácter de un hombre que no habia tenido la mas remota conexion con el suceso , i cuya integridad era conocida á toda prueba.

Pasado un momento de silencio, cogió Monteblanco la mano de Gomez Arias, diciendo : « ¡ Cuánto os debo , don Lope ! ¡ Cuán sincera es mi gratitud á vuestros servicios ! »

No señor, replicó Gomez, nada me debéis , i por lo tanto nada debeis agradecerme.

Fueron variados i recíprocos los cumplimientos que se hicieron desde este momento ambos caballeros; despues de haberse ofrecido mutuamente sus mas finos obsequios, dió don Lope á su nuevo amigo con la mayor perfidia las instrucciones mas apropósito para que se frustrase la persecucion i hallazgo de la fugitiva. Luego despues se despidió del demasiado candoroso Monteblanco, quien estuvo hasta pesado en espresar su reconocimiento, i cuyas esperanzas empezaron á tomar nuevo vigor.



CAPITULO XI.

Progresos de la sublevacion morisca. Toma por los cristianos de los pueblos de Güejar i Anduraj. Sitio del castillo de Lanjaron, rendido finalmente aunque lo defendia el formidable Negro. Retirada de los ultimos gefes de la rebelion á la parte mas escabrosa de las Alpujarras. Salida de don Antonio de Leiva para el ejército. Desconsuelo de Monteblanco.

Conviene que llamemos ahora la atencion del lector ácia aquella parte de la historia de los moros rebeldes, que está intimamente unida con esta novela. Los cuarenta caudillos que habian sido nombrados en la revolucion de Albaicin, lograron, según ya hemos indicado, propagar sus mismos sentimientos por mu-

chos pueblos i aldeas de la jurisdicción de las Alpujarras. Sus esfuerzos sin embargo fueron casi siempre infructuosos. En muchos de sus encuentros quedaron derrotados ó precisados á buscar su salvacion en la fuga; pero sus desgracias i repetidos contrastes en vez de subyugar su valor no hicieron mas que aumentarlo con el deseo de la venganza.

Entre los varios reveses que sufrieron estos rebeldes, fue el mas sensible de todos la pérdida del pueblo de Güejar, el cual despues de una larga i desesperada resistencia fue tomado por asalto por las combinadas fuerzas del conde de Tendilla i del famoso Gonzalo de Córdoba. Muchos de los moros perecieron en la defensa, otros fueron pasados á cuchillo por los vencedores, i el castillo fue entregado á las llamas.

El conde de Leiva se apoderó en seguida de la fortaleza i pueblo de Anduraj; i exasperado por la resistencia de los habitantes que continuaron prolongando la defensa aunque sin ninguna esperanza de ser socorridos, voló

A Lerin

por fin la mezquita, en la que se habia refugiado una porcion considerable de ellos con sus mugeres i niños.

Asi pues, de las tres fortificaciones de los rebeldes era Lanjaron la única que estuviera sin rendir, cuya empresa parecia doblemente dificil á causa de hallarse al frente de la guarnición el formidable Negro, hombre de baja estraccion, pero de extraordinario valor i firmeza. Estas cualidades, juntamente con los servicios que habia prestado á la causa morisca en las guerras de Granada le habian, grangeado la confianza de sus paisanos, i por tal razon le habia sido confiado el mando de aquel punto importante. Era hombre de modales severos i de una natural ferocidad de carácter, la que si bien no era la mas propia para conciliar el amor de sus tropas, lo era á lo menos para imponerles respeto.

El castillo de Lanjaron, situado en el valle de Lecrin, era considerado como una posicion de la mayor importancia, no solo por la fuerza de sus obras de defensa, sino por

la circunstancia de ser el mas seguro abrigo de los moros de los pueblos inmediatos. Estaba á aquella sazón bloqueada estrechamente esta fortaleza por las tropas del alcaide de los Donceles i por otros gefes que habian cortado completamente la comunicacion de los rebeldes con sus amigos de la montaña, i los tenían reducidos al último apuro.

En tan críticas circunstancias reunió el Negro sus soldados, i dirigiéndoles una corta, pero animada arenga, procuró hacerles ver la importancia de sostener el dominio de Lánjaron, hasta que otros caudillos hubieran tenido tiempo de organizar sus medios de defensa en las Alpujarras. Las palabras del Negro fueron recibidas con general aclamacion, i los moros compitieron por algunos dias en dar las pruebas mas heroicas de valor i perseverancia. Como la fortaleza llegó á quedar sitiada completamente, i empezaron á faltar las provisiones, hicieron una desesperada salida durante la noche como único i estremo recurso, pero fueron rechazados con pér-

dida considerable. El malogro de esta tentativa enervó la resolución de los defensores, i algunos de los menos animosos llegaron á murmurar de un empeño tan temerario i de tantas dificultades que parecia imposible superarlas.

Observó el Negro estos síntomas de descontento con el mas obstinado dolor, i con la mas fria é indómita fiereza. Empleó sus mayores esfuerzos para calmar la naciente borrasca halagando á unos con esperanzas i lisonjeras promesas, i aterrando á otros con furiosas amenazas. A la mañana siguiente aparecieron colgadas en palos sobre las almenas tres hediondas cabezas empapadas en sangre; mas este castigo egemplar no produjo el efecto deseado, porque si bien contuvo á los descontentos, no les inspiró el menor valor, al paso que los cristianos que estaban contemplando tan feroz espectáculo, formaron los cálculos mas placenteros de aquella sangrienta prueba de desacuerdo.

El número de los sitiados iba disminuyendo de dia en dia hasta que tomaron fi-

nalmente la forzada resolución de rendirse á discrecion. Los principales de estos guerreros habian enviado sin conocimiento de su gefe un mensajero al campo de los españoles para tratar con ellos sobre los artículos de la capitulacion, i estaban los conspiradores celebrando una junta clandestina, cuando el Negro, á quien suponian que estaria descansando de sus fatigas, se presentó de repente i les puso en la mayor consternacion. ¡Traidores! ¿qué significa esto? gritó con una voz de trueno; ¿cuáles son vuestras intenciones?

Capitular, respondió uno de los mas atrevidos, i salvar nuestras vidas con una oportuna sumision.

¡Villano! exclamó el Negro fieraemente, ¡tú á lo menos no disfrutarás del premio de tu cobardía! i descargando el pesado golpe de su alfange le abrió la cabeza en dos mitades, i cayó el cuerpo á revolcarse en su sangre. Sus compañeros permanecieron estáticos i aterrados, cuando el Negro dirigiéndoles una mirada de indignacion i desprecio, i lleno de

ira exclamó: «idos indignos moros, i abandonad una causa que no teneis valor para sostener. Idos, i vivid como esclavos ya que no sabeis morir como hombres. ¡Cobardes, indecentes! ¿era para esto que me habeis obligado á ser vuestro general? ¿Era para esto que abandoné á Granada dejando á discrecion de los cristianos mis mas queridos amigos, i cortando los mas tiernos lazos que unen al hombre con su existencia? Id, i aceptad el ofrecido perdon; yo me quedaré solo para hacer ver á nuestros paisanos de las Alpujarras que en Lanjaron hubo á lo menos un verdadero hombre que supo morir en cumplimiento de sus deberes.»

Dijo, i arrancando su sagrado estandarte subió rápidamente al punto mas elevado de las baterías, i se colocó al lado de las tres cabezas, desfiguradas ya con el sol i el viento, presentando el espectáculo mas asqueroso i feroz. La guarnicion abrió entonces las puertas del castillo mientras que el Negro abandonado por todos sus compañeros continuaba

paseándose tranquilamente sobre las almenas. Respetando los cristianos su resuelto valor, i deseosos de salvarle la vida, enviaron un parlamentario invitándole á que se rindiese, pues que ya él habia hecho su deber, i que la muerte iba á ser el único fruto de su ulterior resistencia. Recibió el mensaje con una sonrisa en la que estaban pintados el desprecio, la tristeza i la desesperacion; tomando entonces la adarga que se le habia presentado como signo de paz, la arrojó desdeñosamente al suelo, i la pisó con furor.

Lleva esta respuesta á quien te envia, i cruzando sus brazos volvió á continuar su melancólico paseo. En el entretanto habían tomado posesion los cristianos de todos los fuertes, i el Negro contemplaba con la mayor tranquilidad su aproximacion. Queriendo el alcaide de los Donceles hacer el último esfuerzo para salvarle, gritó á medida que se iba adelantando, «ríndete, moro. Ríndete i acepta el perdon.»

«Jamás!» exclamó ferozmente el Negro; ja-

más admitiré gracia alguna de mis enemigos; la muerte es mi único recurso; pero no os regocijeis cristianos; he sido sometido por traición i no por la fuerza de las armas. No os regocijeis; son todavía muy poderosos nuestros medios, i mientras que vivan el Feri de Benastepar i Cáñeri, no será completo vuestro triunfo. Dijo, i dando un salto repentino se precipitó desde la cúspide del torreón, i cayendo su cuerpo sobre una escarpada roca quedó hecho pedazos.

La rendición de Lanjaron, i el trágico fin del Negro, fueron pérdidas irreparables para los moros. Ya desde este momento conocieron que iba á ser totalmente imposible sacar partido alguno ventajoso batiéndose con los cristianos en campo raso ó en asedios regulares; i resolvieron por lo tanto limitar su defensa á las montañas, cuyo género de guerra era el mas propio para hostigar al enemigo sin exposicion, i el mas adecuado á su carácter errante. En su consecuencia reunieron sus fuerzas el Feri de Benastepar, Audalla, Cáñeri i

otros caudillos, i se distribuyeron respectivamente una parte de aquellas montañas que formaban su dominio. De este modo se veian precisados los cristianos á desmembrar su ejército en muchas divisiones i á batirse con los rebeldes en combates parciales. Don Alonso de Aguilar, que habia puesto al Feri en la necesidad de cederle el terreno, se iba adelantando á esta sazón ácia Gergal, en donde aquel gefe rebelde reunia sus partidarios.

En el entretanto don Antonio de Leiva, á quien dejamos en Guadix condoliéndose con don Manuel por la fuga de su hija, hubo de abandonar estos cuidados, i dirigirse al ejército de Aguilar á donde le llamaba su primer deber para obrar en combinacion contra los rebeldes.

Luego que la columna de don Antonio llegó á dicho punto de Guadix, conoció no ser ya posible diferir su salida sin que dejase comprometido su honor; i pasó por lo tanto á despedirse de Monteblanco. Halló al desgraciado padre sumergido en la mas profunda

afliccion; la compañía de don Antonio le habia ofrecido algunos ratos de consuelo; su marcha, pues, no podia menos de producir las mas melancólicas sensaciones; pero don Manuel conocia la necesidad de esta separacion, i fué demasiado noble i generoso para oponerle el menor tropiezo.

Id, amigo mio, id á donde el honor os llama, dijo al tender los brazos á Leiva. «Id, mi acreditad con vuestra conducta lo digno que sois de la confianza que habeis merecido. Cuando la gloria de vuestras hazañas resuene por el mundo, mi ingrata hija sentirá con duro pesar la pérdida de un hombre tan digno de su afecto i estimacion.»

Aquí fué sofocado por el dolor, i no pudo pasar adelante.

Señor, dijo don Antonio, no os entregueis á la desesperacion; es corto el tiempo transcurrido desde que acaeció el melancólico lance que os aflige, i no hai motivo todavía para desconfiar. De todos modos estad seguro, don Manuel, que vuestra memoria i familia

estarán siempre presentes á mi imaginacion, i que, si la muerte no lo impide, veré á lo menos desagraviadas vuestras ofensas ya que no pueda daros otro consuelo.

Al decir esto se desasíó apresuradamente de los brazos de don Manuel, i procurando ocultar su turbacion montó ligeramente en su brioso caballo, i dió la voz de marcha. El continente marcial de su tropa, el brillo de su armadura, i la seductora perspectiva de futura gloria i renombre, contribuyeron poderosamente á desvanecer las tristes sombras de su situacion. Su separacion fué sin embargo mui triste al considerar que dejaba al buen anciano aislado en medio del mundo, i destituido de los últimos consuelos que le tenian unido á la vida; por otra parte Teodora en sus cortas entrevistas con don Antonio habia impreso los mas gratos recuerdos en su corazon.

Ya se iba dejando de oir la griteria de los que daban el buen viage á los soldados de Leiva, i ya los torreones i campana-

rios de Guadix iban desapareciendo de la vista, cuando estos guerreros empezaron á tomar un predominio sobre todo otro sentimiento que no fuera la gloria militar.

La ausencia de don Antonio fué un golpe de muerte para las esperanzas de Monteblanco. Se le hicieron en esta ocasion mas sensibles que nunca los achaques de la edad que le impedian empuñar la espada; pero su brazo se habia enervado; i en su desvalimiento é impotencia experimentó con mayor viveza el dolor de que todos sus hijos hubieran sacrificado sus vidas en defensa de su pátria, i de que no le hubiera quedado á lo menos uno para sostener el honor de su familia. Don Manuel era hombre, i esta accidental sensacion de pesar era mui natural á un padre afligido que no tenia á quien volverse por consuelo i por apoyo.

Gomez Arias, que habia ganado insensiblemente su gracia, se marchó al dia siguiente fingiendo dirigirse á Granada; i como se mostraba ansioso de tomar una parte activa en

la guerra contra los moros rebeldes, Monteblanco consideró justa i altamente recomendable su intencion ; pero corrieron las lágrimas por sus venerables mejillas al despedirse del seductor de su hija , i del causante de sus infortunios.



CAPITULO XII.

Teodora caminando por las Alpujarras con su seductor. Su agitacion i terror. Su abandono por Gomez Arias.

Señor Gomez Arias

Doleos de mí,

Qué soi niña i sola,

Nunca en tal me ví.

Calderon.

Era una tarde rica i hermosa de verano; el sol se sumergia lentamente por detras de las gigantescas montañas de las Alpujarras, cuyas oscuras i fantásticas sombras se iban extendiendo sobre la llanura. Ningun extraño sonido alteraba la blanda calma de aquella escena, escepto cuando los habitantes alados de los bosques gorgearan sus trinos vespertinos,

ó cuando la campana de un convento distante repetia su eco en los sombríos recintos de los montes. Una suave languidez prevalecia sobre aquella selva; las vistosas i enredadas nubes contrastaban con el rojo i dorado resplandor del agonizante sol; las variadas tintas de aquellos solitarios lugares; los calientes i diversificados rayos de luz que penetraban por entre las hojas de los árboles, ó que reflejaban sobre los tortuosos arroyos; el sosiego i la calma que reinaba sobre aquel estenso paisage; todo contribuia á elevar el alma á la contemplacion i á interesar el corazon.

Se vió un grupo de tres personas subir á este tiempo lentamente por una verde é inclinada altura que parecia designada por la naturaleza para primer lugar de descanso en la empinada cuesta de la sobervia montaña. El primero de esta comitiva era un caballero del porte mas bizarro, montado sobre un potro de un negro reluciente; iba á su lado una hermosa señorita, cuyas largas i espesas

trenzas difícilmente podían encadenarse dentro de una red de encaje plateado; llevaba un largo vestido de montar i un sombrero español adornado con plumas negras que caían graciosamente por ambos lados de la cabeza. Habiéndose quitado el denso velo que la había defendido de la viva acción del sol, descubrió un hermoso semblante, á cuyas delicadas mejillas habían prestado el calor i el ejercicio brillantes tintas de color de rosa; mas se veía retratada en las facciones de la encantadora viagera la espresion de una profunda tristeza.

Detrás de estos dos personajes caminaba á poca distancia un hombre, que en su traje i en su porte parecía ser su criado; iba montado con la mayor sencillez sobre un vigoroso caballo andaluz; pero por sus miradas recelosas que de tiempo en tiempo lanzaba á una i otra parte, se podía inferir que su aparente tranquilidad no estaba en perfecta armonía con sus sentimientos interiores. En el momento de que hablamos iba cantando á

media voz el romance de las bodas del Cid.

A Jimena i á Rodrigo

Prendió el Rei palabra i mano

De juntarlos para en uno

En presencia de Lain Calvo.

Cesa tu confusa gerga, Roque, gritó agriamente el caballero, quien, como puede adivinar fácilmente el lector, no era otro sino el mismo Gomez Arias. ¿Qué puede inducirte en nombre de satanás á cantar, si ni tienes voz ni oído? Déjalo, porque tu atolondrada armonía es capaz de romper el tímpano mas endurecido.

No me negueis, señor, este consuelo quisiera que me dejárais cantar por cierta razon particular.

¿I cuál es?

Porque yo siempre canto cuando tengo miedo; no hai cosa tan eficaz como una cancion para ahuyentar las fantasmas.

Por cierto que unos cánticos como los tu-

vos son capaces de ahuyentar al mismo demonio. Pero ¿por qué temes?

Por caridad, don Lope, me parece que el miedo es la sensacion mas natural en el momento presente.

¿I cómo te atreves á hablar de miedo, cobarde?

Por la Virgen del Pilar, ¿esta conversacion es la mas propia del tiempo i del sitio, ¿No estamos en el mas inminente peligro de encontrar alguna cuadrilla de feroces i sanguinarios ladrones?

I si esto sucediera, ¿no sabríamos defendernos? Por el alma del Cid, que yo solo basto para un ejército de estos malandrines.

Mui bien, mi respetado amo, replicó el criado; pero tened á bien el considerar que no es este nuestro único peligro, pues me figuro que nos hallamos ahora en las montañas de las Alpujarras en donde están ejerciendo su dominio esos malditos i rebeldes moros. ¡Mal haya á esos infieles perros! ¿No están continuamente en acecho para asaltar á todo

cristiano descarriado i desvalido? I cuando le han sorprendido.”

Calla, majadero, calla! le interrumpió impacientemente Gomez Arias. Estas no son las Alpujarras. ¿Te has olvidado que cuando salimos de Guadix dos dias há tomamos una direccion totalmente diversa?

Eso bien lo sé, señor don Lope; pero tambien sé que durante la noche fuese por casualidad ó de intento perdimos nuestro camino; por otra parte yo no desconozco tanto el pais que pueda equivocar estos sitios, i apostaré mi cabeza contra dos maravedises que estamos ahora trepando las mismísimas Alpujarras.

La dama, que habia observado hasta entonces un profundo silencio, exclamó con trémula voz. » Oh cielos! ¿estamos realmente en aquellas horribles montañas, i nos hallamos de veras en peligro?

No, amor mio, respondió Gomez Arias; el peligro no es tan grande como quiere hacernos creer ese mentecato.

No, señora mia, replicó Roque; el peligro no es tan grande, porque despues de todo, lo peor que nos puede suceder es que nos cuelguen de un árbol para bailar en él al sonido del viento fresco de media noche, i para ofrecer una apetitosa comida á los grajos i á otros carnívoros campeones de estos enmarañados desiertos.

¡Santo cielo! gritó Teodora alarmada.

No tengais cuidado, buena señora, añadió Roque, el sistema de colgar se ejercería meramente con respecto á mi valiente amo i á su humilde servidor; en cuanto á vos, los moros son mui celebrados por su galantería, i apreciarían demasiado vuestra hermosura para que se atrevieran á condenarla á un trato tan bárbaro.

Gomez Arias exasperado fuertemente con las insinuaciones de Roque, se volvió de repente, i corriendo sobre él le interrumpió su discurso con un fiero golpe »Si te atreves, »bellaco, á proferir semejantes espresiones, »por vida mia que les he de ahorrar á los

„moros el trabajo de ahorcarte. Asi pues cuidado con lo que dices.”

¡Decir! replicó el criado. ¡Virgen santa! nada tengo que decir; vuestros argumentos, señor don Lope, son demasiado convincentes pero á lo menos me permitireis que rece.

Reza cuanto quieras , con tal que no oigas tus oraciones.

Gomez Arias se dirigió entonces á calmar la opresion de Teodora, escitada fuertemente por las imprudentes observaciones de Roque con las que habia aumentado considerablemente su ordinaria tristeza. Teodora mia, la dijo, ¿es posible que no pueda alejar de ti ese continuo abatimiento que te devora?

Perdóname, Lope, le contestó, bien conozco que debe serte penosa la espresion de mi dolor; pero un funesto porvenir que en vano procuró desvanecer, abate completamente mi ánimo. ¡Ahi de mí! ese terrible presentimiento me anticipa penas i desgracias que estremecen mi alma.

Disipa esos quiméricos cuidados, dijo Go

mez Arias; es verdad que para ocultar con mayor seguridad nuestra fuga me he visto precisado á buscar estudiosamente las sendas menos frecuentadas, i á viajar por estos tristes i solitarios lugares; pero nuestro viaje está para concluirse, i quedarán bien pronto enteramente disipadas todas las aterradoras imágenes de esos malandrines.

¡Ahí de mí! la temida vista de esos infieles no es la sola causa de mi turbacion, replicó tristemente Teodora.

¿Cuál otra puede haber? preguntó Gomez Arias con ansiedad. Me figuro que mi Teodora no se habrá arrepentido ya de haberse confiado á mi proteccion.

No pudo hablar Teodora por mucho tiempo; un torrente de lágrimas alivió su afanado pecho; esforzándose luego en tomar aliento exclamó. Oh! no menciones jamas la hora de mi delito, porque delito ha sido i pecado horrible abandonar al mejor de los padres en su avanzada edad; pero convencida como estoy de mi culpa, si hubiera de cometerse

otra vez, por amor tuyo, Lope, volvería á insultar la voz de la propia conciencia. Si tú pudieras leer las ocultas páginas de mi corazón hallarías una viva pintura del amor sin límites i de la eterna pena que no soi capaz de describir con palabras, i que tan solo puedo decir que debe amargar mi existencia hasta que obtengamos el perdon de mi injuriado padre.

Teodora mia, esta debilidad es tan injusta como poco razonable; ni puedo yo persuadirme de que esté emponzoñada con el dolor tu futura vida, identificada como se halla con la de Gomez Arias.

Mucho aprecio, dijo Teodora, la ternura i sinceridad de tu amor, i sabes bien con que ardor te correspondo.

¿Qué es pues lo que te incita á formar anticipaciones tan aflictivas? ¿Has visto alguna variacion en mi conducta? ¿Has notado alguna cosa en mis palabras que pueda ofrecer la menor sombra de justicia á tus aprehensiones?

No, Gomez Arias, contestó; tu conducta

ha sido siempre mui cariñosa ácia mi; tus palabras respiran el mayor conato por mi consuelo i felicidad; pero te suplico que perdones la debilidad i temores del tierno corazón de una muger. Perdóname, Lope, si estos sentimientos crean ideas contrarias á mi tranquilidad, i derogatorias de tu constancia i amor. He hecho los mayores esfuerzos para subyugarlas; mas ¡ahi de mí! han sido constantemente inútiles; permíteme pues que les dé algun desahogo. ¡Oh Lope! añadió tristemente, »temo que no seas el mismo; perdóname, tú no eres el mismo como cuando te rendí por la primera vez todo mi afecto, imaginándome en el exceso de mi cariño de que serías mio para siempre.

¡Qué no soi el mismo! replicó Gomez Arias; ¿ha sido mi atencion menos constante desde el primer momento en que me permitiste te dedicára mis obsequios?

Un suspiro profundo i destrozador salió del pecho de Teodora, i toda su máquina parece que se estremeció con tan penoso recuerdo

No, dijo ella sonriéndose en medio de sus lágrimas; es verdad que tú estás solícito por mi persona i pródigo en cariños; pero temo que haya desaparecido la parte pura i ardiente de tu afecto.

A fé mia, dijo Gomez Arias, jamas habria podido esperar espresiones tan crueles de tu parte.

Oh Lope! replicó la asustada Teodora; no hagas caso de las aprensiones creadas por mi cariño; yo misma me avergüenzo de ellas; ya no volveré á incomodarte con mis temores; no, jamas resonarán mis quejas en tus oídos, ni dare lugar á que se escite tu resentimiento. Ah Gomez Arias! tranquilízate, i no te enojes con tu pobre i desvalida Teodora.

Al pronunciar estas afectuosas palabras se fijaron sus hermosos ojos en don Lope, con tal espresion que parecia estaban pintados en ellos los mas tiernos i los mas puros sentimientos de su corazon. Gomez Arias se templó; sus facciones perdieron aquella repentina aspereza que habia usurpado su natural

complacencia i esmero ; i se dedicó á espeler del ánimo de Teodora la impresion que habia producido este dialogo alarmante.

Habian llegado á esta sazón á la cima de una pequeña colina, que ofrecia uno de los sitios mas deliciosos que pudieran imaginarse. Era una pintoresca llanura alfombrada con lozana yerba i pegada por una parte á un bosque por medio del cual arrojaba el sol cortas é interrumpidas miradas de su fugaz resplandor ; sobre la cabeza de los viajeros se elevaba en oscura grandeza la magestuosa forma de las Alpujarras, i á sus pies hasta donde podia alcanzar la vista se extendia una vasta porcion de encantadora selva interpolada con algunas casas rústicas. Mas adelante se veían situados algunos pueblos gozando de la mejor perspectiva ; el todo de la escena daba un inesplicable embeleso que convenia perfectamente con la tranquilidad de aquella hora.

Aqui hicieron alto nuestros caminantes, i Gomez Arias, voviéndose á Teodora, dijo en

un tono afectuoso, » Amor mio, tu tierna máquina ha sufrido ya mas parte de fatiga de la que conviene á tus fuerzas; apeemonos en este delicioso sitio i pasemos una hora en descansar i en tomar algun refresco.

Teodora accedió en silencio á esta proposición.

Te suplico, continuó don Lope, que consultes tu propia inclinacion; yo no te instaré á que interrumpamos nuestra marcha á menos que no lo creas necesario.

No tengo yo mas deseos que los tuyos, respondió cariñosamente Teodora: parece que tú estás inclinado á hacer alto en este sitio, parémonos, pues, en él. Gomez Arias saltó ligeramente del caballo, i ayudó á su hermosa compañera á apearse: ésta se arrojó á sus brazos; pero al tocar el suelo dió un profundo suspiro, i dirigió una melancólica mirada al rededor de si.

¡Cómo tiembles, querida, dijo don Lope! Hé aquí el resultado de la mentecatez del villano Roque; se me pasan las mejores

ganas de castigar á ese bellaco por el miedo que os ha infundido.

Roque, que seguia silenciosamente á su amo á alguna distancia, no bien hubo oido pronunciar su nombre, tendió su oido como hace un fino sabueso al sentir la caza, i cuando oyó las cariñosas intenciones de su amo ácia él, se dirigió á templarlo en la postura mas humilde, i con las mas vigorosas protestas de abstenerse de todo coloquio que pudiera escitar su ira.

Ea, basta, apeate, i ata los caballos á aquellos árboles. El criado obedeció puntualmente, i en el entretanto Gomez Arias condujo su hermosa compañera al bosque, en donde, preparándola un rústico sitio, arrimado al tronco de una vieja encina, la escitó á recostarse i descansar. Iba ella á ceder á esta invitacion, cuando todos se asustaron al oir un agudo i discordante sonido acompañado de un pesado mecimiento de alas, i se vió en seguida salir de sus solitarias habitaciones una bandada de horribles cuervos, i re-

volotear por encima de sus cabezas como si tratasen de disputar la posesion del terreno á estos extranjeros.

Un pánico é involuntario terror se apoderó de la desgraciada Teodora al observar el alboroto de estas aves de mal agüero, i se asió fuertemente de Gomez Arias, que ya estaba sentado junto á ella en el sitio mencionado.

¿Qué tienes, Teodora? preguntó don Lope. ¿Es posible que unos pocos miserables avechuchos puedan inspirar un miedo pueril á un ánimo como el tuyo?

Teodora reconoció su infundada debilidad; mas sin embargo no podia consolarse, ni volver á su estado de tranquilidad; i lo que aumentó todavía su ardiente agitacion fue la vista del angustiado Roque, quien alarmado en extremo no cesaba de persignarse.

Mochuelos, cuervos i murciélagos han tenido siempre un privilegio indisputable para escitar miedos supersticiosos: de donde esto proceda no es fácil adivinar; pero son

considerados generalmente como precursores de alguna desgracia; lo que es mas propiamente i las mas de las veces el resultado de una imaginacion acalorada.

Teodora, que desde que abandonó la casa paterna habia estado devorada por una constante tristeza que no habia podido ser disipada ni aun por los trasportes mas embelesadores del amor, contempló en el lúgubre graznido de los cuervos el triste presagio de alguna terrible calamidad. Se reclinó silenciosamente con los ojos abatidos, mientras que Roque estaba ocupado en atar los caballos.

Poco á poco, Babieca, dijo éste acariciando al brioso alazan de su amo; luego prosiguió medio entre dientes: « porque nada tenemos que temer si escapamos sanos i salvos de este lugar. Que me asista Dios, sino he contado trece cuervos del mas espantoso agüero en su tamaño, en su color, en su voz i aun en el número. ¡ Virgen de las Angustias, enviadnos vuestra gracia i proteccion.

¿Qué estás ahí charlando, preguntó Gomez Arias? Insipido bellaco, ¿quieres que yo cumpla la promesa que te tengo hecha?

Señor! preguntó Roque haciendo como que no oía.

No te hagas el tonto, canalla. ¿Qué estabas hablando entre dientes?

Perdonadme, amado amo; en verdad que yo no hago mas que rezar, i en hacer esto no infrinjo vuestras órdenes, pues me habeis concedido vuestro permiso con tal que mis oraciones sean taciturnas.

Despues de haber ejecutado los cuervos sus confusos revoloteos, se retiraron á buscar su dormitorio entre lo mas áspero i lúgubre del bosque, i todo volvió de nuevo á quedaren silencio con gran satisfaccion de Roque, quien se dedicó entonces por si solo á devorar las provisiones de que llevaba bien provistas las alforjas.

Teodora se habia quitado su sombrero i el velo para disfrutar mas comodamente del descanso, i su amante, colocado á su lado i

observándola fijamente con la mas tierna ansiedad, difundia una transitoria alegría sobre su semblante. Ella fue cayendo insensiblemente en aquel dulce estado de languidez que precede al sueño; sus hermosos ojos se entreabrian i cerraban suavemente indicando la gradual absorcion de sus sentidos hasta que quedó por fin profundamente dormida. Gomez Arias, que segun hemos observado, estaba contemplándola con la mayor ternura, se separó de su lado; i como no respondiese al haber pronunciado su nombre, tomó su postrada mano, la miró ansiosamente á la cara hasta que se hubo asegurado que un profundo sueño tenia embargados sus sentidos.

Señor; dijo Roque, me parece que es una crueldad disturbar á esta pobre señora despues de haber sufrido tan incómoda jornada.

No trato de interrumpir su descanso, respondió Gomez Arias en voz baja, sino antes bien de retirarme. Se levantó entonces con el mas

cauteloso silencio, i acercándose á su criado, añadió.

Levantate, levántate prontamente i no hagas ruido.

Roque obedeció, i habiéndose retirado ambos á alguna distancia, señor, dijo muy quedito el asustado Roque, que no gustaba de ver alborotados de nuevo los agoreros cuervos, señor; para qué nos hemps de retirar mas adentro?

Si, contestó Gomez Arias, hai una razon que lo exige imperiosamente; yo no puedo permanecer mas tiempo en este lugar.

¿Qué decís mi respetable amo! preguntó Roque alarmado: ¿será que teneis miedo á los moros? A fe mia que si asi fuera no seria pequeño nuestro apuro.

¡Calla, miserable! Vé inmediatamente i sin chistar á desatar mi caballo, i si tienes apego á la vida cuidado con hacer el menor ruido que pueda mover la hoja de un árbol.

Señor, no entiendo, dijo el aturdido Roque.

Es preciso que yo me vaya, replicó impacientemente su amo.

¡Iros, señor! Yo creia que habiais determinado no alterar el descanso de nuestra señorita.

Ni es esa mi intencion, ella debe quedar aquí contigo hasta que me hayas perdido de vista.

¡San José bendito! ¿qué teneis, señor mio? esclamó el pobre Roque, que se figuró realmente que su amo habia perdido el juicio.

Oye, Roque, dijo Gomez Arias, i cuidado con observar estrictamente mis órdenes.

Circunstancias indispensables exigen que me separe de Teodora: he estado buscando una ocasion de efectuarlo, i ciertamente no podia presentarse otra mejor que la actual. Es

necesario que vuelva á Granada al momento, i seria la mayor imprudencia aventurar el

ser visto con Teodora por razones de que tú debes estar bien enterado. Es por lo tanto in-

dispensable esta separacion. Cuando me haya marchado despertarás á esa dormida her-

mosura, i la acompañarás á la citada ciudad, á la cual os precedo con la idea

de preparar las cosas para su recibimiento. Hai un convento de monjas, del que es abadesa mi prima Ursula, i en donde hallará un asilo por de pronto. Tú debes informar tan solo á Teodora de que he tenido por mas conveniente ir por delante para disponer nuestro retiro. A tu llegada á la torre del *Aceituno* hallarás un hombre que te dará ultteriores instrucciones, i cuya direccion debes seguir con confianza. Tu recompensa será proporcionada á la grandeza del servicio; ea pues, dame mi caballo i dejame marchar en tanto que ella duerme.

Roque quedó hecho una estatua al oír esta cruel arenga de su amo: el pobre mozo se refregó los ojos para asegurarse de si estaba ó no soñando; pero como Gomez Arias repitió sus intimaciones con un modo imperioso, se estremeció su alma con tan bárbaro proyecto.

No, no, don Lope, dijo en actitud suplicatoria: no pueden ser tales vuestras intenciones; abandonar á la pobre muchacha!

no por cierto, tratais solamente de burlaros de mi credulidad.

Es preciso que yo me vaya, replicó resueltamente Gomez Arias.

¿Por qué, señor? ¿No la amais en verdad?

La amé antes; pero ya esto se ha acabado.

¿Virgen del Tremedal! ¿qué decis, señor?

¿qué ha hecho esta pobre señora? ¿en qué os ha ofendido sino en amaros demasiado?

Ola, Roque, tú eres un truan; ella me ha amado en verdad demasiado.

Pero considerad, mi respetable amo; ella parece mas bien un ángel que una muger; nunca la he visto tan tierna, tan cariñosa, ni tan amable.

Roque, Roque, menos sentencias: no tengo tiempo para oír tus cantos sentimentales; las dotes que tú admiras en Teodora son precisamente las que me obligan á huir de ella. Date prisa, te digo, ¿qué te detiene?

Pero señor don Lope Gomez Arias, repitió Roque seriamente, considerad esa común humanidad.

Humanidad! le interrumpió su amo, ¿falta yo acaso á ella cuando pongo á Teodora en la única situacion que la conviene ya que se ha hecho materialmente imposible nuestro matrimonio? Pero basta, basta ya de observaciones; prepárate á obedecer mis órdenes, i cuidado con cumplirlas al pie de la letra; de aquí depende el que merezcas mi estimacion, ó que esperimenes los efectos de mi furia i desagrado. Sin embargo, para quitarte ridículos é importunos escrúpulos, te recordaré que no puedo tomar otro partido, pues bien sabes que estoi comprometido con Leonor; yo no puedo violar la santidad de mi promesa, i menos perder la gracia de la Reina, é incurrir en el resentimiento del justamente ofendido don Alonso de Aguilar.

Esta última observacion reconcilió en algun modo á Roque con la necesidad de la propuesta medida, tanto mas que esperaba que luego que hubiesen llegado á Granada se trazaria algun otro plan para Teodora que no fuera el de la reclusion de un convento; i

finalmente, como conocia que sería tiempo perdido toda otra objecion que pudiera hacer á su amo se encogió de hombros, i se arrimó á tenerle el estribo para que montase.

Gomez Arias saltó ligeramente sobre su caballo, é iba ya á romper la marcha cuando dirigiendo su última mirada ácia la víctima que iba á abandonar, parece que la sensibilidad de su corazon se vió vivamente interesada por un momento.

Se experimenta con efecto cierto interés particular en el sueño de una muger jóven i hermosa; las facciones alteradas por la ansiedad ó por los cuidados parecen mas delicadas i seductoras; el ánimo del observador se fija con mas precision en sus encantos i contempla con mayor ternura cada una de sus particulares perfecciones. Ver á una forma tan bella, tan celestial i al mismo tiempo tan desamparada que duerme en inocente seguridad confiando en la proteccion del hombre, ese mismo abandono escita un sentimiento de compasion i de ternura tan in-

explicable como vivo i encantador.

Tal era el sueño de Teodora; ella se hallaba en la flor de sus años, i dotada de los mayores atractivos; pero ; Oh cielos! totalmente desvalida i falta de amparo. Sus hermosas formas se desplegaban con todo brillo; la fresca brisa que se deleitaba sobre su reluciente cabello ocultando en sus ondulaciones un semblante que rebosaba en amor, i que disfrutaba del mas blando reposo, comunicaba un nuevo realce á su fresca tez i delicados encantos. Uno de sus brazos estaba descuidadamente caido sobre su regazo, i con el otro sostenia su cabeza, i de este modo conservaba un pacífico sueño, bien agena de la suerte que la esperaba. Un signo de admiracion iluminó de repente su semblante; una deslumbradora sonrisa se asomó á sus lábios: sin duda porque estaba soñando, del mismo modo que la tierna i abandonada Ariadne, que su divino amante se estaba recreando sobre su dulce sueño.

Gomez Arias volvió de nuevo á contem-

plarla ; oyó que salia su nombre con apagados acentos de su mas tierno pecho ; pero esta nueva prueba de amor no despertó en él clase alguna de deleite , porque ya su corazon se habia entregado totalmente á los frios cálculos de la vana ambicion ; tal vez el predominante sentimiento de su alma en este momento era la necesidad de su pronta marcha por temor de que la confiada víctima volviese en sí antes que hubiera dejado aquel sitio.

— Lope ! amor mio ! exclamó Teodora ; i un suave estremecimiento parece que la agitó al alargar su brazo para asegurarle que dormida ó despierta, Gomez Arias era el objeto que dominaba todas sus potencias i sentidos ; sin embargo Gomez Arias permaneció en calma por algun tiempo al lado de la infeliz que iba á abandonar, hasta que por último empezó á caminar lenta i silenciosamente.



CAPITULO XIII.

*Llega una partida de moros i se apodera de Teodora que habia quedado dormida. Es-
panto de ésta al verse en manos de aque-
lla gente desalmada. Es arrebatada para
presentarla al gefe Cañerí. Inconcebible
terror de esta jóven. Vista de un cadáver
colgado de un árbol. Doble susto de Teo-
dora creyendo qué aquél era su amante. En-
trada de esta desgraciada en el pueblo de
Alhacen.*

Honor! ó tú deslumbradora i falsa deidad!
cuán estenso es tu dominio! cuán diferentes
son la naturaleza i las pretensiones de tus
adoradores! todos te rinden homenaje; to-
dos se dicen alegre i altivamente tus partida-
rios; el que menos se resintiria de que se le
supusiera que habia sido herege á tu creen-
cia, i con todo cuán pocos se adhieren con

verdad á la pureza de tus preceptos ! ; qué poca sinceridad se halla en la espresion de tu mismo culto ! i cuán limitado el número de aquellos que entienden realmente la esencia de tu doctrina ! El desalmado asesino se considera tan celoso en el servicio del honor , como el hombre mas esforzado i animoso que tiene una espada para vengar los agravios de su pátria , i un corazon para sentir las miserias de los hombres. Todos se alucinan con la mágica palabra del honor ; porque aun los que afectan despreciar la virtud , i los que pertenecen á una clase humilde i plebeya , pretenden reverenciar el nombre de aquel ídolo , como que encierra una idea mas brillante i mas en consonancia con la pompa mundana.

El honor era el ídolo de Gomez Arias , quien se reputaba por el mas escrupuloso en la observancia de sus ritos ; no habria sido capaz de espresar una palabra , ni aun una mirada ó sonrisa que pareciese derogatoria de la esencia de sus máximas establecidas ; tenia por sagrada é inviolable cualquiera promesa

que hiciera de caballero á caballero, i no escrupulizaba al mismo tiempo en emplear toda su astucia para engañar á una muger débil i sin proteccion. Consideraba como compromiso de honor pagar religiosamente el dinero perdido al juego, aun cuando pudiese recelar de la probidad del acreedor; i este mismo honor á su vez le autorizaba en su erróneo cálculo á cerrar los oídos á otras reclamaciones mas justas i sagradas.

El gran respeto que tenia don Lope por su palabra se vió patentizado en el recuerdo de su empeño con Leonor de Aguilar; habia comprometido su fe con aquella señora, i habia andado bastante remiso en su cumplimiento; pero ahora que nada tenia que esperar de Teodora, reconoció por mui deshonorosa toda dilacion en satisfacer dicha promesa.

Con estos i con otros sofisticos razonamientos procuraba cohonestar su ingratitud i crueldad ácia la desvalida víctima de sus ilegales deseos; porque si bien estaba encenagado

en su libertinage, i sin embargo de ser mui vicioso su modo de pensar respecto á las mugeres, no podia menos de sentir los aguijoneantes remordimientos de su conciencia. Habia ganado artificiosamente la confianza de la sencilla Teodora; i cuando ya se habia posesionado de todo el afecto de su corazon, ¿de qué modo se habia conducido con ella? La habia despojado de su inocencia i de la paz de su alma: la habia sacado de su casa i de los brazos de un amoroso padre, i despues de haberla hecho perder su honor i estimacion la dejaba en presa al mas amargo tormento de vergüenza, pesadumbre i burlado amor. Habia puesto unas manos profanas sobre la tierna flor en su capullo, i habia chupado prematuramente la dulzura de su cáliz para abandonarla en seguida con la mayor crueldad.

Se necesitaban todos los brillantes i quiméricos cálculos de la delirante i ambiciosa imaginacion de don Lope, para sofocar las funestas reflexiones que se le agolpaban; i á fin de espelerlas enteramente procuró dar

entrada á otras de naturaleza mas agradable.

non La imágen de Leonor de Aguilar se le presentaba á la vista con todos los encantos de una completa belleza, rodeada con el oropel del rango, de las riquezas, i de un glorioso nombre. Gomez Arias conocia las ventajas de su alianza con Leonor, i le arrebatában los fieros delirios de la ambicion: iba á ser el envidiado poseedor de la primera dama de la tierra, el pariente mas allegado al guerrero del siglo, i uno de los primeros candidatos á los mayores honores; su altivez iba á quedar satisfecha, asi como realizados sus mas altos proyectos. Tenia ya la taza de la felicidad en sus manos, estaba embriagado con su dulce néctar, i en el fuego de sus placenteras ideas se perdió enteramente la memoria de la infeliz Teodora.

Se perdió, porque la anticipacion de un porvenir dichoso borra el recuerdo de lo pasado; la hermosura, honores, gloria, la pompa i el brillo eran terribles enemigos contra el solitario amor de una cariñosa é inocente

muchacha, amor que nada mas tenía que prometer i nada mas que otorgar. Pero volvamos á nuestra interrumpida relacion.

No bien se habia marchado Gomez Arias, euando conmovido Roque por la decision i prontitud de su amo, se mantuvo taciturno i sin movimiento, contemplando compasivamente la infeliz i abandonada dama: estaba ésta dormida tranquilamente, soñando tal vez cosas alegres i amorosas, por lo que Roque no se atrevia á disipar tan dulces ilusiones. Sentia con efecto, una invencible repugnancia en ser el mensajero de tan terribles nuevas, porque si bien se habia acostumbrado á las irritantes calaveradas de su amo, no estaba sin embargo totalmente desprovisto de virtud, i no podia menos de lastimarse de la desdichada suerte de Teodora.

Ya á esta sazón iba la tarde corriendo ácia sus crepúsculos; poco á poco las oscuras sombras se fueron esparciendo sobre el opaco paisaje, hasta que quedó todo cubierto bajo el silencioso manto de la noche.

Luegò que vió Roque ausentarse la oscuridad, el miedo supersticioso fue superior á toda idea de compasion, é iba ya á despertar á Teodora cuando el ronco eco de un cuerno que resonó de repente en sus oidos le aterró completamente. Miró ácia el punto de donde procedia aquel sonido, i con la mayor sorpresa observó á poca distancia en la parte mas elevada del monte dos hombres, que segun pudo divisar, iban vestidos en traje morisco; se presentaron luego otros tres ó cuatro, i ya entonces Roque, sordo á toda otra vez, menos á la de su propia conservacion, montó apresuradamente á caballo, i huyó con la mayor precipitacion por el mismo camino que habia tomado su amo.

Los moros, que vieron la imposibilidad de dar alcance á Roque, á causa de la ventaja de su caballo, desistieron de ir en su seguimiento, esperando que seria mas fácil su aprehension por otras patrullas que vagaban por aquellos desiertos.

El cobarde cristiano huye, dijo uno que parecia ser el gefe de aquella partida.

Sí, Malique, respondió el otro; pero veamos lo que deja tras de sí.

Por la barba del profeta, exclamó Malique, aquello parece una muger; mas no se mueve. ¡Cómo! ¿está acaso muerta? ¿Si la habrá asesinado aquel infame? Bajemos, i aseguremonos del hecho.

Bajaron entonces rápidamente de la colina, i se colocaron al rededor de la infeliz Teodora, la que rendida por la cruel fatiga estaba todavía durmiendo.

No está muerta, i sí solo dormida, dijo uno.

Ha escogido una hermosa habitacion para su retrete, dijo otro.

Ella es una amable señorita, i en verdad que va á tener lindas doncellas cuando se despierte, replicó Malique. Es tan delicada i hermosa como una de las Huris prometidas á los fieles en el paraíso. » Por el sepulcro de » la Meca, que con tan delicioso bocado se ha

»de chupar los dedos nuestro gefe Cañeri.»

Se acercó i estuvo contemplando por algun tiempo la dormida hermosura, con ojos que centelleaban en bárbaro placer: cogiéndola entonces suavemente por el brazo; despierta hermosa doncella, despierta, la dijo en el tono mas dulce que podia permitirle la aspereza de su carácter.

Se despertó Teodora con susto mortal; abrió sus ojos; ¡oh horror! debia estar al parecer sufriendo la impresion de algun sueño espantoso. Ella se vió rodeada por una porcion de horribles figuras, que parecian competir con su caudillo, á cual habia de aparecer mas terrible.

La pálida luna que se levantaba lentamente por detras de las nubes, arrojaba rayos de triste i opaca luz que servian para poner mas tristes i opacos los semblantes de los bandidos. Unos ojos negros que saltaban ferozmente de su horrible órbita, la estaban contemplando con bárbara codicia, i las horribles arrugas, que eran peculiares á sus fac-

ciones , contribuian á aumentar la natural ferocidad de su sanguinario aspecto. Iban llenos de andrajos , como hombres proscritos i rebeldes que no tenian otro sitio de descanso sino las cavernas de los bosques , ni mas patria que los lugares mas impenetrables de la montaña. En todos sus movimientos se veia pintada la tranquila indiferencia de su vida errante ; i la fria espresion de sus bronceadas figuras denotaba osadía en la perpetracion de todo crimen i en el libre desahogo de la venganza.

Bella cristiana , no te asustes , dijo Malique , no te haremos daño.

Teodora miró al que hablaba , i cerró sus ojos como una señal de no poder sufrir su vista. Palabras que procedian de un origen tan terrible , no podian inspirar la menor confianza ; i toda clase de obsequio , i aun las mayores seguridades ofrecidas por gente tan desalmada , tomaban el aspecto de crueldad , i hacian mas dolorosa la muerte i el deshonor. Una cara ancha de feroz complexion,

una enorme boca, en donde sus grandes i sólidos dientes parecian mas bien colocados para desfigurarla que para adornarla; una descomunal cicatriz que le cogia toda la cara, i le dividia las cejas; he aqui las marcas esenciales que añadian nuevo espanto á aquella irritante fisonomía.

Cuando Teodora se recobró un poco de su primer trastorno vino á ser devorada por las mas desoladoras reflexiones; el recobro de sus sentidos tan solo sirvió para aumentar la amargura de su situacion. ; Amor mio! ; Oh Lope! gritó en su frenesí; ¿donde estás? ven, ven á proteger á tu pobre Teodora.

Los desapiadados moros prorrumpieron en una risa insultante al oir estas tristes exclamaciones; i Malique añadió entonces.

Si ese Lope es tu marido ó amante, no le llares, porque presumo que no puede oirte, ni ofrecerte el menor consuelo; tranquilízate, pues, i sométete con resignacion á tu suerte, ya que no te queda otra alternativa.

Teodora no le hizo caso, porque se hallaba absorta en las ideas que se habian agolpado á su imaginacion. Terrible era la vista de aquellos bandoleros, i no menos terribles los presagios de su futura suerte; pero le ocupaba mas otra idea todavía mas cruel. Se habian combinado á un tiempo todos los horrores con los que era capaz la suerte de oprimirla; mas el no ver al hombre que amaba con locura, el estar sin su protector i sin el único vínculo que la tenia unida á la vida, destrozaba mas que ninguna otra desgracia su tierno corazon. Gomez Arias no estaba á su lado, ¿la habia abandonado? no podia ella dar entrada á tal idea en su inocente pecho; ni aún por asomos podia figurarse tan horrorosa verdad; i mas bien creia que su amante habia sido asesinado, i de ningun modo que hubiera sido capaz de abandonarla.

Malique hizo entonces una señal, i á su consecuencia uno de sus compañeros desató el caballo que habia quedado mas atras.

Ven, hermosa doncella, dijo dirigiéndose

á Teodora; es preciso que montes i que nos sigas.

¡Seguiros! ¡oh cielos! Tened compasion de mí.

Te compadecemos, señora, porque tratamos de llevarte á un punto de seguridad, en donde si sabes hacer uso de las ventajas que te dan los atractivos con que te ha dotado tan pródigamente la naturaleza, puedes experimentar tal vez una suerte mucho mas feliz de la que debiera esperar una cautiva cristiana en poder de los oprimidos é injuriados moros.

¡Ahí de mí! ¡á donde me llevais? preguntó otra vez temblando la pobre Teodora.

A nuestro gefe Cañeri, de quien podemos asegurar que si tus encantos llegan á cautivar su afecto, serás honrada con su eleccion, i colocada acaso entre sus mugeres.

¡Oh horror! gritó la infeliz Teodora en la fuerza de su frenesí. Matadme, si, matadme por piedad mas bien que hacerme sufrir tal degradacion.

Se arrojó entonces por el suelo, i cogió llena de terror las rodillas del desapiadado moro.

¡Matarte! respondió Malique; no, no, eres demasiado hermosa i demasiado amable. Tu dolor actual por la muerte del hombre que lamentas te hace pedir una suerte, que dentro de algun tiempo me has de dar gracias por haberte salvado de ella: con Cañeri aprenderás á olvidar al amante que lloras, pues verás que un moro sabe amar con mas sinceridad que un cristiano.

Teodora rogó en vano. Sordo Malique á sus penetrantes gritos, montó á caballo i la colocó delante de la silla para evitar que cayese, pues que toda su máquina estaba en una viva convulsion, de modo que llegó el moro á temer que iba á durar poco tiempo el sostener aquella moribunda carga.

El negro manto de la noche se habia ya estendido sobre la tierra dormida; ya la luna habia ocultado su luz entre celages i la mayor lóbreguez reinaba por aquellos lúgubres

desiertos. Aquel triste silencio era tan solo interrumpido por las pisadas del caballo, mientras que la suprimida alegría de los moros, i los profundos suspiros que salian del angustiado corazon de Teodora, indicaban claramente el estado de su violencia i calamidad.

La mas fria tranquilidad presidia en aquel punto; el silvido de un mochuelo difundió de repente un tétrico temblor; pero todo volvió de nuevo á su primer silencio. Aquel sonido sin embargo penetró hasta el corazon de Teodora, del mismo modo que el toque de la campana de alguna iglesia resuena en la montaña inmediata; i como el viento de la noche soplaba espantosamente, el áciago ahullido fue repetido varias veces por los ecos de aquellas quebradas.

Pero por desiertos i aislados que estuvieran estos recintos, mas aislado i desierto estaba todavia el corazon de Teodora; ella era una miserable proscrita, un ser totalmente abandonado. La voz de la memoria se dedica mas que nunca á conversar con el entendimiento

en la hora de la desgracia ó en alguna peli-
grosa aventura: traza entonces un largo i va-
riado cuadro en el que se pondera hasta lo
sumo la parte feliz de nuestra pasada existen-
cia, i escuando los pasages tristes se representan
con mayor viveza. En esta hora de terror re-
corria rápidamente su imaginacion el recuer-
do de su antigua felicidad doméstica i de los
puros pasatiempos de la inocencia que ya no
volvería á disfrutar. La primera chispa del
verdadero amor, los encantos de sus prime-
ras pasiones, todo habia desaparecido. La imá-
gen de don Lope, que en este momento se le
hacia mas querida por su prematura pérdida,
llenó todas las medidas de la afficcion de Teo-
dora hasta que ya su corazon no pudo sufrir
mas tiempo el peso de tanto mal. Sollozó
fuertemente, i se desprendieron de sus ojos dos
raudales de lágrimas que aliviaron en algun
modo su oprimido pecho; miró al rededor de
sí i no vió mas que la no interrumpida conti-
nuacion de horribles desiertos envueltos en
las mas oscuras sombras, ni oyó mas que lú-

gubres sonidos que aumentaban el espanto de su deplorable suerte. El ave de mal agüero volvió de nuevo á chillar, i el viento silvó con mortal furia mientras que saliendo la luna de entre los celages de las nubes, difundió una fria i fosca luz que comunicó una tinta de muerte á todos los objetos que la rodeaban.

Abismada Teodora con las sensaciones del terror, divisó un bulto de oscura apariencia colgado de un árbol que casi la ostruía el paso, i que era agitado de un lado á otro por el viento. Cayendo de repente un rayo de dicha opaca luz sobre aquel sitio, fue descubierta una figura humana, que era en efecto el cuerpo de un hombre asesinado. Teodora se estremeció á su vista: un pánico terror se apoderó de ella, temia saber quien era, i con todo estaba ansiosísima por salir de su duda mortal.

Parece que su vista te horroriza, señora, exclamó friamente su guía; i no lo extraño porque es verdaderamente una vista mui sen-

sible para una tierna muger, mucho mas siendo cristiana. Ese espantajo era poco antes un caballero cristiano, i está colocado ahí como escarmiento para sus compatriotas si se atreven á provocar al airado leon en su madriguera. En cada moro hallarán pues los cristianos un leon, i aun mas terrible que el rei de las fieras, porque ademas de la poderosa fuerza i fiera resolución de este animal, estamos dotados de razon, i está altamente ofendida nuestra dignidad.

Por vida del profeta, dijo uno de los moros, aquel cristiano tenia bien merecida su suerte; jamás vi un hombre mas desesperado.

Si por cierto, continuó otro, él peleó valerosamente, i su vida nos costó el caro precio de dos camaradas.

No llegué yo hasta que ya habia sucumbido, exclamó Malique en tono altanero, porque de otro modo no habria estado mucho tiempo indeciso el combate: vosotros sois unos hombres flojos, pues recelo de que si aquel cristiano hubiera sido secundado, los cinco

que le atacasteis habriais sido rechazados vergonzosamente; vuestra fortuna fue, pues, que él (hubiera) peleado solo porque su cobarde criado se puso en fuga. Lástima fue que no pudiesemos agarrar á ese bribon para que hubiera hecho linda compañía á su amo en el árbol inmediato.

Teodora oyó con el mas fiero dolor este discurso mientras que otro de los moros añadió en un tono de voz mas bajo: «desgracia fue por cierto que el amor le hubiera conducido al sacrificio: en sus últimos momentos dijo alguna cosa relativa al amor; i quien sabe si esta jóven

Ya no pudo oír mas Teodora; dió un terrible grito de espanto, i cayó mortal en los brazos de Malique.

Asistidla, assistidla, se desmaya! ¡pobre señorita! traed agua de ese barranco.

Hicieron alto por un breve instante, i rociando la cara de Teodora, se consiguió volverla á la vida. Malique procuró entonces dirigir palabras cariñosas á la afligida muchacha,

pero infructuosamente ; la mas horrible tristeza se habia apoderado de su alma , la que se negaba á toda idea de consuelo, mucho mas de un hombre tan bárbaro como el gefe de aquella cuadrilla. Asi pues, continuaron su viage toda la noche hasta que los primeros albores del dia empezaron á presentar á su vista la figura de un pueblo, envuelto en la niebla de la mañana.

Como se iban adelantando lentamente se ensanchó la escena , i disipándose enteramente las tinieblas se descubrió con claridad la pequeña poblacion de Alhacen sobre la que reflejaban los primeros rayos del sol , i que todavía estaba bañada con las frescas i plateadas gotas del rocío. El sombrío aspecto de las Alpujarras empezó á perder su fealdad con lo amable i animado de la aurora ; mas ésta no traia lenitivo alguno al destrozado corazon de Teodora. Por profundas i penetrantes que fueran sus penas , todavia creyó ella que la esperaba otra suerte mas horrorosa ; iba á ser ofre-

cida en holocausto á la lascivia de un malvado i de un infiel; solo la muerte podía liberarla de tan degradante destino; pero aun la muerte, aun ese melancólico consuelo le era negado. Dirigió fervientes súplicas al cielo, las que pronunciadas con toda la sinceridad de su corazon sirvieron á lo menos para proporcionarla algun alivio. Nadie venia á ayudarla, dirigia ansiosamente su vista por todas partes; escuchaba trémula é impaciente el menor sonido esperando hallar á cada instante un libertador; las distantes pisadas de un caballo ó el ladrido de un perro no dejaban de escitar nuevas esperanzas, cuyos repetidos malogros hacian todavia mas cruel su desgracia.

Luchando su espíritu con tal conflicto, empezó á perder su último vigor, i á medida que se iba acercando al mencionado pueblo cayó Teodora en un estado de verdadera desesperacion. Vió sin alterarse un grupo de hombres á su entrada, quienes en union con al-

gunos andrajosos muchachos, prorrumpieron en un grito de alegría tan pronto como fue descubierta.

¡Una cautiva cristiana! ¡una cautiva cristiana! i se presentaron en el acto tres ó cuatro moros armados, á los que Malique refirió su aventura; pasaron en seguida todos juntos por las calles principales del citado pueblo, que era en aquel tiempo cuartel general de los moros de la jurisdiccion del caudillo rebelde Cañeri. Este lugar presentaba el aspecto más triste i miserable; los habitantes llevaban retratada en su semblante la pobreza de su vida errante, i parecían dispuestos á abandonar esta precaria residencia á la primera intimacion formal. Las últimas pérdidas que habian sufrido, i mas particularmente la rendicion de Lanjaron habian contribuido á aumentar el estado de alarma; pero su desaliento habia sido general desde que habian recibido avisos de que Alonso de Aguilar, el mas famoso i el mas terrible de sus enemi-

gos, se adelantaba rápidamente contra el Ferri de Benastepar. Sin embargo, como no tenían que perder ni riquezas, ni placeres, ni comodidades, sus semblantes espresaban una fria resignacion mezclada con una indómita fiereza.

Habiendo atravesado aquella poblacion la partida que conducia á Teodora, se paró en una de sus estremidades delante de una casa que parecia algo mas decente que las demas, i en frente de la cual se estaban paseando algunos hombres armados.

Malique pidió una pronta entrevista con Cañeri, que le fue negada á causa de hallarse este gefe en aquel momento gravemente ocupado en una conferencia con el mas influyente de los moros. Luego despues se presentó un hombre feo, pequeño, i de cara larga, i con demostraciones de alegria dió la bienvenida á Malique su pariente.

Por la barba de nuestro profeta, ó Malique, me alegro de verte volver con tan rica

presa. Cañeri no puede ser interrumpido por ahora ; pero puedes contar con una buena recompensa.

Aboukar, porque tal era el nombre de este moro, se metió de allí á poco con su pariente en aquel miserable palacio ; todos prestaban la mayor deferencia i respeto á este hombre de figura tan ignoble, i no sin razon pues era el mayordomo del soberano de la montaña. Teodora en el entretando fue confiada al cuidado de una vieja, muger de Aboukar i cristiana renegada, por la que fue conducida á una mezquina habitacion, en la que dejó algunos refrescos para que Teodora tomase de ellos, i se retiró.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

prisa. Cárter no puede ser interrumpido por
 ahora; pero puedes contar con una buena re-
 compensa. En consecuencia, en el momento de
 Abokar, porque tal era el nombre de
 este mero, se metió de allí a poco con su
 pariente en aquel miserable palacio; todos
 prestaban la mayor deferencia i respeto a este
 hombre de figura tan ignoble, i no sin razón
 pues era el mayor domo del soberano de la
 montaña. Teodoro en el entretanto fue con-
 tando al conde de una visita, donde de A-
 bokar i cristiana renegada, por la que fue
 reducida a una insignificante habilitación en la
 que dejó algunos reliquios para que Teodoro
 tomase de ellos, i se retiró.

En el momento de la salida de Teodoro
 el conde se volvió a su habitación, donde
 se encontró con un hombre que le dijo
 que era el mayor domo del soberano de la
 montaña. Teodoro en el entretanto fue con-
 tando al conde de una visita, donde de A-
 bokar i cristiana renegada, por la que fue
 reducida a una insignificante habilitación en la
 que dejó algunos reliquios para que Teodoro
 tomase de ellos, i se retiró.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE GENERAL

de los tres tomos, que puede servir de explicacion del argumento de la presente Novela histórica.

TOMO PRIMERO.

Capítulo I. *Descripcion de Granada i de la Alhambra. Reconquista de esta ciudad por los Reyes católicos Fernando é Isabel. Descontento de los moros rendidos. Asesinato de un oficial real por los habitantes de Albai-cin. Principio de la rebellion. Esfuerzos del conde de Tendilla para sofocarla. Su feliz resultado. Fuga de algunos caudillos á las montañas. Sus progresos sucesivos.*

Cap. II. *Alarma de la Reina por la citada rebellion. Convocacion de todos los magnates del reino cristiano para una junta ge-*

neral. Descripcion del carácter de dicha Reina. Don Alonso de Aguilar. Don Gonzalo de Córdoba. Don Iñigo de Mendoza. Maestre de la orden de Calatrava. Alcaide de los Donceles. Conde de Ureña. Don Lope Gomez Arias. Don Rodrigo de Céspedes. Enérgica alocucion de la Reina. Don Alonso de Aguilar, gefe de una espedicion. Primeras confianzas de éste con aquella Soberana acerca de la boda proyectada entre su hija Leonor i Gomez Arias. Preparativos para un torneo.

Cap. III. Pomposa descripcion de un torneo. Proezas de un caballero incógnito.

Cap. IV. Premiado don Antonio de Leiva en el juego de la sortija asi como lo habia sido en el torneo por haberse ausentado el verdadero vencedor que lo fue el caballero incógnito. Carácter de Leonor de Aguilar. Su adhesion á Gomez Arias. Salida de varios gefes españoles contra los rebeldes. Orden de que venga á Granada dicho Gomez Arias para desposarse con Leonor.

Cap. V. Diálogo entre Gomez Arias i su

criado Roque. Carácter de aquel i sus brillantes dotes exteriores oscurecidas por el libertinage. Sus amores con Teodora de Monteblanco. Su dura posicion entre sus dos amantes. Carácter de esta última. Cita de dicho Gomez Arias con Teodora. Carácter de la dueña Marta. Delicioso coloquio de los amantes, interrumpido por la inesperada llegada de Monteblanco i de don Rodrigo de Céspedes. Serenidad i travesura de Gomez Arias para salir de aquel aprieto. Desafio con don Rodrigo. Fuga de éste por haber creído que habia muerto á su adversario.

Cap. VI. Carácter de don Rodrigo, i fatalidad de su destino. Su triste aventura en la posada al tiempo de emprender su fuga para la montaña.

Cap. VII. Llegada de don Antonio de Leiva á la casa de Monteblanco para casarse con la bella Teodora. Intimacion de esta sentencia fatal. Desconsuelo de Teodora. Oficiosa intervencion de la dueña, i su eficaz coope-

ración para que Gomez Arias pudiera ver aquella misma noche á su dama.

Cap. VIII. Entrevista de Gomez Arias con Teodora en el jardín. Situación desesperada de ésta. Proposición de aquel para que huya de la casa paterna. Diálogo interesante entre ambos; desmayo de la dama; insistencia del amante i su triunfo.

Cap. IX. Descubrimiento de la fuga de Teodora. Confusión de Marta. Irritación de Monteblanco. Llegada de Leiva. Su desconsuelo. Planes para descubrir el paradero de Teodora. Amenazas contra la dueña. Aparición de Gomez Arias. Su conferencia con Marta i sus disposiciones para salvarla de aquel compromiso. Llegada de Monteblanco i de Leiva, i retirada de Gomez Arias.

Cap. X. Nueva perfidia de Gomez Arias con Monteblanco, quien se pone cándorosamente en sus manos. Sus intrigantes manejos. Fuga de la dueña. Sospechas contra don Rodrigo de Céspedes, inventadas por Gomez

Arias, para hacer recaer sobre él la criminalidad de esta intriga.

Cap. XI. *Progresos de la sublevacion morisca. Toman los cristianos los pueblos de Güejar i Anduraj. Sitio del castillo de Lantarón, rendido finalmente aunque lo defendia el formidable Negro. Retirada de los últimos gefes de la rebelion á la parte mas escabrosa de las Alpujarras. Salida de don Antonio de Leiva para el ejército. Desconsuelo de Monteblanco.*

Cap. XII. *Teodora caminando por las Alpujarras con su seductor. Su agitacion i terror. Su abandono por Gomez Arias.*

Cap. XIII. *Llegada de una partida de moros, la que se apodera de Teodora que habia quedado dormida. Espanto de esta al verse en manos de aquella gente desalmada. Es arrebatada para presentarla al gefe Cañeri. Inconcebible terror de esta jóven. Vista de un cadáver colgado de un árbol. Doble susto de Teodora creyendo que aquel era su amante.*

Entrada de esta desgraciada en el pueblo de Alhacen.

TOMO SEGUNDO.

Capítulo. I. *Descripcion de Cañeri i de su miserable corte. Bermudo el renegado; sus desalmados desahogos. Engreimiento de Cañeri. Llegada de Malique. Presentacion de Teodora. Torpes deseos del déspota, refrenados por el renegado. Revista general del campo rebelde.*

Cap. II., *Nacimiento i carácter del renegado; sus desenfrenadas pasiones. Historia de Anselma. Disposiciones de Cañeri para resistir á las armas cristianas.*

Cap. III. *Apurada situacion de Teodora. Visita de Cañeri, i sus esfuerzos para ganarse el corazon de la cautiva, primero con la dulzura, i luego con la violencia. Repentina i oportuna llegada del Feri de Benastepar, por cuyo inesperado incidente salva Teodora*

su honor. *Acalorada escena entre los dos gefes rebeldes. Salen ambos contra los cristianos, los que ufanos por sus anteriores triunfos se hallaban ya á las puertas de aquel pueblo. Agitacion de Teodora.*

Cap. IV. *Confusion de los moros por la llegada de los cristianos. Nuevas victorias de estos. Vigorosos esfuerzos del Feri. Sangrientos choques. Incendio del pueblo de Alhacen. Combate individual entre don Alonso de Aguilar i el Feri, en el cual sucumbe este último. Destruccion completa de los moros. Sálvase Teodora por la heróica decision de Aguilar, i es conducida respetuosamente á Granada.*

Cap. V. *Descripcion del estado festivo de Granada por las victorias de las armas cristianas. Llegada de Teodora al palacio de Aguilar. Su favorable acogida, sus penas, su compromiso i su desconsuelo. Descripcion de dicho palacio de Aguilar, i de su galeria de pinturas. Carácter de su hija Leonor. Planes de Teodora.*

Cap. VI. *Teodora ve á Gomez Arias pasear de noche por el jardin, i cree que es una fantástica vision. Diálogo interesante con la locuaz Lisarda. Encuentro de Teodora con Roque, de cuya boca oye la perfidia i traicion de Gomez Arias. Amargo dolor de Teodora mas sensible todavia que el que le habia causado su creida muerte.*

Cap. VII. *Desolacion de Teodora al pensar en la inconstancia de su amante, i conducida al último grado de desesperacion cuando descubre por Lisarda, que aquel iba á casarse con Leonor.*

Cap. VIII. *Fin desgraciado de don Rodrigo de Céspedes. Relacion de la fuga de Gomez Arias i de Roque para Granada cuando dejó abandonada á Teodora en manos de los moros. Perversa complacencia del primero al verse libre de la única traba que se ofrecia á sus cálculos de brillo i esplendor.*

Cap. IX. *Teodora se dirige á asesinar á su amante; pero no tiene valor para consumar el crimen: se despierta Gomez Arias, i se re-*

concilia aparentemente con su víctima con la idea de engañarla de nuevo, i de hacerle una traicion todavía más horrible que la primera.

Cap. X. Generosidad i nobleza de las mujeres. Proyectos de Gomez Arias para desembarazarse segunda vez de Teodora. Sus confianzas con el escudero. Se presenta á don Alonso i á Leonor para pedirles que se suspenda por un día la boda, i lo consigue no sin dejar lastimado el amor propio de ambos.

Cap. XI. Desgraciado encuentro con el conde de Ureña. Coloquios de Gomez Arias con Roque sobre el destino que debe darse á Teodora. Se ofrece el renegado Bermudo á servirle de instrumento de sus maldades.

Cap. XII. Motivos de hallarse el renegado en Granada, i sus diabólicas intrigas. Teodora es informada del trastorno de la casa de Aguilar. Su interior complacencia, si bien mezclada con el desagrado de ser la causa inocente de él.

Cap. XIII. El renegado i el Feri de Benastepar van á visitar á Cañeri en las oscu-

ras cavernas, en las que se habia refugiado á las inmediaciones de Granada. Se acuerda entre ellos otra insurreccion. El renegado lleva al mismo tiempo noticias de Teodora á Cañeri, i le ofrece ponerla muy pronto en su poder.

Cap. XIV. Exhortaciones de Roque para que Gomez Arias no dé egecucion á sus horribles proyectos. Va dicho Roque en busca de Teodora, i la lleva á su amo. Principian su viage, que Teodora creia fuese para Guddix. Se encuentran en el cerro de los Mártires con Cañeri, con el renegado i con Malique. Estremecimiento de Teodora al ver el acuerdo que existe entre estos i Gomez Arias. Consuma éste último su atroz atentado de entregarla á dichos infieles, i de mandar que se lleven asimismo al cuitado Roque que se habia atrevido á reprenderle su vileza i barbárie.

TOMO TERCERO.

Capítulo I. *Gomez Arias se entrega á sus locas esperanzas. Se presenta á don Alonso i á Leonor; pero es mal recibido por ambos por sospechas de que hubiera tenido parte en la fuga de Teodora. Suspension de la boda por solicitud de Leonor; altivez de Gomez Arias i sus aparentes celos de don Antonio de Leiva.*

Cap. II. *Noticias de la nueva insurreccion de los moros. Alarmas de Granada; movimiento de tropas al mando de Aguilar. Gomez Arias levanta un cuerpo de voluntarios, independiente de aquel gefe. Entusiasmo general por la buena causa.*

Cap. III. *Disputas de Roque con Maria Rufa durante su viage para Alhaurin. Historia de esta muger: se ponen ambos de acuerdo para fugarse de la compañía de los moros con Teodora. Su llegada á dicho pueblo de Alhaurin. Forzado comedimiento de Cáñeri; i esmero del renegado con esta amable cautiva.*

Cap. IV. *Orgullo de Cañeri; sus miramientos ácia Teodora por temor del renegado: entra éste en el aposento de Teodora, i le revela los planes de su pronta libertad. Enagernamiento de esta infeliz muger por tan halagüeño proyecto. Salida momentánea del renegado á reunirse con el Feri.*

Cap. V. *Ventajosas posiciones de los moros, dispuestos á recibir con valor á las tropas de Aguilar. Ataque desesperado i desigual. Prodigios de valor de los cristianos. Su horrorosa derrota. Muerte del héroe don Alonso. Elacion de los rebeldes.*

Cap. VI. *Proyecto de Mohabed de atacar á los cristianos en el llano, contrariado abiertamente por el Feri, aunque sin fruto. Disgusto de éste último al ver la insubordinacion i barbárie de sus soldados, desplegada sobre el cadáver de Aguilar. Entierro de este ilustre gefe. Descripcion del campo de batalla. Irritacion de la Reina Isabel al saber los desastres de sus armas; su energía i teson.*

Cap. VIII. *Engreimiento de Cañeri por*

la victoria del Feri. Sus lisonjeros cálculos sobre Teodora. Fuga de ésta, del renegado, Roque i Rufa. Frenética ira de Cañeri. Sus infructuosas diligencias para prenderlos. Llegada de Teodora á Guadix. Peligrosa enfermedad de Monteblanco. Diálogo interesante entre éste i su hija. Jura aquel vengar sus agravios, i se compadece finalmente de las desgracias de aquella víctima inocente.

Cap. VIII. *Viage de Monteblanco á Granada en compañía de su hija á pedir justicia contra Gomez Arias. Victoria de este esforzado guerrero sobre Mohabed. Rendicion del pueblo de Alhaurin. Fin desastroso de Cañeri.*

Cap. IX. *Grandes preparativos para recibir en Granada á los vencedores de Mohabed. Presentacion de Monteblanco i Teodora á la Reina en presencia de toda la corte. Le promete Isabel que será juzgado el perpetrador de tanto crimen, el corruptor de su hija. Entrada del altivo Gomez Arias en la sala de la Asamblea: lejos de ser recibido con el aplauso debido á un conquistador, le intima*

la Reina que responda á la acusacion presentada contra él. Se celebra su boda con Teodora. Se le intima que responda á los cargos de traicion contra el estado. El renegado lo confunde. La Reina resuelve que se le juzgue i se le castigue con arreglo á las leyes del reino.

Cap. X. Gomez Arias condenado á muerte. Malogra de toda tentativa para obtener su perdon. Desolacion de Teodora, llevada á su colmo cuando vió que la Reina firmaba la sentencia fatal. Serenidad del reo cuando ésta le fue notificada. Se rehusa á ver á Teodora, no así al escudero Roque, á quien hace espléndidos regalos.

Cap. XI. Horrorosa angustia de Teodora. Su padre la obliga á ir á visitar á don Antonio de Leiva, de quien recibe una prenda, á cuya presentacion no podia negar la Reina cualesquiera gracia que se le pidiese. Vuela Teodora con este precioso hallazgo á los pies de Isabel. Salida de Gomez Arias para el patíbulo. Estupor general. Teodora llega con el perdon á tiempo de salvar la vida de su

marido. Presentacion de ambos á la Reina. Asesinato de Gomez Arias en el momento de besar los reales Pies. Ferocidad de Bermudo el renegado. Resignacion de Gomez Arias á su fatal destino. Desesperacion de Teodora.

Cap. XII. *Consolidacion de los triunfos de las armas cristianas. Traslacion de Monteblanco i Teodora á Guadix. Estado infeliz de esta malograda jóven. Su muerte causada por la fuerza de su pasion.*



marido. Presentación de amor a la Reina.
 Asesinato de Gomez Arias en el momento de
 pasar los reyes por. Presentación de Hernando
 el conde. Resignación de Gomez Arias a
 su final destino. Desaparición de Teodoro.
 Cap. XII. Consolidación de los triunfos
 de las armas cristianas. Traslación de Mon-
 tano a Teodoro de Guadalupe. Estado político
 de esta multitud joven. Su muerte causada
 por la fuerza de su pasión.



78-29-12





Biblioteca Pública de Soria



71665756 DR 10106 (V.1)



GOMEZ
ARIAS

1

DR
10106